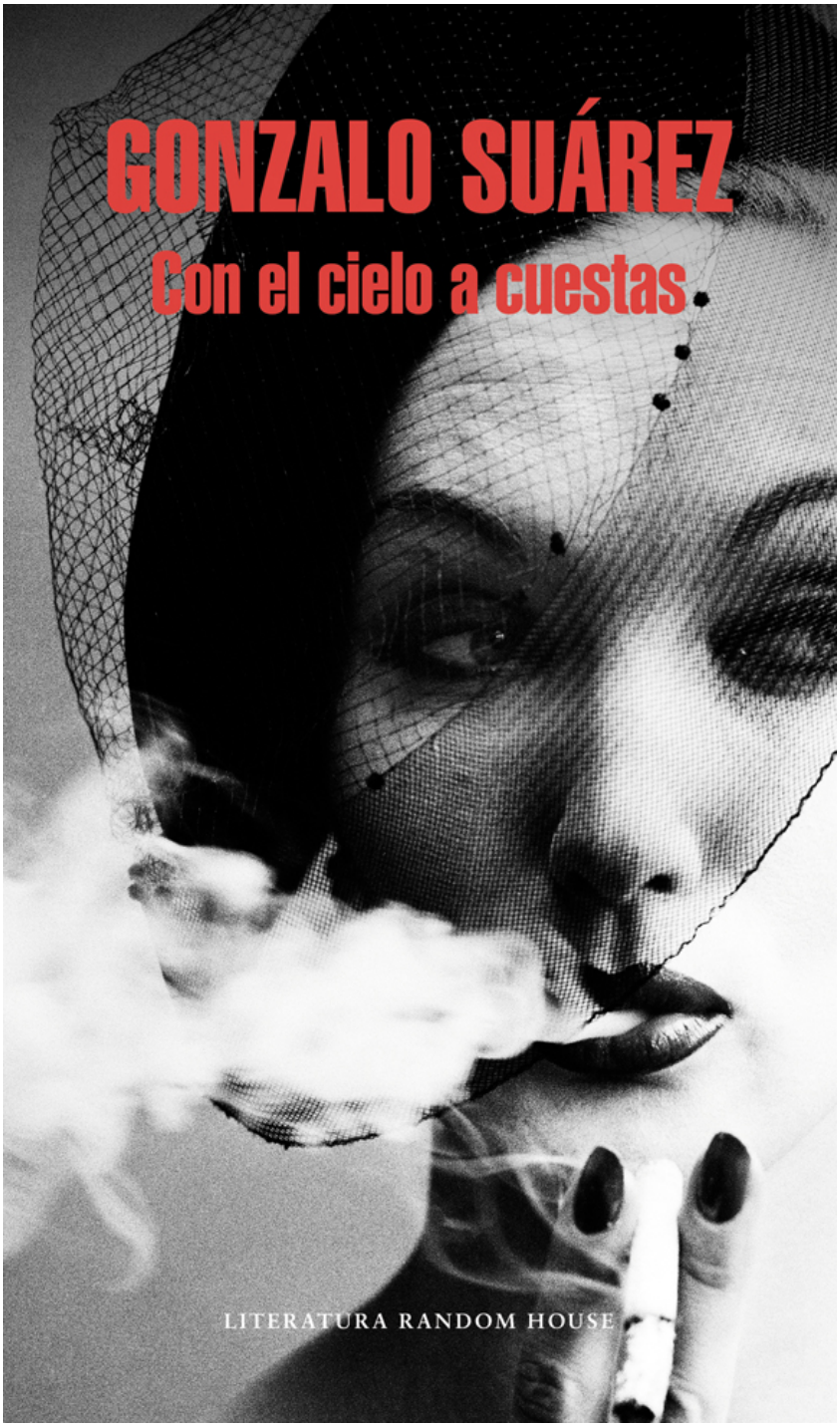

GONZALO SUÁREZ

Con el cielo a cuestas

LITERATURA RANDOM HOUSE

Con el cielo a cuestas

GONZALO SUÁREZ

LITERATURA RANDOM HOUSE

www.megustaleerebooks.com

La aliteración de las alas de los pájaros muertos
altera con su aleteo el aire de París

OLARO

A Anne-Hélène

ÉRASE UNA VEZ PARÍS

Tras el sueño, al despertar, siempre me sorprende encontrar que las cosas estén en el mismo lugar donde, antes de dormir, las había dejado. Prueba inequívoca de que ningún sueño altera la realidad. Pero, una noche, me sucedió algo que, real o no, desbarató mi entorno y, mal que me pese, cobró insidiosa carta de existencia. No sé si soñé que soñaba o estaba escribiendo lo que ahora escribo. Por supuesto, todos los escritores somos farsantes, incluso (o más que todos) los que pretendemos no serlo. El caso es que, despierto o dormido, me levanté de la silla, o de la cama, porque creía haber oído, o soñado, que me llamaban. Estaba solo en casa y a oscuras. Encendí la luz y me vi a mí mismo, perplejo y en pijama, mirándome desde el otro extremo del pasillo. Nada extraño hay en ello puesto que al fondo hay un gran espejo en el que se refleja la figura entera. No obstante, durante un instante, no supe dilucidar cuál de las dos imágenes era yo. Supuse, eso sí, que la voz que había oído despierto o dormido era una de esas voces que, dormido o despierto, genera en su soliloquio el cerebro. O algo similar a las interferencias que, en ocasiones, se producen cuando hablamos por teléfono. Resultaba significativo, sin embargo, que fuera una voz de mujer. Acudí. Es decir, avancé hasta afrontar cara a cara mi reflejo. ¿O era el reflejo el que me afrontaba a mí? Apliqué mi mano a la mano reflejada en la fría superficie del cristal para cerciorarme por el tacto de cuál de las dos manos era la mía y concluí que era yo y no mi reflejo quien se veía en la luna del espejo. Sin embargo, no pude comprobar si la voz provenía de delante o de detrás de la imagen reflectada. Una nueva llamada me sacó de dudas. Procedía del cuarto de baño y tenía resonancias de tubería. Entre gorgoteos, salía del desagüe del lavabo y la mujer pedía ayuda. Estaba encerrada, según decía, en el sótano del inmueble y solamente yo podía liberarla. No era cosa de llamar a la policía. Más bien a un fontanero. Y, en cualquier caso, no eran horas para despertar a nadie por el desvarío

de alguien que ni siquiera tenía la certeza de estar despierto. Decidí investigar por mi cuenta y desde el octavo piso, en el que vivía, emprendí el descenso por la escalera. Contorneé la jaula del ascensor y advertí una oscilación, apenas perceptible, en los cables de alambre trenzado, como si alguien recientemente hubiera subido o bajado. Cada rellano tenía cinco puertas y, tras cada puerta, se agazapaban los vecinos en sus respectivas madrigueras. No todos dormían. Alguno tosía. Otro tiraba de la cadena y, al vaciarse la cisterna, borbotaba el agua. En el quinto, lloraba un niño, mientras sus padres se peleaban a voz en grito. De pronto, sobrevino un súbito silencio y se abrió de golpe, y sin ruido, una de las puertas del tercero. Y se volvió a cerrar sin que yo llegara a vislumbrar quién la había abierto y cerrado. Entonces comprendí que no estaba soñando, sino recordando un recuerdo olvidado que se resistía a ser contado. Aquélla era la casa donde, hacía años, había vivido con mi padre y mis hermanos desde que, a los doce, mis padres se separaron. Una casa es el caparazón de un pasado que, como la tortuga a la liebre, acaba alcanzándote conforme bajas los peldaños. Todavía quedaba la impronta de los golpes en la puerta que mi madre había asestado tratando de derribarla y perduraba, indeleble, el horror y el dolor de la ruptura matrimonial. Pero ya no estaban los vecinos que, ajenos, bajaban y subían en el ascensor, ni las ventanas que, lejanas, se encendían y apagaban en la noche. En el sótano no había ninguna mujer que, soñada o imaginada, me llamara y, por si acaso, cuando regresé al lavabo del piso octavo, abrí preventivamente los grifos para ahogar la voz antes de que volviera a pronunciar mi nombre. No imaginé que, con la voz, ahogaba un sueño y refrendaba una ausencia. Desde entonces, como dardos me hieren los recuerdos. Certeros dardos tan sutiles que, no dando donde matan, dan donde más duele. En cada esquina de cada ciudad me doy de bruces con el pasado. Incluso en las esquinas de aquellas ciudades en las que nunca, hasta entonces, había estado. Todo futuro fue ayer y, sin embargo, los días se suceden y cada palabra es el eco de cada paso dado. Conozco a los solitarios que no van a ninguna parte y esperan sentados el atardecer, y a los muertos que buscan cobijo en la memoria como si fuera su único más allá, o a los vivos que persiguen su sombra y no la alcanzan jamás, o a los niños que se hacen mayores sin aprender a jugar. Conozco a las personas

de ojos lastimeros que llevan la tristeza como el pan bajo el brazo que trajeran al nacer. Este mundo es, para ellos, una noria en la que giran uncidos a la rutina para paliar la certidumbre de morir cada día. Pero también conozco la alegría de los que viven la vida como una farándula bulliciosa, con pompas de colores y farolillos de papel, o esos otros que al son de la fanfarria, con trompetas y tambores, pisotean lo que pisan y pasean ostentosos sus trapos y galones. O a los que, pertrechados de virtudes y creencias, se erigen en jueces y verdugos de los semejantes que no se les asemejan. Pronto llegué a la conclusión de que todos, sin excepción, vivíamos en realidades alternativas para poder encarar una existencia sin más sentido que el de nuestras acciones y pensamientos por delirantes que fueran. Así, de niño, mi padre me llevó de su mano al París de las nieves de antaño en el que, condenado a la horca, François Villon escribía: «Ahora sabrá mi cuello lo que mi culo pesa» y, abrazado a una gárgola de Notre-Dame, Quasimodo exclamaba: «¡Por qué no seré de piedra como tú!». Prefigurando al capitán Silver de *La isla del tesoro* y su loro, Baudelaire se paseaba por el París de mi infancia con el cuervo de Allan Poe al hombro y, en disparatada miscelánea, Moby Dick emergía del apacible mar de Charles Trenet y, como un Horla, el resoplido de la Ballena Blanca me transportaba de la Normandía de Maupassant al Tarascón de Tartarín, y de la selva africana del doctor Livingstone, *supongo*, a las hollywoodienses lianas de Tarzán o a las turbulentas aguas del Pe-Kiang, en la muy remota China, sobre las que gravita todavía la Pagoda de Cristal, mientras Rolando agonizante toca el cuerno en Roncesvalles y el duque de Aquitania dormita a lomos de su caballo. Estas cosas, y otras más, pasaban todas en París cuando la torre Eiffel sólo era una tarjeta postal en blanco y negro y los pájaros de mi cabeza sobrevolaban mis sueños. Hasta que París dejó de ser París. Sólo había sido una realidad alternativa más de las muchas que habían dejado de ser alternativas a la realidad. Como esas montañas que desaparecen si te acercas demasiado y se convierten en pedregosas rampas cuando las intentas escalar. Pero, ahora que los pájaros ya no vuelan sobre París y yo he ahogado la voz que me llamaba por el agujero del lavabo, las palabras me llevan en su marejada a ese otro París desconocido donde los pájaros muertos nos miran sin ver con sus ojos de cristal. ¿Por qué ha de

ser el horror lo que nos devuelve a la realidad? Los niños venían de París y los traía en su pico una cigüeña, los Reyes Magos llegaban del lejano Oriente a joroba de camello, el Papá Noel aparcaba su trineo de renos voladores para entrar por la chimenea con su saco de juguetes y, de repente, irrumpe la muerte bailando el cancán en el Moulin Rouge y se tiñen de rojo los adoquines de París. Doscientos argelinos son masacrados y sus cadáveres arrojados al Sena mientras Audrey Hepburn y Cary Grant surcan las aguas y se besan a bordo de un rutilante *bateau-mouche*. Las piadosas mentiras reconvertidas en fantasías infantiles pronto dejan paso a las fantasías de los mayores. Nos dicen que la Tierra es un pedrusco que rueda perdido en los espacios siderales, pero seguimos viviendo como si fuera plana bajo un techo de bambalinas y un suelo fraccionado en mapas de papel. Como los sueños modifican lo soñado conforme los soñamos, nuestra percepción cambia el decorado conforme nos movemos en el escenario. O ante la página en blanco. Entre lo que no sé y lo que olvido se abre un resquicio al vacío que se llama instante. Ése es el *no lugar* donde todo pasa sin antes ni después. Donde sólo la aliteración de anacrónicas palabras acompasa con su cadencia el fugaz despertar al sueño de la vida, mientras la muerte agazapada simula dormitar. Alertada por la frase que acabo de escribir, Arlette irrumpe en la página sin pedirme permiso. Se trata de un personaje de esta novela que me recuerda a otra chica que, tiempo atrás, conocí en París y a la que, llegado el momento, relacionaré con otra que nunca llegué a conocer. No me sorprende su pirandelliana presencia porque Arlette es, como se verá, una voraz lectora y, habiendo leído lo que antecede, es lógico que empiece a impacientarse. No la acucia tanto su deseo de entrar en escena como averiguar si esos pájaros muertos en París son, en realidad, pájaros metafóricos que aluden a personas y personajes, artistas, actores, escritores o gentes de a pie que, como ella, han intentado en vano volar. O si París es sólo un territorio imaginario como la selva africana en la que yo me adentraba de niño por el pasillo de mi casa entre monstruosas fieras y pigmeos batwas que lanzaban sus flechas envenenadas mientras, tras la puerta cerrada de la habitación del fondo, mis padres se peleaban. Pero, sobre todo, Arlette quiere saber, y yo me callo, si es ella la mujer que me llama por el agujero del lavabo y por qué abro los grifos para

ahogar su voz si yo la necesito a ella tanto como ella me necesita a mí, y también deja caer, como la que no hace la cosa, si este preámbulo es un prólogo o una obertura sinfónica. La insinuación es, sin duda, un impertinente reproche a mis ripios y solemnidades. Para mayor descaro, proviene de un presunto personaje al que yo todavía no he dado carta real de existencia. Opto por no tenérselo en cuenta y enciendo la tele. Están pasando *Charada*, la película de Stanley Donen en la que, precisamente, Audrey Hepburn y Cary Grant se besan a bordo del *bateau-mouche*. «También ellos son pájaros muertos en París», digo a modo de advertencia. Pero Arlette ya no está y comienza la novela.

1

La novela empieza en lo alto de una colina desde donde dos personajes ebrios ven a otro que sube cojeando y, al verlos, cambia el rumbo y baja por el sendero de resbaladizas agujas de pino que conduce a la playa. No los ha visto nunca hasta entonces ni va a volver a verlos, pero no quiere ver a nadie que le vea porque tiene la sensación de que las miradas roban el alma cuando uno no mira a quienes le ven.

Espatarrados en la hierba y recostados en el depósito del agua cuyo gorgoteo invade sus cerebros y circula por sus venas fusionando sus cuerpos adormecidos en un solo ser, los dos borrachos son ángeles caídos que, habiendo olvidado su origen, se dan a la bebida y se evaporan con los efluvios del vino, diluyéndose en el aire como nubecillas que el sol traspasa y abrasa sin dejar rastro en el cielo ni sombra en la tierra, apenas un hálito etílico en un entorno de botellas vacías.

Abajo, en los astilleros, rotas las amarras, el *Tidecrest* se desliza majestuoso por los raíles de madera hasta el agua de la bahía, mientras la orquesta interpreta «La Marsellesa» y los obreros lanzan sus gorras al aire. Al otro lado de la rada se vislumbran Toulon y los buques de guerra anclados en el puerto. Al finalizar la ceremonia, los coches oficiales se alejan por la angosta carretera entre almendros en flor que restallan al sol, y la gente, bullanguera y remolona, se dispersa. Ladran los perros, corretean los niños, y gigantescas grúas se mecen parsimoniosas. Sobre el barco recién fletado, dos gaviotas detienen el aire.

Así lo recuerdo y, conforme escribo, la figura del hombre que baja por el sendero de agujas de pino cobra inusitado relieve y tangible proximidad. En un principio, lo había entrevisto de lejos, vadeando la nebulosa visión de los dos amodorrados borrachos, y ahora su mirada refulge como si me viera, él a mí, desde la página o como si otro ángel también lo viera a él a través de las lentes confluentes de unos anteojos. Esta vez es un ángel de la muerte, aunque nada en su apariencia nos lo

haga sospechar.

Oteando la playa a través de un catalejo militar, desde la proa de un yate fondeado a la altura de dos rocas que brotan del mar como gibas de camello, Gegé ve pasar a Lorenzo Massaní y fija su atención en la cazadora de cuero que, a su parecer, le proporcionaría una envidiable apariencia de hombría y madurez. Tiene diecinueve años y piensa alistarse como paracaidista para matar argelinos en Argelia. Todavía tiene esa edad en la que sólo mueren los demás y ha aprendido de los westerns a matar con alegría e impunidad. Por la escotilla, bajo una gorra de capitán, emerge el bigote del actor David Niven bajo la nariz del estomatólogo Armand Gallet. Conocí a un Gegé. También a un estomatólogo que tenía un yate y se apellidaba Gallet o algo así. Cualquier parecido que pudiera existir entre ellos y sus personajes en la ficción no sería pura coincidencia.

—¡Gegé! ¡Eh, Gegé! ¿Dónde están las botellas?

La caja de las botellas ha desaparecido y en vano la buscan en la bodega y en los camarotes.

—Ayer la dejamos en cubierta, estoy seguro —recapacita Gallet intrigado, y Gegé asiente.

—A lo mejor se las ha llevado Frederica —sugiere.

—¿Frederica? ¿Por qué? ¿Para qué? ¡Raymond y ella sólo beben cerveza!

La imagen del puerto de La Seyne-sur-Mer me llega con aséptica nitidez. Es el único puerto que no huele a salitre, brea y pescado en mi memoria. El puente levadizo, trenzado en hierro, desciende quejumbroso para dar paso a un camión cargado de chatarra. Amarrado al muelle, el esquife del yate cabecea. Tras asistir al bautizo del *Tidecrest*, Frederica y Raymond beben cerveza en el bar del puerto. Ella lleva trece años casada con Gallet y flirtea con los hombres sin llegar nunca a acostarse con ellos. Él acepta los juegos amorosos de su esposa y, en contrapartida, se atribuye relaciones imaginarias con jovencitas. Estas fantasías encubren una

verdad que sólo ellos conocen. Por su parte, el llamado Raymond es el marinero contratado para la travesía. En vano espera culminar sexualmente la camaradería establecida con Frederica. Como a los que le han precedido, no le será fácil digerir las frustradas expectativas. Las jarras de cerveza se vacían y, bruscamente, Frederica se pone en pie cuando la mano de Raymond sobrepasa su rodilla.

—Creí que era una araña peluda que iba a subirse por mi muslo hasta donde tú sabes que nadie, sin mi permiso, debe llegar. Recuérdalo, Raymond, yo decidiré el momento y el lugar, siempre y cuando te limpies las uñas y mi marido no nos esté esperando.

Raymond acepta las condiciones y ella le gratifica con un amistoso manotazo en los testículos, sincrónico con el mugido de un barco que leva anclas.

—¡Ahí están! —exclama Gegé.

—¿Las botellas?

—No, ellos.

Arqueando las cejas y atusándose el bigote, Armand Gallet ve venir a Raymond y Frederica que, hombro con hombro, reman y ríen en el bote salvavidas.

—¿Habéis visto la caja del vino? —pregunta a gritos antes de que aborden el yate.

—¡No! —contestan al unísono.

Rindiéndose a la evidencia, el doctor Gallet concluye que les han robado. Lo que no puede suponer es que se trate de dos ángeles ladrones y justicieros que roban el vino a los ricos para bebérselo ellos y cuya beoda mirada condiciona el destino de aquellos a los que ven pasar. Así Massaní se ha adentrado, sin saberlo, en las páginas de la novela y se zambulle en el mar. En el confín de la playa, la ropa sobre la arena sugiere las formas de un cuerpo abatido y dislocado, mientras Massaní bracea como si huyera de la orilla. Como cuando, perdida la guerra y salvada la vida, ganó a nado la costa de Francia y fue a parar a un campo de concentración donde senegaleses a caballo impartían golpes de fusta para imponer la disciplina.

Desde el yate y a voces, Gallet propone a Raymond y Frederica que vuelvan al puerto y compren otra caja de vino.

—¡Que vayan Raymond y Gegé! —replica Frederica—. ¡Porque yo voy a darme un baño y nadar hasta las rocas para buscar nidos de gaviota!

Dicho y hecho, se tira de cabeza al agua. Algo imprevisible está a punto de suceder.

El mar chapotea en torno al montículo rocoso por el que Frederica trepa chorreante. Con exultante animalidad, se yergue en la roca como sobre un pedestal. Desde el islote contiguo, Massaní la contempla y ve cómo la mujer se quita los pantalones, empapados y adheridos a sus muslos, dejando a la intemperie unos inequívocos atributos masculinos que acaricia y sacude hasta eyacular al aire. Luego, se tumba al sol sin advertir la presencia del hombre que se desliza sigiloso para sumergirse y alejarse nadando.

En la arena, la cazadora de cuero ha desaparecido. Las huellas delatoras de unas sandalias proceden, ida y vuelta, del mar. Irritado y perplejo, Massaní otea el horizonte sin descubrir rastro alguno del bote en el que Raymond y Gegé ya han ganado el puerto. Grabadas en la manga de la cazadora, Gegé descubre las iniciales de Lorenzo Massaní: L. M. «Lobo Muerto», se dice para sus adentros, y adopta orgulloso la divisa.

En el bolsillo del pantalón, Massaní encuentra un pagaré de cinco mil francos y una tarjeta con el nombre y las señas de monsieur Gallet en París. Supone que se trata de una broma, pero guarda la tarjeta y el pagaré. Todavía fascinado por la belleza de la desconocida con sexo de hombre, dirige la mirada a la roca donde no quedan vestigios de Frederica. Al regresar, se detiene junto al depósito del agua en regurgitante ebullición. Desde lo alto, entre botellas vacías, contempla las casas de La Seyne-sur-Mer, el cauce de asfalto de la carretera, los almendros en flor, el cementerio de barcos y sus descomunales osamentas

roídas, las grúas de trituradoras mandíbulas, el armazón de tablas tras la botadura. Al otro lado, Toulon y las plúmbeas moles de los buques de guerra y, más allá, los cuatro fortines de piedra situados en los puntos cardinales. Diríase que, once años después, los restos y pertrechos de la Segunda Guerra permanecieran a la espera de una Tercera Guerra Mundial.

En otro tiempo de otra guerra y en una montaña de otro país, anduvo Massaní perdido muchas horas con el fusil bajo el brazo, sin saber dónde estaba ni quién le disparaba ni a quién debía disparar. Tan sólo oía el tiroteo intermitente, ora entre los árboles, ora en la carretera. Circundó dos veces una capilla derruida, sin saber qué dirección tomar, y de pronto alguien le disparó desde una trinchera que él suponía abandonada. Cayó de costado y, fingiéndose muerto, quedó inmóvil a la espera de que el enemigo diera señales de vida. El tiro le había roto la rodilla, pero la sorpresa y la tensa espera maquillaban el dolor. Al comprobar que nadie aparecía ni disparaba, escudándose en el máuser atravesado ante la cara, se arrastró sobre los codos y, al pasar bajo una alambrada, el cordón de la alpargata se le enganchó en las púas. Cuando, para desatarlo, trató de volverse sobre sí mismo, un dolor lacerante se lo impidió. Consiguió liberar el pie a duras penas y dejó la alpargata colgada como irrisorio blasón.

Así sucedió y así me lo contaron: la trinchera, plagada de moscas y repleta de cadáveres, exhalaba un apestoso vaho. Y, entre los muertos, incapaz ya de empuñar el arma con la que acababa de disparar, un joven, con la camisa empapada en sangre y los ojos desmesurados de terror y asombro, le suplicó: «No me quites las botas, cúrame». A bayoneta calada le habían taladrado el esternón y, a cada latido, la sangre brotaba a borbotones. Nada le distinguía de uno de los suyos o de un enemigo. Tendría unos dieciséis años, aproximadamente la misma edad que, entonces, tenía Massaní. Como si el miedo a matar y el miedo a morir fueran la misma cosa, se contemplaron durante un interminable instante en que el eco de los disparos lejanos y el zumbido de las moscas detuvieron el aliento. Poco a poco, con cautela de cazador, Massaní le

apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. Luego, arrostrando el dolor de la rodilla rota, se dejó caer desde el borde de la trinchera y le quitó las botas al muchacho.

Desde la colina, la brisa reaviva el rescoldo del recuerdo y altera la memoria, pero no la tergiversa. Massaní lo ve como si lo tuviera delante. Arrumbado entre otros cuerpos, de uno y otro bando, incrustados en el barrizal de la trinchera, oye cómo le implora: «No me quites las botas, cúrame». No es el único hombre al que ha matado ni el único muerto en esa guerra, pero es la única vez en que ha visto en la mirada de otro el miedo a sí mismo. Lo extraño es que, ahora, en rara simbiosis, la imagen del chico agonizante se mezcla con la de la mujer que eyacula en lo alto de la roca entre espumarajos de olas que rompen cadenciosas a sus pies y le traen las dolorosas reminiscencias de un pasado que creía haber dejado atrás y que ahora parece estar sucediendo simultáneamente.

En La Seyne-sur-Mer se jugaba a la petanca y se apostaba a las carreras. Un caballo llamado Alexander IV y dos yeguas, Gelinotte y Canasta, corrían en el hipódromo de Toulon. Pero el tema a todas horas, día tras día, era la guerra española. Como si todavía no hubiera terminado o Franco estuviera a punto de morir. Massaní ni sueña, ni apuesta. Ni espera que la guerra le devuelva lo que le arrebató. Al día siguiente irá a París, donde un amigo argelino le ha encontrado trabajo.

2

El callejón sin salida de la rue de la Gare de Reuilly ya no existe. La taberna de Baranton, tampoco. Pero hubo un tiempo en el que yo estuve allí y, por aquel entonces, no podía sospechar que algún día las palabras me harían regresar a este lugar con pasos atrás. Lo reconozco todo y, sin embargo, no estoy en el pasado. Algo sucede por primera vez. Así lo consigno.

Tras el mostrador del bar, Baranton adopta ínfulas de senador. Su hijo Didier, codos hincados en el mármol de la mesa y dedos sumergidos en la pelambrera, estudia *La guerra de las Galias* sin pasar de la primera frase. Esa que dice lo de que la Galia está dividida en tres partes. Aunque su padre esté lejos de sospecharlo, Didier es un ángel que sueña con tener alas de pájaro, pero sólo tiene cabeza de chorlito. Al fondo, un anciano ceniciento de afilado perfil pasea por sus encías deshabitadas el hueso de una aceituna mientras manosea una dentadura postiza que acaba de pescar con su zalabardo en las aguas del alcantarillado. El reloj da las cuatro y Baranton alza la vista del vaso a medio secar. Un hombre acaba de entrar y deposita en el suelo una maleta y un saco de viaje.

—Soy amigo de Rida —dice.

—Usted es el amigo español de Marsella…

—De Toulon —corrige Massaní.

—Su amigo tardará en volver.

—¿Puedo esperarlo aquí?

—Tardará en volver dos o tres semanas. Trabaja fuera de París. Pero ha dejado algo para usted.

Crispando el gesto, Baranton emite ladridos de chihuahua.

—¡Marie! ¡Marie!

El viejo rastreador de basuras y alcantarillas escupe el hueso de aceituna y sitúa la dentadura postiza a la altura de los labios a modo de macabra sonrisa.

—¡Marie! —vuelve a gritar el tabernero y, al comprobar que nadie contesta, se dirige al chico—. Ve a buscar a tu madre, Didier. —Vuelve a sonreír y se justifica ante Massaní—: Está sorda. Un obús…

El muchacho regresa con su madre, que anda de puntillas, sin pisar su sombra.

—Éste es el amigo de Rida —informa Baranton.

—¡Ah, este señor es el español de Marsella!

Y la mujer saca de la faltriquera un manojo de llaves tintineantes y las deposita sobre la placa de zinc del mostrador. Baranton separa una llave de las otras, se la entrega al forastero y suelta una aleccionadora retahíla:

—Portal único, sin número, primer piso, no necesita llave para entrar, sólo para salir, la cerradura está rota y se encasquilla, no hay luz, encontrará una linterna en la pila de la cocina, el retrete está abajo, al fondo del callejón, la dueña vive arriba, si le pide dinero, no se lo dé, y no tropiece con los muebles, los tiene almacenados desde que cerró la tienda. Mi mujer irá una vez a la semana para limpiar y, si lo desea, puede comer aquí… ¡Ah!, si necesitara ganar algún dinero de bolsillo, tengo un sobrino que tiene un camión en Les Halles y puede darle trabajo por las noches…

El desagüe pestilente del callejón fluye bajo la puerta del retrete y se abre cauce en el cemento hasta el alcantarillado de la acera. Massaní entra en el portal y sube las quejumbrosas escaleras. Recuerdo el desagüe, las escaleras y la puerta del primero, que se abría de una patada.

En la taberna, Baranton introduce un embudo y llena de vino la botella que un escuálido muchacho ha depositado sobre el mostrador. El joven paga y se va. Al salir, alza la tapa del cubo de la basura, husmea y cierra. Es otro de esos ángeles desheredados que buscan el cielo perdido en los desperdicios. Arrumbada en una mecedora y con los pies vendados sobre un taburete, su madre le espera. Obesa y amorfa, diríase que otra persona habita ese cuerpo inerte y acecha malévola por el resquicio de los párpados entornados.

—Rida ha vuelto, Eustache —dice sin mover los labios—. He oído ruido abajo…

Eustache deja la botella y aplica la oreja al suelo. Desde la ventana de la escueta cocina, Massaní contempla el jardín del convento contiguo. Parece un cementerio de aldea donde se oyera el canto de los grillos. Por lo demás, el interior está en penumbra. Tropezando con trastos y muebles almacenados, accede al dormitorio. Sin descalzarse, se tumba en un camastro.

Arriba, al otro lado del techo desconchado, Eustache mantiene la oreja pegada al suelo.

—¿Qué haces, idiota? Baja y dile que si no paga, le denuncio por poner bombas —ordena la madre.

—No he oído nada —dice el hijo.

—Pues alguien ha abierto una ventana —dice la madre.

—Sería el viento.

—No hace viento.

No hacía viento, ni rumor alguno turbaba el silencio. Pero…

Esa noche, Massaní se despierta sobresaltado. Mantiene los ojos abiertos en la oscuridad. Oye un roce que proviene de la entrada. Salta de la cama. La puerta que da a la escalera está entreabierta. Por la ventana, la luz de la luna que se cierne sobre el convento proyecta su difuso haz en la pared de la cocina, donde cobra repentino relieve un lívido rostro de ojos pasmados y boca balbuceante. En un acto reflejo, Massaní le apunta con el dedo.

—Salga o disparo —le ordena, y el intruso se esfuma, dejando tras él un rastro de palabras inaudibles, apenas susurradas, que Massaní deletrea y recompone, de repente, en el recuerdo de otros labios: «No me quites las botas, cúrame», habría musitado, según él, el misterioso visitante.

Le asalta entonces un pensamiento extemporáneo, ¿qué más da morir antes o después? La muerte no sólo iguala a los ricos y a los pobres sino también a los que mueren jóvenes y a los que mueren viejos, y a los fantasmas con los muertos. Tiene la esperanza, eso sí, de que al morir se borren todos los recuerdos. Los malos y los buenos. Y, entre todos los recuerdos, hay uno que ni vivo ni muerto quiere recordar.

—No es Rida —informa Eustache a su madre.

—¿Cómo lo sabes?

—He bajado y lo he visto.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—Vuelve y dile que te lo diga.

—No. Tiene una pistola.

—¡Otro del FLN! —exclama despectiva la madre—. Pues dile a Baranton que llame a los gendarmes o seré yo la que cuente lo que él guarda en el sótano…

—Pájaros, sólo tiene pájaros muertos. Didier me los ha enseñado. Por la noche, vuelan y Didier con ellos, mamá. Pero yo, sin ti, no puedo volar.

—¡Idiota!

En el sótano de la taberna, una sucia bombilla proyecta sombras de alas, colas y picos en las paredes donde una reciente inundación ha dejado una gran mancha cuyos contornos prefiguran el mapa de un territorio ignoto. Todos los ojos, redondos y fijos, miran al pequeño Didier. Aquellos ojos de cristal lo inmovilizan. Al pie, en el soporte de corcho, cada pájaro tiene una ficha con su correspondiente nombre, las características del plumaje, la longitud del pico y de las patas. Pero para Didier no existen diferencias, todos son pájaros muertos y disecados que le hipnotizan. Una extraña insensibilidad va, poco a poco, ganando su escuálido cuerpo y el corazón le late cada vez más rápida y débilmente. Observa los barriles con el grifo cerrado, el suelo húmedo, casi encharcado, la escalera de madera y los pájaros con tripas y corazón de paja, alineados ala con ala, vigilando la quietud y el silencio.

Fuera, pasa un tren y una negra humareda se expande flotante en la neblina del amanecer. La carbonilla ha ennegrecido el banderín del jefe de la estación de Reuilly, que observa adormilado cómo el viejo rastreador de basuras y alcantarillas recoge los restos del carbón caído entre los raíles. De pronto, su trémula silueta se deshace en jirones de

nube a merced del viento.

3

A la espera de que su amigo Rida regrese, Massaní carga y descarga camiones de hortalizas en Les Halles de Saint-Lazare. Es un trabajo nocturno y mal pagado que acaba cada madrugada con la instalación de los puestos del mercado, hasta que un día, con suspicacia y curiosidad, acude a las señas consignadas en la tarjeta que el ladrón de la cazadora le había dejado en la playa de La Seyne-sur-Mer. El portero le confirma la existencia de un tal Armand Gallet, odontólogo. En ese preciso momento, unas risas femeninas anteceden la aparición de dos mujeres que bajan por la escalera. Una de ellas es Frederica, la mujer de escultural belleza y sexo de hombre que Massaní había vislumbrado desnuda en la roca que emergía del mar. Pero, vestida, no la reconoce. Nada hay de masculino en su porte, ni en su voz y maneras, y conserva de cerca la belleza que Massaní había avistado de lejos.

—Perdone, madame Gallet. Este hombre desea ver a su marido —informa el portero a Frederica.

—Me llamo Lorenzo Massaní y su marido me ha dejado una tarjeta para que venga a verle —dice el extranjero.

—Lo siento, hoy no tiene consulta.

—Es un asunto particular —insiste Massaní.

—¿Particular? ¿Qué clase de particularidad?

—Una cazadora de cuero que se ha llevado mientras me bañaba…

—¿Insinúa que mi marido le ha robado una cazadora?

—No, no… Verá… Supongo que se trata de una broma, pero el caso es que yo me estaba bañando en la playa y, cuando salí del agua, mi cazadora ya no estaba allí… En el bolsillo del pantalón encontré la tarjeta y un pagaré… Por supuesto, no quiero que me pague nada, era una cazadora vieja, pero me gustaría aclarar lo sucedido…

—Es un asunto interesante y hablaré con mi marido para que le reciba. Pero antes le propongo que ayude a mi amiga. Va a casarse con un espía

nazi y necesita deshacerse de un objeto pesado y comprometedor.

—¡No le haga caso! —interviene la amiga con una sonrisa de circunstancias—. A Frederica le encanta el melodrama, señor…

—Massaní, Lorenzo Massaní.

—¿Argelino?

—Español —tercia Frederica y, emulando las ínfulas de un Stanley que acabara de encontrarse con Livingstone, concluye—: ¿Exiliado, supongo?

Massaní asiente y, perplejo, se deja conducir hasta el bistrot de la esquina. La amiga de Frederica es noruega pero, además del francés y el inglés, domina el castellano. Modula las palabras, eso sí, con cierta dificultad que presta encanto a su acento.

—Me llamo Nora y voy a casarme, es verdad. Pero mi novio no es espía ni nazi, se lo aseguro, y yo puedo resolver mis problemas sola. Por cierto, desde niña me he sentido atraída por España, aunque no soporto las corridas de toros. En Madrid, me desmayé cuando le pusieron banderillas de fuego al pobre animal. También estuve en Granada y conozco las poesías de García Lorca, ¿lleva mucho tiempo en Francia, señor Massaní?

—Demasiado —responde de mala gana.

—¿Tiene amigos en París?

—Uno. Pero no está en París.

—¿Siente deseos de volver a España?

—No.

La respuesta pone en evidencia hasta qué punto Massaní considera inoportuna la pregunta, y la bandeja, en la que reverbera la luz del espejo donde, a través del ventanal, se refleja el cielo, dilata con sus destellos el pulso del silencio que, apenas depositadas las tazas sobre la mesa y antes de dar el primer sorbo de café, Frederica interrumpe.

—¿En qué playa te robaron la cazadora?

—En La Seyne-sur-Mer, madame —dice Massaní, asumiendo el tuteo y manteniendo cierta reticente distancia.

—Si no tienes inconveniente, quisiera ver la nota que te dejaron en la playa. Mi marido debe saber quién anda por ahí haciéndose pasar por él y firmando falsos pagarés, compréndelo.

El hombre muestra la tarjeta y el pagaré, que ella escudriña y husmea con afectada delectación. Hay algo pérfido y sofisticado en la actitud.

Cierta seductora procacidad que convierte a la amiga en compinche y al extranjero en espectador.

—¡Todavía huele a mar! —exclama extasiada.

Cada vez más incómodo, Massaní da por terminada la entrevista y se pone en pie.

—No, por favor, espere —le ruega Frederica, volviendo a tratarle de usted—. Recuperaré su cazadora y le pagaré los cinco mil francos, pero antes quisiera pedirle un favor. Le agradecería que acompañara a Nora y la ayudara a llevar y quemar en cualquier vertedero el pesado objeto del que le hablé. Eso es algo que una escandinava no puede hacer sola y algo me dice que nuestro encuentro puede resultarnos providencial, le espero mañana aquí a las once y cuarto…

El tono, jocoso pero perentorio, no deja resquicio para evasivas, y los cinco mil francos, tampoco. Massaní no tiene noticias de su amigo, el trabajo en Les Halles escasea y el dinero de La Seyne se agota.

—Tengo el coche a dos manzanas —dice Nora.

El objeto en cuestión es un cuadro de unos dos metros de alto por noventa de ancho, embalado con armazón de madera y empaquetado con papel de estraza y cuerdas. También hay telas enrolladas en tubos de cartón que hubieran sido más fáciles de transportar y quemar. Una luz diáfana invade la estancia donde, ante un proyector apagado, un trípode patiabierto sostiene un lienzo surcado por una única pincelada roja. Al fondo, tras el biombo de seda, se vislumbra un futón en el suelo. Al otro lado de las cristaleras, se suceden los tejados de París que Massaní sobrevuela con la mirada. La ciudad se le antoja un puzle descabalado y la mujer un pez en una pecera. Le exaspera su manera de moverse sin gestos superfluos, como si el aire tuviera márgenes concisos que no debiera sobrepasar o el suelo fuera un tablero de ajedrez cuya cuadrícula condicionara los desplazamientos. Pero, de repente, la oye gritar, y se sobresalta.

—¡Quién ha puesto ese pájaro muerto en mi cama! —reclama, más que pregunta, súbitamente aterrorizada.

Sólo entonces, volteando la mirada, Massaní descubre, tras el biombo,

la colchoneta cubierta con sábana blanca sobre la que un pájaro negro yace, pico abierto y alas desplegadas.

—Habrá entrado por la ventana —sugiere, tratando de restarle importancia.

—¿Qué ventana? —le increpa ella—. ¿No ve que no hay ventanas? El estudio tiene un sistema que deja pasar la luz pero filtra la contaminación y nada puede atravesar un cristal sin romperlo, ¡ha sido ella!

—¿Ella?

—Sí, ella.

—¿Se refiere a su amiga?

—Tiene llave.

—Pero ¿por qué el pájaro en su cama?

—Ya lo ve, es absurdo. Puede que no haya sido ella. Puede que el pájaro también tuviera la llave y haya subido en ascensor para morir aquí, ¿le parece una explicación más razonable?

Al hombre no le gusta el tono innecesariamente mordaz.

—Puede que su amiga esté celosa y no quiera que usted se case, aunque su novio no sea espía ni nazi.

—Está celosa —responde Nora—. Y no quiere que me case, es verdad. Lo de mi novio espía nazi es pura envidia porque Jan es guapo y se parece a Errol Flynn, y ella está casada con un dentista presumido que sólo se parece a David Niven en el bigote. Cuando conozca a monsieur Gallet podrá comprobarlo. Ande, quite eso de ahí y tírelo a la papelera. Mañana se lo llevará la mujer de la limpieza.

—También tiene llave, supongo.

—Pero nunca haría una cosa así.

Lorenzo Massaní coge el pájaro por la punta de un ala y observa el pico sanguinolento y amarillo.

—Es un mirlo, ha entrado vivo y se ha matado estrellándose contra los cristales buscando la salida —dictamina.

—¿Y por dónde cree que ha entrado?

—Por la puerta que la mujer de la limpieza habrá dejado abierta mientras ventilaba la escalera —conjetura.

—¡Muy perspicaz, mister Holmes!

—Elemental, señorita Watson —responde satisfecho de encontrar la réplica adecuada—. Pero ¿podría decirme qué contiene el objeto comprometedor que debo ayudarla a trasladar y quemar en un vertedero?

—Me defraudas, Holmes. Hasta un niño podría deducir que se trata de un cuadro.

—¿Es pintora?

—Sería pretencioso por mi parte decir que pinto. Sólo hago fotografías a tamaño natural, las proyecto sobre tela y las perfilo y retoco con óleo. A veces, capto cosas que determinadas personas tratan de ocultar.

—O destruir.

—Veo que me comprendes.

—Comprendo lo que dice —puntualiza él—. Pero no lo que no me dice.

—Puede que no sea de tu incumbencia.

—Pues verá, sí. Lo es. Por ejemplo, yo diría que nos sería más fácil liquidar ese cadáver si lo troceáramos antes de trasladarlo y quemarlo.

—No es un cadáver.

—Una fotografía es siempre un cadáver. Alguien dispara y te caza. Puede que no lo sepas. Pero estás muerto.

—¡Dios santo! ¡Eres filósofo y hechicero! ¿A qué tribu perteneces?

—A una muy salvaje donde se matan entre ellos y saben que para que algo arda de cuerpo entero se necesita, al menos, un bidón de gasolina.

—No te preocupes por eso. No pienso quemar una de mis mejores obras. Simplemente, quiero ocultarla. La sacaremos de aquí en la baca de mi coche y la llevaremos a un lugar seguro. ¿Dónde vives? Te pagaré el alquiler si prometes cuidarla y conservarla, sin romperla ni mancharla y, sobre todo, sin que la curiosidad te lleve a desempaquetarla. Es material muy privado que nadie debe ver. Y, menos que nadie, mi futuro marido. Viene desde Nueva York a pasar una noche conmigo y se vuelve mañana a Nueva York. Él me llama su mujer invisible, pero el que es invisible es él. Viene y va con tal rapidez que cuando quiero verle ya no está. Y éste es el único lugar secreto donde nuestros cuerpos invisibles se ven a la luz de las estrellas. Viniendo, como dices, de una tribu salvaje, debo suponer que me comprendes.

—Te comprendo. Tu novio no es nazi, ni espía. Es invisible. Lo que en mi tribu nadie comprendería es que una mujer como tú sea invisible para él. Debe de ser un hombre muy ocupado o estar ciego.

—Se llama Jan Lindgren y es escritor. Acaba de recibir un premio muy importante por su traducción al francés de la correspondencia de Joyce con Ezra Pound y, por si eso no significara nada para ti, te diré que, además, estoy enamorada de él.

—¿Es ésa la razón por la que no debe ver este cuadro?

—Tengo que sacarlo de aquí antes de esta noche, eso es todo lo que puedo decirte. Sólo tendrás que guardarlo durante dos o tres semanas, hasta que vaya a reunirme con Jan para casarnos en Nueva York.

—Lo siento. El apartamento no es mío y está lleno de muebles y trastos, no cabría tu cuadro aunque lo partiera en dos. Además, la cerradura está rota y cualquiera puede entrar, ¿por qué no lo guarda madame Gallet?

—¿Frederica? ¡Ni hablar! ¡Ella quiere quemarlo!, ya lo has oído.

—No será difícil encontrar algún almacén que se haga cargo.

—No dejaré el cuadro en manos de desconocidos.

—Yo soy un desconocido.

—Las circunstancias me obligan a confiar en ti.

—Gracias.

—Llevémoslo a tu casa, estoy segura de que encontrarás un sitio entre tus muebles, y vigílalo hasta que se nos ocurra algo mejor. Pero, sobre todo, si te preguntara Frederica, miéntele y dile que lo hemos quemado. Hazlo por mí, te lo suplico. Es algo de la máxima importancia. Cuando me haya ido, te enviaré a alguien con las instrucciones a seguir. Será mejor que nosotros no nos volvamos a ver.

—¿Por qué?

—Porque, cuando se comparte un secreto, es aconsejable la distancia, te lo aseguro. La proximidad tiene peligro.

—¿Qué clase de peligro?

—Condiciona la relación y el secreto puede acabar convirtiéndose en… chantaje.

Necias palabras, pero inquietantes. Massaní trata de oírlas como cuando oye llover, pero se moja. Sin saber cómo ni por qué, se siente

involucrado y defraudado. No acierta a comprender lo que está pasando. La irritación que la mujer le suscitaba se ha transformado en el contradictorio deseo de volver a verla cuando todavía no se ha ido y de olvidarla antes de que se vaya. En ese estado de confusión, opta por mostrarse ofendido.

—Yo nunca haría chantaje —proclama con desfasada solemnidad.

—Lo sé. Hablaba en general de una experiencia personal —se disculpa Nora—. A los diez años, una compañera de colegio solía invitarme a merendar en su casa, donde su madre nos dejaba preparado un pastel. Nunca olvidaré aquel olor a pastel en aquella casa, era como si fuese uno de los mejores momentos de mi infancia, una sensación de absoluta felicidad hogareña o algo parecido, hasta que, una tarde, nos encontramos otra clase de pastel en la cocina. Sorprendimos al padre de mi amiga con otra mujer. Él se subió los pantalones demasiado tarde y ella se bajó la falda con las bragas en los tobillos. Naturalmente, mi amiga me pidió que nunca se lo contara a nadie. Pero, cada vez que nos encontrábamos, me hacía partícipe de un sentimiento de culpabilidad, como si fuéramos responsables de lo que habíamos visto. Creo que el secreto acabó con nuestra amistad, aunque yo siga recordando aquel olor a pastel como si me protegiera de todos los miedos.

—Tu historia no viene al caso, puesto que yo desconozco qué clase de secreto comparto contigo y tampoco tú me has invitado a merendar —aduce él con un deje no exento de reproche. Ella se echa a reír.

—¡Razón de más para tomar ahora la decisión!

Tras descargar el cuadro en el callejón sin salida de la rue de la Gare de Reuilly, Nora se despide de Massaní reiterando las recomendaciones y vuelve al estudio donde, al anochecer, hará el amor con su futuro marido bajo el cielo estrellado y sobre los techos de París. No echa de menos el brazalete de oro que rodó por la acera hasta ser engullido por la alcantarilla, sin que ni él ni ella lo advirtieran, mientras se afanaban en soltar las correas que sujetaban el cuadro al techo del coche. Una vez solo, Massaní pide a Baranton que le ayude a subir el cuadro hasta el apartamento de Rida y no tardan en comprobar que ni siquiera cabe por

la puerta. En vista de lo cual, el tabernero propone guardarlo en el sótano de los pájaros disecados, cubriéndolo con un plástico que lo proteja de la humedad. Massaní accede y le da los cinco mil francos que, desoyendo sus protestas, Nora le había dado a él.

No puede dormir pensando en la mujer y, al día siguiente, acude a la cita de Frederica, con la secreta esperanza de ver a Nora. Pero, tras una larga espera y una cajetilla de Gauloises, llega a la conclusión de que ninguna de las dos aparecerá. El caso de la cazadora robada y el falso pagaré le importa un bledo, pero se siente humillado por la displicencia con la que le había tratado Frederica, y le siguen acuciando los irracionales pensamientos que le habían atormentado durante la noche: la distinguida Nora boqueando como pez fuera de la pecera y desbaratada por las embestidas del hombre invisible a la luz de las estrellas. Bien es verdad que Nora era muy libre de acostarse con quien quisiera. Pero ése es otro aspecto que también le resulta particularmente doloroso: nunca una mujer así se acostaría con un hombre como él. Esta certidumbre es todavía más cruel porque la frustración exacerba una antigua herida que no ha sido causada por tiro ni bayoneta. Una profunda herida que perdura como si se le hubiera atragantado un mal recuerdo. El recuerdo de otra mujer entregando a otro su cuerpo. Ahora regresaba el dolor a su costado. Unas veces, se expandía difuso por el plexo solar. Otras, le aguijoneaba el esternón. Siempre le acompañaba como un rumor lejano y, frecuentemente, creyendo así huir de sí mismo, cometía acciones de las que se arrepentía. ¿Qué demonios hacía él en el consultorio de un dentista presumido reclamando una cazadora de cuero cuando ni la pérdida de la cazadora ni una muela eran lo que de verdad le dolía?

Massaní explica en vano a una enfermera, joven y pelirroja, llamada Arlette, que su problema no es odontológico. Diríase que ella lo entiende pero no quiere entenderlo. Diríase, incluso, que ella considera que a él le conviene que no le entienda, puesto que el doctor se niega a tratar asuntos privados en horario de consulta. Así pues, imbuida de la autoridad que su bata le confiere, la enfermera pelirroja le insta a ocupar

el sillón articulado del gabinete donde, enfundándose sendos guantes de goma, el doctor Gallet no tarda en hacer su histriónica entrada en escena.

Vestido de azul de los pies a la cabeza, Gallet más parece un peluquero que un dentista. Cuando el supuesto paciente le cuenta el motivo de su visita, el doctor tuerce el bigote en una mueca que denota más desconfianza que extrañeza y, en consecuencia, más rechazo que simpatía. Es evidente que su esposa no le ha puesto al corriente del asunto y, aunque Massaní omite mencionar lo del pagaré, las intenciones del extranjero resultan sospechosas: la desaparición de una cazadora en la playa de La Seyne-sur-Mer no justifica, en modo alguno, una visita clínica ni la ansiedad del visitante.

—Mire, señor, ésta es una consulta de estomatología y no una oficina de objetos perdidos —advierte con acritud Armand Gallet.

—Pero un desconocido ha utilizado su tarjeta y su esposa me ha citado para devolverme la cazadora…

—De las citas de mi mujer no soy responsable y de su cazadora tampoco. ¡Arlette, acompañe al caballero!

Nadie acude a la llamada.

—Váyase por donde ha venido y déjeme en paz. No tengo tiempo para tonterías…

Por segunda vez en su vida, a Massaní le entran ganas de romperle los dientes a un dentista. La primera vez tuvo lugar en un barracón de campaña cuando un teniente tuerto le arrancó la muela equivocada con unas tenazas. La rotura de un cristal, provocada por una bala perdida, había sido la causa de que el teniente tuerto cerrara el ojo sano en el momento de la extracción. En ambas ocasiones, sucedió algo que evitó el puñetazo. En la primera, otra bala, tan perdida como la anterior, entró por la ventana y mató al teniente. En la segunda, fue la enfermera la que, dócil y apresurada, entró por la puerta torciéndose el tacón del zapato y restableciendo el equilibrio en una torpe acrobacia. La bata le queda corta o las piernas largas. No es joven ni pelirroja. Tampoco es Arlette.

—¿Dónde está Arlette? —inquiere Gallet.

—Es mi turno, doctor —aduce ella.

—Bien, bien. Acompañe a este señor y recuerden que no recibo visitas personales en la consulta.

Massaní farfulla una disculpa que suena a maldición y baja reacio las escaleras. Al salir del portal, inesperadamente y haciendo una vez más gala de su profesional autoridad, Arlette le aborda.

—Sígame, señor —le dice—. Madame Gallet ha telefoneado y sabemos quién tiene su cazadora.

La alusión a madame Gallet le hace suponer que va a encontrarse con ella y, quizá, con Nora. Lejos está de imaginar que, en esos momentos, las dos mujeres sostienen una conversación muy confidencial en el mismo bistrot donde, horas antes, él estaba citado.

—¡Seis veces! —exclama admirativa Frederica.

—Cinco, y un intento interrumpido porque, de pronto, el pájaro que creíamos muerto y que el español había dejado en la papelera, estaba vivo y nos pegó un buen susto cuando revoloteó hasta estrellarse de nuevo contra la cristalera. Me temo que Jan se haya quedado frígido del trauma…

La risa de las amigas es contagiosa y los escasos clientes, sin conocer el motivo del regocijo, no pueden reprimir una bobalicona sonrisa de tácita complicidad. Precavidas, ellas bajan la voz y reanudan el diálogo con frases susurradas que acentúan, aún más, el aire de libidinoso contubernio.

—¿Eyacula fuera?

—Sí. No le gustan los preservativos y a mí tampoco.

—¿Dónde? ¿En los pelos, en las tetas, en la boca o en el culo?

—Donde puede y alcanza —responde Nora esquiva.

Las imágenes suplen por un momento las palabras y los pensamientos fluyen y confluyen en un turbio silencio. No es la primera vez en que ambas mujeres, cada una a su manera, se complacen en un impúdico juego al que Nora se presta como si se tratara de un desafío liberador y que, para Frederica, es un frívolo ejercicio provocador y posesivo.

—Me dijiste que tenía un pene más corto pero más grueso que el del negro de Vincennes —recuerda.

—Me prometiste no volver a hablar de eso.

—¿Acaso los hombres no hablan de cosas así y peores? Pues, a mí, me

interesan los detalles, lo sabes, ¿por qué no compruebas cómo la tiene el español y me lo cuentas?

—¡Oh, no! ¡Por Dios! ¡Si empiezas a delirar, me voy!

—¿Te lo tiraste después de quemar el cuadro o antes?

—No quemamos el cuadro —revela a modo de represalia, dando al traste con la perversa deriva de la amiga y su salaz sonrisa.

—¡Me has mentido! —increpa Frederica.

—No se puede quemar un cuadro de esas dimensiones, así como así… —arguye Nora.

—¿Qué hicisteis con él? ¿Dónde está? —inquiere Frederica.

—No te preocupes. Lo destruimos —miente Nora.

—¿Lo destruisteis? ¿Cómo lo destruisteis?

—Haciéndolo pedazos.

—¿Sin que él viera nada?

—Te lo garantizo. Ni vio ni sospechó. Sólo hizo lo que le dije que hiciera.

—¿Estás segura?

—Por si acaso, tuve la precaución de cubrir el lienzo a brochazos antes de empaquetarlo —vuelve a mentir.

—No es suficiente, si alguien recogiera esos pedazos, podría recomponerlos y descubrir lo que hay pintado debajo…

—Estás paranoica.

—Soy paranoica y me perteneces, no lo olvides. Lo has jurado.

—Era un juego.

—Es un pacto. Puedes acostarte con quien quieras, siempre que me lo cuentes y nunca me dejes.

—Confía en mí.

—¿Cómo podría confiar en alguien que me ha mentido?

—No te he mentido. Sólo te he engañado. Como tú engañas a todos, sin mentir.

—Pero eso es diferente…

—Ayer pusieron una bomba en Saint-Denis. No está París para encender hogueras, así que decidimos repartir los pedazos en contenedores de distintos barrios.

—¿Cuántos contenedores y en qué barrios?

—¡Basta! ¡No contestaré a más estúpidas preguntas! Sabes que estoy tan interesada como tú en que Jan no vea el cuadro.

—Ni Jan ni nadie, ¿has pagado al español?

—Sí.

—Nos conviene perderlo de vista lo antes posible. Es un pobre imbécil… ¡Figúrate que esta mañana se ha presentado en la consulta buscando su cazadora!

—No es ningún imbécil, pero puede que no le guste que se burlen de él.

—¡Vaya! ¡Debí imaginarlo! ¡No te lo reprocho! A mí también me atraen los hombres con sombra en la mirada, hasta que se vuelven insoportables. Luego, no es fácil deshacerse de ellos. ¿Me creerías si te dijera que llegué a pensar en emborrachar a Raymond y empujarlo por la borda para que se ahogara, como hizo ese actor americano, de cuyo nombre no me acuerdo, con esa actriz que era su mujer y de la que tampoco recuerdo el nombre? ¡Me encantaría cometer alguno de esos crímenes hollywoodienses! En la vida como en las películas, los delitos interesan más que las buenas acciones y los malos siempre somos más atractivos…

—¿Y por qué no lo hiciste?

—¿El qué?

—Emborracharlo para que se ahogara.

—Porque fui yo la que se emborrachó y cayó al mar, ¡y Raymond el que me salvó la vida!

—Ahora estarás en deuda con él para siempre.

—Pero no pagaré el precio que me pide.

—Nunca pagas el precio que te piden. Pero yo te pediría que, al menos, le devolvieras la cazadora al español, como le prometiste.

—Ya lo hice. Le pedí a Arlette que le acompañara a casa de Gegé. Él tiene la cazadora y se la devolverá…

—¿Y por qué tiene la cazadora Gegé?

—Para disfrazar a sus chicas de chico antes de follárselas, es su juego preferido.

4

Gegé, en calzoncillos y con la cazadora de cuero sobre los hombros, introduce un dedo por el cuello de una botella vacía al tiempo en que sopesa de soslayo el culo de la chica que baila desnuda con las bragas entre los dientes. En el gramófono, la aguja recorre perezosa los surcos donde las voces de The Platters agonizan gangosas. Suena el timbre de la puerta. Ni la chica ni Gegé se inmutan. El timbre vuelve a sonar. La chica empuña la manivela y da cuerda al gramófono reavivando el renqueante «Only you», mientras Gegé le azota las nalgas. Las bragas se desprenden de los dientes y giran con el disco interrumpiendo los azotes y la canción. El timbre suena por enésima vez. Gegé ordena a la chica que se meta en el armario y abre. Arlette entra de rondón y, sin mediar palabra, recupera la cazadora de los hombros de Gegé y se la da a Massaní. Gegé abofetea a Arlette. Massaní abofetea a Gegé. Gegé abre el armario. La chica sale y se mete bajo la mesa. Gegé saca una pistola y encañona a Arlette. Massaní se interpone, arrebata la pistola a Gegé y, tras comprobar que está descargada, se la devuelve con la cazadora. Luego, da media vuelta y se va. Arlette lo alcanza en la escalera.

—¿Por qué le has devuelto la pistola y la cazadora? —le increpa.

Massaní no contesta. Ella refunfuña y le sigue. Arriba, vuelve a oírse «Only you».

Ya en la calle, Massaní pregunta a Arlette si ha comido. Ella le dice que no. Él la invita. Ella acepta. Toman el metro a Daumesnil y comen en la taberna de Baranton.

—Nunca comprenderé por qué le devolviste la cazadora y la pistola a Gegé —insiste Arlette—. Es un inmaduro y cree vivir en una película de John Ford, de esas donde aplaudíamos cuando mataban a los indios, y se va a Argelia a matar argelinos para que le aplaudan a él también.

—¿Sois novios?

—¿Yo? ¿Con ése? Es absurdo, ¿cómo puedes imaginar una cosa así?

—Por cómo te abofeteó.

—Bueno, verás. Una vez, una estúpida vez, también me encerró en ese armario cuando vino madame Gallet para pedirle que yo dejara en paz a su marido, ¡como si no fuera él quien me acosaba a todas horas y ella no lo supiera! Pero lo que de verdad quería era averiguar las señas de una comadrona que practicaba abortos con una ganzúa y a la que Gegé conocía. Desde el armario, lo oí todo. Madame Gallet es peor que Lady Macbeth. Contó cosas de su mejor amiga que yo no hubiera contado ni de mi peor enemigo y, para colmo, pidió a Gegé que escribiera al novio de la amiga una carta anónima contándole lo que ella le había contado…

—¿Su mejor amiga? —inquiere Massaní acuciante.

—Una noruega. Se llama Ingrid, pero se hace llamar Nora, como la Nora de *La casa de muñecas*. O como la Nora de James Joyce.

—La conozco —confiesa él, y cobra resuello antes de, disimulando su ignorancia literaria y simulando indiferencia, indagar lo que de verdad le interesa—. ¿Y qué cosas contaba Frederica de ella?

—Algo que yo tampoco contaría de alguien que está a punto de casarse…

—¡Con un escritor pedante que vive en Nueva York! —exclama él sin poder contenerse por más tiempo.

—¿También lo conoces?

—No. Pero madame Gallet dice de él que es un espía nazi y, ya se sabe, cuando se dicen estas cosas en broma, siempre tienen algo de verdad.

—Pareces celoso…

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque estuvieras enamorado.

—¡No estoy enamorado! —afirma con delatora vehemencia.

—Perdona. No hay razón para avergonzarse de estar enamorado.

—Pero no estoy enamorado y nunca lo estuve.

—No te creo. Tienes que haberte enamorado de alguien alguna vez…

—Nunca —miente.

—¡Qué pena! Eres un hombre todavía joven y guapo, muchas se habrán enamorado de ti, estoy segura.

El piropo hace que Massaní se sonroje, la mentira también, y ella, para no causar mayor azoramiento, finge no advertirlo. Le hace gracia el que

un hombre hecho y derecho, curtido en la guerra, se ponga colorado como una damisela.

—Oye, ¿podrías decirle a madame Gallet que quiero verla? —propone él, en una pirueta copernicana.

—Se lo diré si la veo.

Apenas escrito lo que antecede, salí al jardín y, a pie de puerta, encontré un pájaro en reposo sobre la hierba. Por su tamaño y plumaje pardo oscuro, era un tordo de los que había matado de niño con mi escopeta de aire comprimido. Desde entonces, salvo arañas y moscas, no he vuelto a matar. El pájaro se mantuvo inmóvil, incluso cuando me aproximé para observarlo de cerca. Al pronto, creí que estaba muerto, pero parpadeó. Pensé entonces que estaría enfermo y traté de cogerlo. Emitió un débil e intermitente graznido y emprendió el vuelo, yendo a caer antes de alcanzar las ramas de una higuera. Cuando lo busqué, ya no lo encontré. Poco después, al reanudar la escritura, a través de la ventana del estudio, vi una ardilla que se detuvo sorprendida al verme a mí. Estuvimos un rato mirándonos con recíproca curiosidad, y se fue. Lo curioso del caso es que, sin aparente relación con el pájaro y la ardilla, o quizá sí, recordé que había conocido a alguien como Arlette que se llamaba Denise. Era más rubia que pelirroja, y olía a pan recién cocido o al pastel que preparaba la madre de la amiga de Nora. Desprendía un sensual efluvio que invitaba a agazaparse en su regazo y esperar allí a que el mundo dejara de rodar. Puede que no se pareciera demasiado a la enfermera del relato, sino más bien a otra chica que Massaní había conocido a los dieciséis años y, por dolorosas razones, pretendía olvidar. Se llamará María. Puede que fuera ella, y no tanto Arlette o Denise, la que yo relacionara secretamente con el pájaro que dormitaba en la hierba o con la ardilla que me miraba encaramada en una rama mientras, atrincherado tras la mesa de despacho, sin cazarla ni matarla, la atrapaba con palabras en la pantalla del ordenador. Me asombró, no obstante, comprobar cómo la naturaleza, conjurada con el lenguaje, propiciaba que, en extraña simbiosis, una mujer emergiera del olvido convertida en pájaro dormido y en ardilla que me mira sorprendida al ver que yo también la veo a ella

por primera vez.

En el bar de Saint-Lazare donde reparten el trabajo nocturno, Massaní pregunta al encargado si esa noche vendrá el sobrino de Baranton. Tras el mostrador, el encargado se muestra reacio a contestar. Apostados junto a la puerta, cinco hombres, con la misma desencantada impaciencia en la mirada y el mismo rutinario hastío en la expresión, esperan turno ante vasos tan vacíos como sus bolsillos. Parecen exhaustos antes de empezar.

—Vendrá —responde, al fin, el encargado a regañadientes.

Un supuesto superviviente de Dien Bien Phu, con uniforme de soldado, se acoda en la barra al lado de Massaní.

—Ha venido un camión pero no ha cogido gente —le informa y, en voz bien alta para que todos puedan oírlo, añade—: ¿Quieres tomar algo? Yo invito.

—No, gracias —responde Massaní.

—Hay que tomar algo, ¿comprendes? —le sugiere el de Dien Bien Phu, y mira de reojo al dueño del establecimiento, que asiente a distancia.

—En ese caso, cerveza.

—Cerveza para él y una taza de caldo para mí —pide el presunto soldado y, bordeando el galimatías, pregunta a Massaní—: ¿Eres tú el amigo del sobrino del primo del patrón?

—Conozco a su tío —dice Massaní, sin molestarse en precisar si se refiere al tío del sobrino, al tío del primo o al tío del patrón.

—Entonces, seguro que tendrás trabajo —concluye el soldado—. ¿Fumas?

—No, gracias.

De improviso, unos ojos de mujer le miran y unos labios sensuales le sonríen con la más seductora y estereotipada de las muecas. Es Nora. Massaní bebe un trago largo de cerveza para disimular su turbación. Ella continúa mirándole con la misma absorbente intensidad. No es Nora.

—Te gusta la chica, ¿eh?

—¿Qué chica?

—La del calendario.

—No, no me gusta. Se parece a… todas.

—¿A todas? ¿Conoces a muchas como ésa?

—Quiero decir que todas ponen la misma cara cuando las fotografían para el anuncio y eso hace que las confunda, aunque no se parezcan.

—Pues, a mí, me gustaría cualquiera que se pareciera a ésa y que no fuera de papel. Vamos, ya está aquí el camión.

Mientras escribo, tengo ante mí un calendario de la Unión Española de Explosivos del año 34 en el que se representa una escena de tiro al pichón. Sobre una plataforma blanca en una extensión de césped verde, el tirador apunta al ave que emprende el vuelo. Entre el público, en primer término, destacan tres elegantes mujeres, sentadas en torno a una mesa. Una de ellas se vuelve y me mira, y su mirada detiene la escritura, el disparo y el vuelo del ave. No se parece en nada a la mujer del calendario, cuya mirada y sonrisa sugieren a un Massaní enamorado la sonrisa y la mirada de Nora, pero me invade lo que podríamos denominar el síndrome Gioconda y, sin parecerse, tengo la peregrina sensación de que ambas mujeres son la misma mujer.

De las paredes húmedas brotan, como mustias flores, las voces de los pájaros muertos. «No juegues con pájaros, Didier», le susurra la corneja al oído. «Si juegas, morirás», le advierte el tordo. «La vida pasa en un vuelo», trina socarrón el jilguero. Y el cuervo, en burlón dueto con el pato salvaje, canturrea: «Serás mayor y morirá tu papá y morirá tu mamá». Alas y picos, plumas y patas, los pájaros muertos le hablan… ¡Qué lúgubre sinfonía! ¿Y si el pequeño Didier hablase también? ¿Y si les dijera que ellos ya nunca volarán por el cielo ni se posarán en las ramas mecidas por el viento? ¿Qué dirían los pájaros muertos? Pero Didier calla. Ha descubierto algo que se alza a sus espaldas y se pregunta qué hace ahí, en la pared, esa puerta, nunca vista hasta entonces, atada con cuerdas y envuelta en plástico y papel, ¿le llevaría a algún sitio si la abriera? ¡Qué terror inexplicable le invade! ¡Qué frío! Estar allí, atrapado, en aquel rincón de muerte, tripas de paja y ojos de cristal. ¿Dónde estás, Didier? ¿Dónde te has metido? Las piernas le flojean y un

gélido resplandor ilumina por dentro su mirada. ¿Quién habrá puesto en la pared esa puerta que él no se atreve a traspasar? El miedo le sube y le baja, vértebra a vértebra, como si su madre de puntillas bajara y subiera por la escalera de atrás. Piensa entonces en el amigo de enfrente que vendrá cuando todos duerman, antes de que los pájaros muertos echen a volar. Pero, esa noche, el amigo no viene y los pájaros no vuelan. Todo prodigio necesita que, además del que lo ve, haya alguien que lo cuente.

—Ayúdame —le pide la madre a Eustache.

El hijo retira los pies vendados del taburete y se sitúa junto a la mecedora para que, apoyándose en él, su madre consiga ponerse en pie. Jadeante y sudorosa, la paquidérmica mole de trémulas carnes se desplaza agarrada al hijo hasta derrumbarse en la cama, que la acoge con un agónico gemido, como si fuera el somier, y no ella, quien se quejara.

—¿Estás bien, mamá?

—No te muevas de mi lado y pellízcame cada hora para saber si estoy viva.

—Sí, mamá.

—Si estuviera muerta, arrastrarás mi cuerpo y lo dejarás con la basura para que lo recoja y entierre el alcalde.

—Sí, mamá.

—Y, si estuviera dormida, pínchame con la aguja para despertarme y alcánzame la botella de ron.

—Sí, mamá.

—Arrodíllate, no te muevas de mi lado y cántame como yo te cantaba cuando te dormías en mis brazos…

Sujeta al hijo por los pelos, mientras él le susurra al oído una canción de cuna hasta que, con un estertor a modo de ronquido, la madre se queda dormida con los ojos abiertos.

5

Cuando, a la mañana siguiente, Massaní vuelve al café, donde un somnoliento Didier trata de conquistar el primer párrafo de las Galias, Baranton le dice que la noche anterior ha venido la pelirroja con la que comió ayer para dejarle una nota en la que le comunica que madame Gallet no sólo accede a verle sino que exige hacerlo esta misma mañana, dentro de apenas una hora y, cosa insólita, en el estudio de Nora.

Pero Nora ha tenido que ir a Oslo para tramitar papeles y recoger cosas personales. Aprovechando su ausencia, Frederica va al estudio para cerciorarse de que el cuadro ya no está allí y, acuciada por la curiosidad, encuentra y lee la última carta que Jan ha escrito a Nora semanas antes de venir a verla:

«Mi querida Nora, esta noche se me ha ocurrido una locura. Quiero que me azotes. Quiero ver tu mirada ardiente y furiosa. Puede que me haya vuelto loco. O puede que la pasión sea locura. Tan pronto te veo vulnerable, inocente, angelical, como te vuelves impúdica, provocadora y lasciva. ¿Qué piensas de mí? ¿Te repugno?…».

No es repugnancia el sentimiento que asalta a Frederica sino una mezcla de rabia, celos y excitación sexual. Obnubilada por la lectura, bebe compulsivamente cerveza con whisky hasta perder del todo la cabeza y la decencia. Con una mano sostiene la carta, mientras desliza la otra bajo la falda.

«En nuestro primer encuentro en París, pronunciaste una palabra que nunca podré olvidar —prosigue leyendo—. Era una palabra procaz, obscena, y puedo ver tu rostro sobre el mío (estabas encima de mí) mientras la decías. Había también demencia en tus ojos y, aunque el infierno estuviera en juego, no me hubiera apartado de ti. ¿O acaso, mi querida Nora, eres como yo y subes hasta las estrellas para caer luego en las más bajas depravaciones?»

Lo que Frederica no sabe es que la carta de amor que tan hondas

sensaciones le suscita está dirigida a otra Nora. Extraída de la correspondencia de Joyce, ha sido traducida al francés y manipulada como broma privada o como frívolo ejercicio de plagio epistolar. Otra carta con baraja ajena validaría el apelativo de nazi al atribuirse Jan el exabrupto de Scott Fitzgerald tras su primer viaje por Europa con Zelda: «Francia me puso enfermo… —escribe Scott a un tal Wilson—. Pienso que es una vergüenza que Inglaterra y Estados Unidos no permitieran a los alemanes conquistar Europa…». La invectiva de Scott pone de manifiesto un tópico prejuicio estadounidense cuando especifica: «Que el diablo se lleve al continente europeo. Su interés es meramente arqueológico…». La mímesis epistolar de Jan es sólo un intento mistificador de subirse en marcha al último vagón del tren donde viajan los escritores famosos. Pero Frederica sólo busca recuperar a Nora y, cuando Massaní llama a la puerta, lo recibe borracha y fuera de sí.

—¡Ya tienes tu dinero y tu cazadora! ¿Qué quieres ahora de mí? —le espeta nada más entrar.

—Sólo quería verla porque no me gusta que me citen y no vayan a la cita sin disculpas ni explicación, pero tampoco me gusta que me reprochen el dinero que me he ganado ni la devolución de una prenda robada que me pertenecía.

—¡Vaya! ¡Ya veo! ¡Estás herido en tu dignidad! ¿Quieres que me arrodille y te pida perdón o que te bese directamente el trasero?

Ante tamaña grosería, Massaní opta por no responder. Observa el deplorable estado en que se encuentra la mujer pero no quiere marcharse sin saber algo de Nora y la razón por la que Frederica le ha citado en el estudio. A pesar de las apariencias y de la lengua de trapo, ella conserva la lucidez suficiente para intentar tenderle una trampa. Y se la tiende.

—Nora me dijo —miente— que habíais quemado el cuadro con un bidón de gasolina en las afueras de París y quisiera que me contaras dónde lo hicisteis y si el cuadro quedó totalmente reducido a cenizas.

—No lo sé, ella me llevó y me trajo en su coche. Yo no conozco París.

—Pero ¿ardió entero?

—Supongo que sí.

—¿Supones o lo viste?

—Lo vi —miente él tratando de zanjar el tema, pero madame Gallet

lanza un escupitajo envenenado por el colmillo.

—¿Viste al negro?

—¿A qué negro?

—Al del cuadro.

—No lo vi.

—Pues ése es el negro que ella fotografió y pintó desnudo antes de tirárselo, por la noche y apartándose las bragas, en el bosque de Vincennes…

—No sé de qué me habla ni me importa —responde Massaní, sintiéndose agredido.

—A mí sí me importa, ¡y mucho! Me importa que me mientan, me importa que el cuadro no haya sido quemado, me importa que alguien llegue a ver esa pintura, como me importó ocuparme personalmente del aborto y, por si tampoco lo supieras, fui yo la que consiguió que Nora dejara a ese de Costa de Marfil antes de que el noruego se enterara, aunque ahora me arrepienta y él acabara sabiéndolo todo gracias a la carta anónima que le envió Gegé, ¡y el muy idiota la perdonó! Hay cornudos noruegos nacidos para que les azoten a cuatro patas y españoles cojos que mienten como la picha de un cura.

La estupefacción no permite a Massaní articular palabra. Acaba de recibir, a bocajarro, una ráfaga de otra guerra que no era la suya, pero tan imprevisible y maligna como la bala perdida que mató al teniente cuando le arrancó la muela equivocada. Sin darle tiempo a reponerse de la sorpresa, Frederica vuelve a la carga.

—Estoy borracha, pero no soy estúpida, ¿qué habéis hecho con el cuadro del negro? ¡Dime la verdad!

—Lo tengo yo y no te diré dónde está —responde él desafiante.

—En ese caso, habrás visto al negro con la polla tiesa…

—Sí, lo he visto —afirma sin reparos.

—¿Ah, sí? ¡Otra vez mientes! Si lo hubieras visto, sabrías que la tenía floja…

A pesar de la inquina y las connotaciones racistas de Frederica, todo se ha convertido en un juego pueril y perverso, irrisorio y cruel, en el que Massaní se ve involucrado sin sentirse del todo concernido, como si la mirada que mantiene fija en la pincelada roja del lienzo en blanco le

preservara de las mordeduras de serpiente.

—¿Ves ese trazo rojo? —inquiere ella—. Lo pintó él con la punta colorada de su pincel y tiene la magia negra de un Picasso, capaz de hipnotizarnos como a las gallinas cuando les ponen el pico en una raya dibujada en el suelo o como a Nora cuando se la tumba patas arriba bajo las estrellas. ¡Tíratela y se correrá la Vía Láctea! Si haces lo que yo te diga, evitaremos que se case con ese idiota…

—No tomo en consideración nada de lo que has dicho ni haré nada de lo que dices, ¡adiós!

Dicho y hecho, Massaní sale. Escaleras abajo, todavía oye la voz.

—¡Ya lo verás! ¡Ella irá a buscarte y te hará otro retrato de cuerpo entero como el que le hizo al negro en el bosque de Vincennes!

El eco de su risa aletea como una mariposa ebria entre sapos y culebras. Arlette se lo había advertido, Frederica es peor que la madrastra de Blancanieves. Pero Nora no es, precisamente, una Bella Durmiente ni Massaní un Príncipe Azul. Sino, más bien, un lobo furioso que, apenas llegado al bar de Baranton, se apresura a telefonear a Arlette para verla y arrebatarle la porción de secreto que, supuestamente, oculta en su cestita de Caperucita pelirroja.

Enfundada en la bata blanca y bajo un paraguas rojo, la pelirroja Caperucita acude a la llamada del lobo. Al entrar, cierra el paraguas y lo deja chorreando en la escupidera. La cestita en cuestión no es la proverbial cestita del cuento, sino un simple bolso de mano del que Arlette saca una barra de labios y un pequeño espejo en el que Massaní se ve fugazmente reflejado y no se reconoce. No es su rostro lo que vislumbra en un fulgurante destello, sino las coléricas facciones de un mítico genio de *Las mil y una noches*: «Me convocas para que te diga lo que de sobra sabes —le increpa el genio—, y llamas a esta jovencita para que te cuente lo que debiera avergonzarte saber, ¡espabila antes de acabar convertido en una piltrafa de trapo enamorado!».

Tras pintarse los labios, Arlette guarda el espejo, cierra la cremallera y silencia la voz del genio. Pero las palabras dejan en Massaní la resonancia que les presta un sentimiento de culpabilidad y ridículo.

—La verdad es que no sé muy bien para qué quería verte —se justifica, arrepentido de haberla hecho venir.

—No importa, ya estoy aquí —dice ella y, a su vez, se disculpa—: No he tenido tiempo ni de quitarme la bata.

En realidad, sabe que el uniforme de enfermera le sienta mejor que el vestido que lleva debajo y sospecha que no desentona con el rol que el hombre le ha asignado. Pero, bajo el vestido que lleva debajo, se siente desnuda.

—Creo que necesitaba una explicación —arguye Massaní.

—¿De mí?

—No, no —rectifica—. Me refería a una explicación, en general, de lo que está pasando. Te agradezco que hayas venido, lo siento, estoy confuso, pero creo que ya no merece la pena hablar más de ello…

—¿Por qué no salimos a dar un paseo?

—¡Pero si está lloviendo!

—No importa, me gusta la lluvia y que me hayas llamado. Vamos.

—¿Y adónde quieres que vayamos?

—No lo sé, pero vamos.

Un agosto en el Père Lachaise vi cavar la tumba de Colette y visité, entre otros ilustres sepulcros, el de Louis Jouvet, muerto en un proscenio, como Molière, y cuya sombra se mueve y nos habla desde las pantallas en una póstuma prórroga virtual.

Con la tapa del cubo de la basura a modo de protector escudo donde tamborilea la lluvia, el rastreador de cloacas de siniestra sonrisa postiza ve cómo Arlette y Massaní se alejan, hombro con hombro, bajo el paraguas rojo. La noche anterior, el viejo ha pescado en las alcantarillas una pulsera de oro que luce en su descarnada muñeca y que pretende vender al día siguiente en el Marché aux Puces. Pero Baranton le disuade.

—Eres rico —le dice—. Tienes oro. Pero, si lo vendes, sólo tendrás papel. Además, en esta joya hay dos iniciales grabadas que no acierto del todo a leer. En cualquier caso, y por si acaso, no conviene que vayas exhibiéndola por ahí. Será mejor, si te parece, que la guardemos en mi caja fuerte. Aquí estará segura y a tu disposición cada vez que lo desees.

—¿Y para qué la quiero si no la enseño ni la vendo? —pregunta el de las cloacas.

—Para, además de tener un tesoro, ser el dueño de un secreto. Nadie te envidiará, ni te robará y aquí encontrarás techo y comida hasta que mueras. Pocas personas en este mundo pueden decir lo mismo.

—De acuerdo, Baranton. Pero quiero verla y tocarla cada noche para saber que sigue estando donde estaba. Hay urracas en el sótano, ratas en las alcantarillas y no me fío del español.

Cuando pasea solo, Massaní siente el pulso de la vida que se va paso a paso y cómo las cosas se convierten en recuerdo al andar. Con Arlette es diferente. Todo pasa como si el paraguas rojo retuviera el tiempo y creara un plácido espacio al que, hasta entonces, Massaní no había tenido acceso. Perdura, sin embargo, la vergüenza de haberse comportado como un tonto enamorado de una veleidosa mujer que ni siquiera piensa en él. Se equivoca. Desde Oslo, Nora escribe a su prometido y alude en la carta al extranjero cojo que ha conocido en París: «Antes de irme, quisiera hacerle una fotografía para poder pintarlo en el Soho. Tiene una mirada intensa y huraña que no se olvida y un desaliento de animal del zoo, ¿recuerdas ese orangután que siempre nos daba la espalda? Creo que está triste porque ha perdido su guerra y ninguna otra guerra tiene sentido para él…». De pronto, interrumpe la escritura. Ha tenido la sensación de que las palabras escapaban de la tinta y el papel para surcar el aire, a la manera de ondas que transportan imágenes, voces y pensamientos, y eran captadas por su maliciosa amiga Frederica, que soltaba una estrepitosa carcajada. Como si fuera permanentemente culpable y mereciera un continuo reproche, se siente vigilada a distancia por Frederica o por Jan y ello imprime cierta absurda cautela a sus actos y a sus palabras. «El otro día —prosigue— he perdido, o me han robado, la pulsera con nuestros nombres y me atormenta imaginarla en otras manos. Las cosas perdidas duelen más que las cosas rotas, porque lo que se rompe acaba para siempre y lo que se pierde sigue existiendo sin ti. Alguien, en algún sitio, está disponiendo de algo que era parte de nuestra vida y no puedo soportar la idea de que otra mujer se haya apoderado de lo que ha sido

símbolo y testimonio de nuestro amor. He puesto la denuncia en comisaría y me he pasado sin esperanza por las oficinas de objetos perdidos en París. Sólo había paraguas. Una vez, perdí una sortija nadando en el mar y siempre supuse que, al menos, habría acabado en el estómago de un delfín, pero… ¡basta de lamentos! No necesito anillos ni pulseras para sentirme, incluso desde tan lejos, tu encadenada prisionera…»

6

Al cesar la lluvia, Arlette ha llevado a Massaní al Père Lachaise para visitar la tumba de Colette, su escritora preferida, pero se pierden entre losas y mausoleos y acaban ante la tenebrosa oquedad de un horno crematorio. Abducida por las amenazadoras fauces, Arlette pregunta a Massaní cómo es la muerte en la guerra y si uno se acostumbra a convivir con ella. Pero, en lugar de esperar respuesta alguna y como si la incineradora fuera un confesionario, emprende un delirante soliloquio y cuenta cómo pasó su guerra en un pueblecito de la Vendée y cómo, en una ocasión, un soldado alemán le dio una chocolatina. Era la primera vez que comía chocolate y recuerda más el sabor del chocolate que las miserias de la guerra. También cuenta que su abuelo cantaba en el coro de la iglesia y recuerda más la voz atronadora de su abuelo que el retumbar de las bombas. Asimismo, su tío le contó que había cazado un jabalí atrapándolo entre las piernas y ella, sin creérselo, recordaba más aquel jabalí atrapado entre las piernas de su tío que las cosas que oía y no quería oír o las que veía y no le dejaban ver. Era una niña y sólo conocía del mundo lo que imaginaba a su manera, dice. Hasta que un buen día, de la noche a la mañana, todo fue diferente. Murió su abuelo, murió su tío, murió su padre y una prima suya con la que solía jugar. La muerte era una dolorosa y cercana realidad. Sabía que en las guerras se moría y se mataba, dentro y fuera de los campos de batalla, y que también morían inocentes, en bombardeos indiscriminados que destruían desde lo más alto del cielo ciudades enteras. Le resultaban inconcebibles esas matanzas a ciegas, aunque le hablaran de ideales e invasores que era necesario rechazar. Pero las primeras imágenes de los campos de concentración supusieron la peor de las evidencias, la más espantosa de las revelaciones. Comprendió entonces que los seres humanos podían llegar a convertirse en ese monstruo colectivo capaz de actuar como una maquinaria de exterminio a la voz de un ladrido y bajo el señuelo de una

cruz. Pensó incluso que ya nunca volvería a mirarse en un espejo sin descubrir en su rostro el germen del horror. A pesar de lo cual, no tardó en comprobar con incredulidad que, acabada la guerra, la gente volvía a vivir como personas normales, como si nada hubiera pasado, como si siguieran siendo los mismos de antes, ocupándose de asuntos cotidianos o interesados en cuestiones triviales. Trató de resistirse a la marejada de normalidad y se hizo enfermera en La Salpêtrière. Pero sucedió algo que dio al traste con su abnegada vocación. Una madrugada, tuvo que perseguir a un paciente que, llorando despavorido, había conseguido ganar la salida y huía en pijama por la calle. Le habían diagnosticado un tumor incurable que iban a extirparle ante una concurrencia de voraces estudiantes. Al doblar la esquina, le dejó escapar. No volvió a saber nada de él ni ella regresó a La Salpêtrière, como si el hospital fuera el manicomio de antaño o albergara alguna sección de experimentación nazi con seres humanos. A partir de ese momento, se dedicó a pasarlo bien, a bailar y flirtear con amigos de su edad, ¿de qué edad? En ese momento, tiene la edad de los muertos, de todos los muertos, y siente pánico. Se vuelve a Massaní, pero Massaní no está. Imagina angustiada que, mientras ella hablaba, él ha sido engullido por las sombras del crematorio. Le llama y un tétrico eco responde.

En el hospital de La Salpêtrière, noviembre del 57, presencié una escena que nunca olvidaré. Yo estaba allí para una consulta sin importancia, cuando vi cómo un paciente huía en pijama escaleras abajo, perseguido por una enfermera de bata blanca y aspecto de celadora carcelaria que le daba alcance y le obligaba a regresar, arrastrado por el lóbulo de la oreja y llorando escaleras arriba. No es de extrañar que, años después, incluyera este patético incidente entre los recuerdos atribuidos a la dulce Arlette, aunque ella no se pareciera en nada a la carcelaria enfermera ni yo diera al episodio similar desenlace. Como ya queda reseñado, aquel agosto, también vi cavar la tumba de Colette en el Père Lachaise y, dicho de paso, constaté el depauperado estado del sauce de Musset. Pero lo que me infundió un terror sin paliativos fue el monumento a los muertos y la insondable concavidad del horno crematorio, a la que nunca hasta

entonces me había asomado. Como confesé en su día, sentí pánico. Ésa era la verdadera cara de la muerte, su real dimensión, un pozo sin luz ni fondo donde no sólo se perdía la identidad sino que se hacía irrisorio y superfluo cualquier afán de perdurar en este mundo. Recuerdo que, en pueril oración, recurrí a recitar para mis adentros una retahíla de nombres famosos, como si la fama en vida pudiera contrarrestar la inevitable zambullida en aquel agujero negro.

No lejos de allí, Massaní contempla el sepulcro de Nijinsky y se pregunta por qué el bailarín cuyo vuelo en escena era proverbial ha sido representado como una especie de grotesco fauno sentado y meditabundo. De pronto, un aliento de ultratumba le trae el eco de su nombre. Echa a andar y, tras la sepultura de Sarah Bernhardt, se topa de manos a boca con una Arlette que le mira asustada y reacciona celosa.

—¡Tú no me engañas! —le espeta—. Me has citado para que te cuente lo que madame Gallet contó a Gegé y que yo oí encerrada en el armario. ¡Estás enamorado, confiésalo!

Sorprendido por la arbitraria reprimenda y la exaltación de la joven, Massaní opta por reír.

—No estoy enamorado y, aunque lo estuviera, ¿por qué tendría que importarte a ti?

—Perdona, soy tonta. Tuve miedo y, por un momento, creí que habías desaparecido entre los muertos…

—Te comprendo. No me gustaría quedarme en un sitio como éste, donde estar muerto es más importante que estar vivo. No sé por qué me has traído aquí. Estas avenidas, estos monumentos… ¿Dónde diablos está la tumba de tu Colette? ¿Y para qué diablos quieres visitar un trozo de mármol? ¿Qué más te da que ésta sea la tumba de Colette o la de Sarah Bernhardt si no queda más que polvo y huesos?

—Me tranquiliza saber que, al menos, el recuerdo dura tanto como tu nombre grabado en una piedra. Y prefiero saber que en este lugar están los restos de Sarah Bernhardt a ver esa película que le hicieron cuando, gorda y coja, declamaba con trémolos y aspavientos. Hubiera deseado recordarla sólo como en la fotografía de Nadar, en la que es joven y bella

para siempre. Pero me consuela comprobar que aquí ocupa un sitio con el que tropiezo mientras paseo. Sí, ya sé, me encontrarás ridícula y te dirás que tengo los libros de Colette en casa y puedo leerla todas las noches, como si me hablara al oído. Pero hoy quería que tú vinieras aquí conmigo porque me dan miedo los muertos cuando pienso que están tan vivos como los vivos a los que no veo o aquellos que ni siquiera conozco ni nunca conoceré, ¿crees que ellos nos están viendo?

—Ratas, pájaros y gatos, ¡gatos, pájaros y ratas!, ésos son los que nos ven en este cementerio mientras, a la espera de los vivos, se alimentan de los muertos —refunfuña intempestivamente Massaní.

—A Colette no se la comerán ni las ratas ni los pájaros porque la protegerán sus gatos —reacciona ella—. Siempre tuvo gatos, le gustaban mucho los gatos y los gatos la querían a ella. Ni los curas le impedirán su parte de eternidad, aunque la Iglesia le haya negado un funeral católico y no tenga cruz en la losa.

De repente, sobreponiéndose a la desazón creciente, cambia de tema.

—Verás —dice—, no debiera decírtelo —advierte—, porque me dirás que ni estás enamorado ni te interesa lo que madame Gallet puede haberle contado a Gegé de la noruega. —Titubea y prosigue—: Pero también sé que, si no te lo dijera, seguirías pensando en ello a todas horas, sin ver lo que pasa a tu alrededor ni oírme cuando te hablo. Así que, aunque preferiría no hacerlo, te lo diré…

—No me digas nada, lo sé todo y no me importa, ¡vámonos antes de que vuelva a llover!

La coge de la mano y la conduce, con paso acelerado, en sentido contrario al de las sombras de nubes que, por el entramado de ramas, desfilan vertiginosas sobre el adoquinado de la avenida circular.

7

Durante cuatro noches y sus amaneceres, Lorenzo Massaní trabaja en Les Halles. Gana cinco mil francos. Paga a Baranton y se compra un traje de pana. El rostro de Nora es el de la mujer del calendario. Una sonrisa estereotipada y unos ojos negros que le miran desde la pared sin pestañear. A la quinta noche, no vuelve por el mercado. Su puesto es ocupado por el soldado de Dien Bien Phu y, por otra parte, su amigo Rida sigue sin dar señales de vida. Ni de muerte. En el barrio árabe, un argelino ha sido asesinado de un tiro en la nuca por un motorista que se ha dado a la fuga. Massaní se cerciora de que la víctima no es Rida. En realidad, ya no tiene claro a quién espera. ¿Al amigo que le dará trabajo o a una noruega llamada Nora? Pasa horas tumbado boca abajo en la cama y oye los acompasados latidos de su corazón. El rostro del calendario se desdibuja cuando intenta aprehenderlo en el recuerdo. A veces, atrapa al vuelo un gesto de Nora que pronto se diluye en el aire. De vez en cuando, se asoma al jardín del convento. Ni una rama se mueve. Desde la ventana, diríase que no entra el viento, ni pasa un pájaro, ni pasa el tiempo. Parecería que todo fuera luz y silencio. Pero, al atardecer, el jardín se oscurece y la noche se hace larga hasta que el sueño la vence. Es entonces cuando un bidón de dinamita rueda montaña abajo, entre rocas, y se convierte en bola de fuego antes de alcanzar las líneas enemigas. Pura pirotecnia intimidatoria, mientras los aviones de la Legión Cóndor, volando en la niebla, alfombran de destrucción y muerte la aldea de El Mazuco. No todos los sueños se cazan al vuelo ni aterrizan en la almohada, pero los Dornier 17, los Messerschmitt 109 o los Heinkel 51 conservan su vitola de cigarros volantes en la memoria del durmiente. Sin verlos, Massaní distingue sus nombres por el zumbido y se ve a sí mismo diminuto, a trancas y barrancas por el abrupto flanco del monte. Tan pronto sube como baja, entre llamaradas, pedruscos, matojos y cadáveres. Los ocho kilos del máuser pesan ochenta y la sed arde como

ascuas en la garganta. La niebla es cada vez más densa. De repente, alguien le habla desde el otro lado. Una voz de mujer.

—Buenos días, monsieur Massaní, perdona la intrusión, pero la puerta estaba abierta y nadie contestaba a mi llamada —dice Nora con desenvoltura—. Mañana me voy a Nueva York y he venido a buscar el cuadro. ¿Dónde diablos lo has metido? No lo veo por ninguna parte…

Lorenzo Massaní no da crédito a sus sentidos, se incorpora y emerge a duras penas de las brumas de la montaña para encontrarse, medio dormido y medio desnudo, entre los muebles amontonados del apartamento y ante la mujer con la que cada día sueña despierto. Por primera vez, la realidad ha claudicado ante sus sueños y tiene la contradictoria sensación de ser un soldado desarmado a merced de un enemigo desconocido. Apenas acierta a responder con un gesto que más parece una expresión de fastidio.

—¿El cuadro del negro? —pregunta confuso y somnoliento.

El desliz sorprende y divierte a Nora.

—¿Qué negro? Comprendo, Frederica te ha contado la historia y tú te la has creído sin pararte a pensar. No, no es el cuadro de ningún negro con el que yo me haya acostado en ningún bosque de París. Si fuera así, ella no tendría ningún interés en que lo quemáramos. Al contrario, ya utilizó ese asunto para intentar que Jan me dejara. Anda, despierta, vístete y vamos a buscar el cuadro. Tendrás que ayudarme a llevarlo al estudio. Te espero en el bar de enfrente.

—Ahora sale la mujer sola —informa Eustache con la nariz pegada al cristal de la ventana.

—¿Cómo es ella? —pregunta la madre—. ¿Alta, guapa, rica y elegante, como yo cuando conocí a tu padre?

—Así es, mamá, como tú cuando eras como ella.

El aliento empaña el cristal y la silueta de Nora se desvanece fuera.

—¿No crees, Eustache, que ha estado poco tiempo arriba? —reflexiona la madre—. Demasiado poco tiempo para que entre ellos haya pasado algo…

El hijo asiente.

—Ahora, oigo cómo él baja las escaleras —dice aguzando el oído, y los cristales trepidan con el traqueteo de un tren de mercancías que pasa sin detenerse por la estación de Reuilly.

Baranton asegura no haber visto a ninguna mujer y Massaní insiste. Nora ha venido a verle mientras él dormía y tiene la certeza de no haberlo soñado. Es imposible que haya habido ningún malentendido con respecto al lugar de la cita, ya que no hay más bar de enfrente que el bar de Baranton y la distancia no admite extravío. No obstante, desde la barra se alcanza a ver el exterior y resulta imposible que alguien atraviese el callejón sin que Baranton lo advierta. Un indicio de duda desasosiega a Massaní y, mal que le pese, pone de relieve, una vez más, su obcecación por la mujer. Sale. Saca del bolsillo un reloj de pulsera sin hebilla y ve que son las ocho y media. No es tan temprano como para que, más allá del patio del retrete y del cubo de la basura, París le parezca deshabitado y tenga la impresión de que es el único ser viviente. Desde la verja enmohecida, se asoma a la vía del tren. Siente frío y se sacude como un perro mojado. En ese momento, oye un claxon. Acude. Nora ha preferido esperarle en el coche y, probablemente, la humareda del tren de mercancías ha camuflado, a ojos de Baranton, el recorrido del portal a la calle colindante.

—¿Por qué no está el cuadro en tu apartamento? —insiste con un deje de burlona suspicacia la mujer.

—No cabía por la puerta.

—¡Así que has visto a Frederica!

—Me recibió en tu estudio.

—He cambiado las cerraduras, para que eso no vuelva a suceder. Supongo que te preguntaría por el cuadro, ¿qué le dijiste?

—Estaba borracha y me preguntó si lo habíamos quemado. Le dije que sí, pero no me creyó. Luego le conté la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que lo tenía yo. Entonces, quiso saber si había visto la figura de un negro que habías pintado, y le dije que sí, pero era mentira.

—No hace falta que me lo jures, te creo. Supongo que te preguntaría

también dónde guardabas el cuadro y espero que no se lo dijeras.

—No se lo dije y… tampoco te lo diré a ti, si antes no me dices qué significa este embrollo en el que me habéis metido y cuál es el secreto de esa pintura que tu amiga quiere destruir y tu futuro marido no debe ver.

—No te he metido en ningún embrollo. Sencillamente, te he propuesto un trabajo que tú has aceptado. Me has hecho un favor y te he pagado por ello, ¿o quieres más?

—No quiero tu dinero. Pero tampoco quiero ser utilizado y tener que mentir y ocultar algo sin saber qué ni para qué. Quisiera que me consideraras tu amigo, Nora. O, por lo menos, que me trataras como si lo fuera.

—Eres algo más que un amigo. Eres mi cómplice y te lo contaré todo cuando el cuadro vuelva al estudio, te lo prometo. Pero, de momento, conténtate con saber que, a veces, el secreto evita la mentira.

—De acuerdo. Aunque hay ocasiones en que los secretos son otra forma de mentir. Da marcha atrás y espérame en la esquina, no tardaré ni cinco minutos.

En el sótano, bajo los ojos fijos de los pájaros de paja, Baranton y Massaní se interrogan con la mirada buscando en los ojos del otro la confirmación de lo que los propios ojos ven. El estupor les hace enmudecer. El lienzo ha sido abruptamente recortado a cuchilla o tijera. El bastidor desvencijado y el marco vacío emergen de la marejada de plástico desparramada por el suelo, donde flotan dispersos otros restos del naufragio. Ni rastro de la tela pintada.

—Me dijiste que éste era un lugar seguro —le recrimina Massaní y, por toda respuesta, Baranton palidece, gira sobre los talones y hace mutis emitiendo coléricos ladridos de chihuahua.

—¡Marie! ¡Marie! ¿Dónde está Didier?

Sobre el mármol de la mesa, el libro de *La guerra de las Galias* sigue abierto por la misma página. Didier ha huido despavorido y Marie se ha convertido en la princesa cautiva del castillo de cajas de botellas que, en el más ignoto paraje de la trastienda, el Señor del Pánico ha creado para ella.

—Han robado el cuadro —anuncia Lorenzo Massaní a Nora.

—Sube —propone ella, sin acusar la noticia.

El coche arranca. Ambos guardan silencio. En las actuales circunstancias, estar junto a la mujer que durante días y noches le ha obsesionado no le proporciona la satisfacción del deseo cumplido. Por el contrario, la proximidad de Nora y su imperturbable actitud acrecientan el fracaso. Haberla defraudado le resulta a Massaní más insoportable que no volver a verla.

—No me lo explico —habla, al fin—. No puedo imaginar qué es lo que ha sucedido. Baranton tiene toda mi confianza y nadie más sabía dónde estaba. Te lo aseguro.

—Ella sí lo sabía —afirma Nora.

—¿Frederica? ¡Imposible! Ni siquiera sabe dónde vivo.

—Lo sabe.

—Yo no se lo he dicho.

—Alguien se lo habrá dicho.

Por un momento, Massaní sospecha de Arlette. Pero enseguida rechaza la idea de que la joven forme parte de una estratagema para robar el lienzo. Sin embargo, cabría la posibilidad de que hubiera informado inadvertidamente a madame Gallet de sus señas. Nada habría de reprobable en ello.

—Además —arguye—, aunque Frederica supiera dónde vivo, no conocía la existencia del sótano ni hubiera podido entrar y salir con el lienzo bajo el brazo sin que la vieran…

—Puede que haya tenido un cómplice menos torpe que tú —bromea Nora sin acritud. Pero la broma hiere, aún más, la susceptibilidad del presunto enamorado, suficientemente humillado por los acontecimientos.

—No sé adónde me llevas, pero prefiero que pares y me dejes. Encontraré el cuadro, lo tenga quién lo tenga, y lo tendrás antes de que te vayas a Nueva York.

—No me voy a Nueva York, sólo fue un pretexto para verte.

—Y recuperar el cuadro, supongo —se apresura a precisar él, antes de concebir cualquier falsa esperanza.

—Ya no me importa el cuadro. La otra noche, soñé que Frederica lo quemaba en su casa de campo. Tiene una de esas casas normandas que parecen cebras dormidas en el césped y, al salir el humo por la chimenea, la cebra emprendió enloquecida el galope y se despeñó por un

acantilado. Un sueño nefasto, ¿no te parece?

—No creo en los sueños —dice él, vacunándose contra sus pesadillas.

—¡Qué tontería! —exclama ella—. Los sueños existen sin que creas o no en ellos. Otra cosa es que se cumplan o se puedan interpretar, supongo que a eso te refieres. Los sueños tienen su propia realidad, tan absurda como el hecho de que tú y yo estemos aquí, sobre cuatro ruedas, por las calles de París.

—Los sueños nos sueñan, es verdad —admite él a regañadientes—. Pero preferiría que no existieran y pudiéramos dormir en paz, porque el caso es que, a mí, los sueños me hacen vivir dos veces las cosas que no hubiera querido vivir o, por lo menos, me hubiera gustado poder olvidar. Por cierto, ¿adónde vamos?

—A cualquier parte. Sólo he querido sacarte de esa mazmorra amueblada en la que vives y llevarte a algún sitio donde no hayamos estado nunca ninguno de los dos…

—¿Para qué? —indaga sorprendido y recónditamente halagado.

—Para desayunar.

El azar dispuso que el lugar donde ninguno de los dos había estado nunca fuera una cafetería del boulevard Charonne esquina Pierre Bayle, situada justo enfrente de la acera en la que Nora había aparcado en zona prohibida. Se sentaron tras una mampara que los aislaba del entorno y ante un ventanal desde el que podían vigilar el coche. Pidieron dos zumos de naranja, dos cafés con leche y dos cruasanes.

—¿Podrías contarme lo que te contó Frederica de ese hombre de Costa de Marfil con el que me acosté en el bosque de Vincennes? —propone a quemarropa Nora.

—¿Me has traído aquí para eso? —replica airado.

—No te enfades, Holmes. Creí que querías investigar los hechos y yo prometí que te contaría la verdad cuando hubiéramos recuperado el cuadro. Ya ves, aunque la condición no se haya cumplido, estoy dispuesta a contártelo todo.

—Si es así, no es necesario que te cuente lo que me han contado. Basta con que me cuentes lo que me quieras contar.

—Me ayudaría saber los sórdidos detalles con los que, conociendo a Frederica, estoy segura que ha intentado impresionarte. No descarto que sean ciertos. Ella y yo solíamos hacernos toda clase de confidencias. Como los hombres, decía ella. Como las putas, decía yo. Pero me gustaría oír lo que te ha contado a ti, para poderme justificar llegado el caso. Si hablas primero, sabré qué cosas requieren una explicación por mi parte. ¿Por qué no me interrogas? Para mí, todo resultaría más fácil. O, si lo prefieres, te interrogaré yo.

—Verás, Nora, lo que yo en este momento necesito es estar contigo como si nos acabáramos de conocer.

—Tienes razón. Nos acabamos de conocer. Supongamos que soy una turista noruega en París y tú un exiliado español al que he preguntado en la calle dónde podría tomar un zumo de naranja y un café con cruasán.

—Supongamos que yo te hubiera invitado a desayunar y tú hubieras aceptado, ¿por qué lo habrías hecho?

—Supongamos que yo necesitara practicar mi francés con alguien que tuviera un acento peor que el mío. Pero ¿y tú?

—Supongamos que me sintiera irresistiblemente atraído por ti, aunque supusiera que nunca aceptarías desayunar con alguien como yo.

—Supongamos que a mí me sucediera contigo algo parecido a lo que me sucedió con Conan.

—¿Quién es Conan? —inquiere Massaní receloso.

—Supongamos que lo supones.

—¿Te refieres al negro del cuadro?

—No hay ningún negro en el cuadro.

—Bueno, supongamos que se trata del hombre de color con el que te acostaste en el bosque de Vincennes.

—Efectivamente, Holmes. Me acosté en el bosque y, fuera de día o fuera de noche, el color no importa. Me tumbó en la hierba sin que yo opusiera resistencia y se situó sobre mi cuerpo con extrema delicadeza. Los árboles tenían ojos, porque tras cada tronco había un voyeur agazapado y el rumor de las ramas era como si las sombras respiraran y su aliento me llevara donde ningún pensamiento alcanza. Luego, lo hicimos en sitios diferentes, hasta que el destino dispuso que todo acabara. Como debieras suponer, Holmes, el destino se llama Frederica.

—No me llames Holmes.

—De acuerdo, Holmes. Te llamaré Massaní o… Lorenzo.

—Nadie me llama Lorenzo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Siempre he sido Massaní. Primero, en el colegio, después, en la guerra y, luego, en Francia. Quizá porque, en francés, Lorenzo tiene una difícil pronunciación…

—¿Y tus padres? ¿Cómo te llamaban?

—No conocí a mi padre y de mi madre no me acuerdo. Tampoco fui al colegio, sino a un orfanato. Prefiero que me llames Massaní.

—Está bien, te llamaré Massaní. Pero, en ese caso, tú tendrías que llamarme Larst. En realidad, me llamo Ingrid Larst. Es Jan quien empezó a llamarme Nora.

—Sí, lo sé. Te ha puesto el nombre de otra. Pero, si no te importa, seguiré llamándote Nora. ¿Qué tal si volvemos a suponer que tú sentiste por mí algo parecido a lo que habías sentido cuando desayunaste con ese tal Conan?

—Supongámoslo, aunque no desayuné con él hasta que se dejó fotografiar. Eso es algo que no me atrevería a pedirte a ti, porque opinas que la fotografía mata. Dijiste que era como si te dispararan y te cazaran. Un pensamiento tan primitivo como el de los que creen que la imagen roba el alma. Conan, que había estudiado en la Sorbona, era tan primitivo como tú. Una vez me contó que había visto cómo un hombre se convertía en león. No le creí. No sé por qué. ¿Acaso no hemos visto a muchos hombres convertirse en cerdos?

—Estás contando cosas que no contarías a alguien que, supuestamente, acabaras de conocer y no son las cosas que quisiera oír.

—Está bien, supongamos que no te he contado lo de Conan, como tampoco se lo conté al hombre con el que me iba a casar porque, supuestamente, tampoco lo hubiera querido oír. Tuvo que recibir la carta anónima que Frederica le hizo escribir a Gegé para enterarse de que yo había tenido un aborto. Jan me perdonó, aunque puede que nunca del todo, pero Conan me amenazó y maldijo cuando lo dejé. Éstas son cosas que, te gusten o no, necesito que sepas antes de que te digan más cosas de mí, ¿puedes pedirle otro café al camarero?

Massaní se levanta, sortea renqueando la mampara que separa la mesa del entorno y busca en vano al garçon.

—Ha ido a llevar el té a madame Bonnard, ahora vuelve —le informa una vocecita de niña invisible tras el mostrador.

Cuando regresa a la mesa, Nora no está. Ha dejado el dinero de la consumición y una nota garabateada: «Supongamos que me he ido». Massaní sale furioso a la calle. De nuevo, la mujer juega con él y él no está dispuesto a soportar más caprichos. Le entran ganas de estrangularla. De hecho, decide hacerlo cuando la vuelva a ver, si es que vuelve a verla…

Lo que sí ve es el coche en el mismo lugar donde ella lo había aparcado. Pero en el coche no ve a nadie. Deduce entonces que, para escabullirse, la mujer ha debido de coger un taxi o huir andando. Otea el boulevard, dobla la esquina y se adentra dos manzanas por la rue Pierre Bayle. Desalentado, no tarda en regresar sobre sus pasos. Vuelve al coche y, esta vez, se asoma al interior. Allí está Nora. En los asientos de atrás. Tumbada y encogida en posición fetal, con el supuesto propósito de no ser descubierta. «O quizá esté enferma», piensa él. Golpea la ventanilla con los nudillos. Arrebujada en sí misma y sin alzar la cabeza, alcanza la manivela y baja el cristal.

—Las llaves están puestas —dice acuciante—. Conduce tú y lleva el coche lejos de aquí. Nos han seguido y quieren matarme.

Massaní no pregunta. Obedece. Sospecha, sin embargo, que puede estar siendo objeto de otra veleidosa fantasía. En cualquier caso, falso o no, el susto parece real.

—No me lleves a casa, ni al estudio, ni a ningún sitio donde puedan localizarme —le advierte una voz trémula en su cogote—. Y no pierdas de vista el retrovisor.

El coche recorre calles al buen tuntún, alejándose de ese lugar donde nunca, antes de entonces, había estado ninguno de los dos, ni volvería a estar.

—Va en moto, lo vi desde la ventana de la cafetería y él me vio a mí, me apuntó con una pistola antes de pasar de largo y sé que la próxima vez disparará —previene la voz entrecortada de la mujer y, al comprobar que Massaní no emite comentario alguno al respecto, formula una

pregunta que, más bien, es una súplica—: ¿No me crees?

—No.

—¿Para qué tendría que hacer comedia si no estuviera en peligro? —inquiere airada.

—Para tener un chófer que te pasee por París —responde sarcástico.

—No es momento de bromas.

—¿Por qué quieren matarte?

—Para evitar que coja un avión a Nueva York.

—De acuerdo, te llevaré al aeropuerto.

—No quiero ir a Nueva York.

—En ese caso, ¿dónde está el problema?

—¡Detrás de nosotros! —exclama Nora, y vuelve a acurrucarse en los asientos traseros.

Efectivamente, los retrovisores registran la aparición de un motorista que sigue al automóvil sin pretender adelantarlo. Massaní cree entrever una tez oscura bajo el casco del sospechoso y saca la conclusión de que pudiera tratarse del despechado Conan dispuesto a perpetrar en público un crimen pasional. Aminora la marcha y comprueba que el presunto homicida tiene el rostro cubierto con un pasamontañas. Y algo más: lleva puesta una cazadora de cuero. Acelera y frena en seco. La brusca maniobra hace que la moto choque con el guardabarros del coche y el motorista salga despedido para ir a darse de bruces contra el maletero. El casco rueda por el asfalto. La sacudida provoca que Nora se enderece como una serpiente cobra ante un colibrí y, desde su refugio, alcance a ver cómo el aturdido perseguidor es atrapado por el cuero de la susodicha cazadora y, sin que nadie ose impedirlo, se encuentra alzado y zarandeado por un furioso Massaní que, inopinadamente, aplaca la ira y, reteniendo en vilo a su presa, le susurra algo al oído a través de la tela del pasamontañas. Acto seguido, ante la perplejidad de Nora y la impasibilidad de los curiosos, lo deposita en el suelo, le ayuda a recuperar el casco y a subirse en la moto. Al cerciorarse de que el perseguidor se ha alejado en dirección contraria, regresa al coche y arranca.

—¡Tiene una pistola y me ha amenazado! —clama ella—. ¿Por qué has dejado que se vaya?

—Porque lo conozco, Nora. Se llama Gegé y es incapaz de matar una mosca.

—Yo también lo conozco. Gegé no es una mosca y, aunque lo fuera, hasta una mosca con pistola es capaz de matar.

Massaní suelta una carcajada. Lo de la mosca y la pistola le ha hecho gracia. A ella, no. Le pide que detenga el coche y la deje conducir.

—¿Qué le dijiste al oído? —pregunta.

—Que, si te mataba, le quitaría mi cazadora —le responde.

—¡Tu famosa cazadora! Creía que ya te la habían devuelto…

—He preferido desprenderme de ella, como las serpientes de su piel, porque en los astilleros de La Seyne grabaron mis iniciales en una manga como se marca con fuego al ganado.

—¿Y amenazaste a un asesino con quitarle la cazadora si me mataba?

—No te preocupes. No te volverá a molestar.

—Dime lo que le dijiste y sabré si esta noche podré dormir tranquila.

—Que si te mataba, le mataría. Eso le dije.

—Muy amable. Pero es a Frederica a la que tendríamos que matar primero. Bastaría con recuperar el cuadro robado y exhibirlo en el Museo del Hombre junto a los restos de Sara Baartman. Enfermaría de humillación y moriría de vergüenza.

—¿Quién es Sara Baartman?

—Una mujer que, en vida, exhibían en los zoológicos de Londres como si fuera un monstruoso animal y que, una vez muerta, exhiben en París como curiosidad antropológica.

—¿Eso haces con los que se enamoran de ti?

—No soporto que se enamoren de mí, pero lo necesito para sentirme viva…

—¿Está Frederica enamorada de ti?

—Naturalmente. Si ya tiene el cuadro en su poder, ¿por qué querría matarme? Es capaz de cualquier atrocidad con tal de impedir que me vaya a Nueva York y me case con Jan. No puede concebir la idea de no volver a verme y que deje de pertenecerle.

—¿Pertenecerle? —exclama incrédulo Massaní.

—¿Por qué te extrañas? Ella es tan posesiva y capaz de matar como los hombres y yo soy una de esas tontas mujeres que necesitan poner a

prueba cada día su poder de seducción para sentirse admiradas, amadas y protegidas. Lo sé, lo sé. Todos estamos llenos de deseos y prejuicios. Frederica no podía admitir que yo me hubiera acostado con un negro, a ti te repugna la idea de que me haya acostado con una mujer, y Jan nunca comprenderá que el matrimonio sea, para mí, la más razonable causa de infidelidad. Si nadie se baña dos veces en el mismo río, ¿por qué habría de acostarse mil veces en la misma cama?

—Puede que por amor —sugiere el apabullado copiloto.

—Pero hay diferentes formas de amar, ¿no te parece? Unas te hacen volar alto para dejarte caer y otras te atan a tierra para no dejarte volar.

—Supongo que sería inútil preguntarte cuál de las dos formas de amar prefieres.

—Supones bien. Sería inútil que me lo preguntaras, porque no lo sé. Supongo que tampoco serían éstas las cosas que una mujer debiera contar a un hombre al que, supuestamente, acaba de conocer, pero te diré algo que no le he dicho a nadie, salvo a mi psiquiatra. Cuando leí en la adolescencia que el Krakatoa era un volcán situado entre Java y Sumatra y tenía violentas erupciones en serie, pensé que Java y Sumatra eran dos piernas de mujer y las erupciones repetidos orgasmos. No te rías. La imaginación me juega a menudo esta suerte de bromas. Soy, como ves, una mente patológica. Pero ¿no hemos convertido el sexo en una patología?

Massaní ni se ríe ni responde. Conforme Nora habla y conduce, se transforma como la ciudad por la ventanilla. No hay postal que retenga la imagen, ni mujer atrapada en una foto de calendario. Las palabras se suceden como un paisaje cambiante.

—El caso es —confiesa ella— que todavía no he experimentado personalmente un verdadero Krakatoa, pero comparto a mi manera el de los demás. Sus rostros se descomponen y emiten gemidos de animal herido. Se vuelven irreconocibles, y me recorre entonces un culebreo de escalofrío, una vibración de abajo arriba, un temblor interior y… ganas de intentarlo de nuevo. ¿Hace mucho que no te acuestas con una mujer?

—Sí.

—¿Estabas enamorado?

—No.

—Mejor. Los enamorados no lo hacéis bien hasta que nos perdéis el respeto.

Nora se ha saltado un disco rojo y ha estado a punto de invadir la acera con el consiguiente sobresalto de los transeúntes y de Massaní, que regurgita en silencio las sorprendentes reflexiones y la última prescripción de la mujer. ¿Qué insinúa con lo de perder el respeto? ¿Qué clase de comportamiento está proponiendo? ¿Es realmente frígida o se trata de otra triquiñuela para provocarle? Artimaña o subterfugio da resultado, y la desquiciante manera de conducir también.

—¿Puedo saber adónde me llevas? ¿O pretendes que acabemos en algún depósito de cadáveres donde tampoco habíamos estado nunca?

—Conozco otro lugar donde tampoco hemos estado nunca y no es la morgue, mister Holmes.

El lugar donde tampoco habían estado nunca resultó ser la cama de una pensión en la rue des Écoles.

Lo de la rue des Écoles no es casualidad. Ése es precisamente el lugar donde, en un hotel de mala muerte, estuve la primera vez que fui a París y, por añoranza de esa primera vez, volví en alguna que otra ocasión. También es el lugar donde una furgoneta de ropa sucia atropelló al catedrático de semiología Roland Barthes, pero ésa es otra historia. Como si los estuviera viendo, Nora y Massaní subieron al tercer piso en aquel decrépito ascensor donde, a tenor de los convulsos cables y el angosto recinto, el roce de los cuerpos alteraba la respiración de la pareja. Introdujeron una llave de baúl del tesoro en la cerradura de la puerta 33. Entraron. Massaní colgó la chaqueta en el picaporte interior, impidiendo que nadie viera por el ojo de la cerradura lo que dentro estaba a punto de suceder.

Descalza, piernas cruzadas y bata entreabierta, un vaso de Carlsberg en una mano y un humeante Chesterfield en la otra, madame Gallet escucha el relato de Gegé que, sentado a su lado en el sofá, no desvía la mirada de las rodillas de la dama. En la pared, sobre la chimenea, un reloj de cuco,

al que nadie ha dado cuerda, tiene el pajarito fuera. Poco a poco, se le ha ido aflojando el muelle y el pico apunta a la recóndita entrepierna de Frederica púdicamente salvaguardada por las rodillas anudadas.

—Saqué la pistola y detuve un momento la moto ante la ventana de la cafetería para que me viera —cuenta Gegé—. Después, di la vuelta a la manzana y esperé en la esquina. Ella, muy asustada, fue a esconderse en el coche. Al poco rato, el español salió a buscarla y pasó a mi lado sin reconocerme. Estaba muy nervioso, hasta que la encontró. Se puso al volante y condujo durante un buen rato, los seguí. De pronto, frenó y vino hacia mí. No se atrevió a acercarse demasiado, pero me dijo que te dijera que vendría a verme para que le devolviéramos el cuadro que le habíamos robado.

—¿El cuadro? ¿Cree que hemos robado el cuadro? Eso me inquieta, Gegé. Me inquieta mucho. El cuadro es mío. Lo pagué con mi alma, con mi cuerpo y con mi dinero, y estoy dispuesta a pagar por él cualquier precio, aunque no lo valga. Tendrás que averiguar dónde está y quién lo tiene, y te daré lo que me pidas si lo encuentras antes del anochecer.

—Lo haría con gusto. Pero ¿cómo podría encontrarlo antes del anochecer si ya está anocheciendo? Además, soy paracaidista, no detective de novela.

—Pues *cherchez la femme, chéri* —le sugiere ella—. Esta novela es un cuento donde la bruja es la princesa y lo sabe todo, aunque no lo parezca. Lo del robo es una estratagema para hacernos creer que el cuadro ha desaparecido y lo que yo te dije de traérmelo antes del anochecer era sólo una advertencia para que no te duermas y permitas que Nora se nos vaya a Nueva York. Si esto llegara a suceder, me haré unos pendientes con tus huevos y una pulsera con tu dentadura, ¡quiero a un paracaidista del escuadrón de la muerte, no a un detective de Peter Cheney!

El trato que se le dispensa hace que se sienta adulado. En lo que a sus atributos respecta, conociendo a Frederica, no lo considera una amenaza sino una prueba de distinción y confianza. Asimismo, ser requerido como integrante del batallón de la muerte es un privilegio que le llena de orgullo. Anhela participar en torturas y ejecuciones, bajo las órdenes del capitán Aussaresses y del general Massu, para salvaguardar la integridad de una Argelia francesa. Aunque, por el momento, las rodillas de

Frederica sean el baluarte que intenta expugnar con el fulgor de sus pupilas, mientras ella da libre curso a su delirio.

—Métele la pistola por el coño, puede que la noruega se corra por primera vez —propone con espeluznante delectación.

Alza la copa, brinda al aire, se incorpora en el sofá, desanuda las rodillas y la bata se abre más de lo previsto. Las consecuencias del descuido no se hacen esperar. El muelle del cuco se endereza y el pico apunta inequívoco al resquicio entre los muslos por donde la mirada de Gegé se desliza fugaz hacia zonas inescrutables. Madame Gallet siente la incursión a distancia. Un cosquilleo delator la previene y la alarma se dispara. Pega un respingo, cierra la bata, apaga el Chesterfield en la espuma de la Carlsberg y vacía la copa en el rostro del intruso, anegándole los ojos.

—¿Qué clase de sucia curiosidad te ha movido a hacer eso? —le increpa furibunda.

—Perdón —farfulla él, restregándose los párpados.

Sin recuperarse de la sorpresa ni de la cerveza, deambula a ciegas por la alfombra persa.

—¿Qué pretendías ver que no pudieras imaginar? —insiste ella.

—Nada, nada…

—¿No veías nada o no imaginabas nada?

—Pensaba y, mientras pensaba, miraba por casualidad tus piernas, sin ninguna mala intención.

—¿Y en qué pensabas?

—En el cuadro.

La mención del cuadro, en relación con sus piernas, reaviva las sospechas de la anfitriona y su trauma secreto.

—¿Qué sabes del cuadro? —inquiere.

—Que ellos dicen que lo hemos robado, y que tú dices que es ella quien lo tiene y me pides que te lo traiga esta noche, como si me mandaras a comprar cigarrillos, pero te enfureces conmigo sólo porque te he mirado las piernas, ¡como si no te las vieran todos cuando tomas el sol!

—Así que te gustan mis piernas…

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque son largas y están bien hechas, y también me gustas tú.

—Lo sé. Te gusto porque te recuerdo al general Massu, reconócelo.

—Te burlas de mí porque no sabes las cosas que hago y no digo, y tampoco imaginas lo que sería capaz de llegar a hacer por ti. Yo no soy Raymond, ni tu marido, ni esa amiguita a la que preferirías ver muerta a casada en Nueva York, ¡algún día sabréis quién soy yo!

—¡Qué sabia es la vida que nos mantiene tontos durante la juventud! Anda y dúchate. Hueles a perro mojado. Y, cuando el español vaya a verte, déjale creer que les hemos robado el cuadro y dile que solamente se lo daré a Nora si viene en persona y sola. ¡Ah, y devuélvele de paso esa pestilente cazadora! Es una orden.

8

El 4 de marzo de 1957, la noche es negra como la visión de un tuerto que se hubiera puesto el parche en el ojo equivocado. La luna se ha sumergido al otro lado del mundo y la oscuridad se ha tragado el horizonte. Una amordazada algarabía puebla el ensordecedor silencio que camufla en susurros los alaridos, destila dolor en rumores de lluvia, transmuta risas en canto de grillos y adormece voces de postreros sueños. Yo pasaba por allí. Era medianoche en los jardines del Luxembourg y un barquito olvidado surcaba a la deriva las aguas del estanque. Tras la ventana encendida del número 29 de la rue Madame, Albert Camus escribía su alegato contra la pena de muerte mientras seis hombres al mando de Aussaresses, con el consentimiento del general Massu y sin previo juicio, llevan a Larbi Ben M'Hidi hasta una granja abandonada en la Mitidja argelina y lo cuelgan de una tubería para simular que se ha suicidado. La soga se rompe al primer intento y se echan a reír antes de ahorcarlo en una segunda tentativa. Tiempo después, Gegé y sus correligionarios llevarán a cabo una acción similar en una cuadra de Normandía, ahorcando de una viga a un guardés supuestamente argelino como escarmiento de traidores a la presunta patria. Mientras esas y otras cosas suceden, los faroles de París sólo se iluminan a sí mismos, como santos con su halo o esas estrellas del cielo que ya están muertas cuando las vemos. Y, de pronto, se encienden luciérnagas por doquier en el abrupto empedrado de Montmartre y oímos la voz de Edith Piaf que ve la ciudad en fiesta y en delirio. Se oyen la música, las risas y los gritos de alegría. Pero ella se siente aturdida, perdida en la muchedumbre que la trae y la lleva como la marea, y la lanza, de repente, a los brazos de un hombre para, envolviendo a los dos en una sola ola, arrastrarlos enlazados como si fueran el mismo cuerpo hasta dejarlos saciados de placer, ebrios y felices. Sin embargo, tan repentinamente como los ha unido, la multitud los separa en su vaivén y los aleja para siempre el uno

del otro. Las risas apagan su voz y el grito de dolor, de furor y de rabia, se pierde con el llanto en el alegre bullicio. Esta evocación de «La foule», la canción que Edith Piaf dedicó a Marcel Cerdan seis años después de su desaparición en vuelo nocturno, se deja oír cuando, desandando el recuerdo, regreso al lugar de la rue des Écoles donde Nora y Massaní, ajenos a todo y ebrios de placer, ignoran la marejada de palabras que, como la multitud de la canción, los trae y los lleva, los une y separa, mientras escribo.

Massaní busca el contacto de la mujer que duerme desnuda a su lado. La siente respirar y la luz del amanecer, tamizada por los visillos, se expande por la estancia. Tras la noche en que los cuerpos se encontraron fuera de sí, le sorprende comprobar que las cosas sigan estando en el mismo lugar, como si la pasión no alterara la realidad de la misma manera en que trastoca los sentidos. Las palabras desquiciadas, las horas ciegas de amor desenfrenado, las caricias extraviadas en los confines de la piel donde la humedad precede a la llamarada. Todo parece lejano de repente. Sensaciones furtivas flotan residuales en el aire y se desvanecen antes de que el recuerdo consiga retenerlas. Nora tiene los cabellos en desorden, la cabeza ladeada de manera que apenas se entrevé su perfil. La barbilla inclinada sobre el hombro, un brazo bajo la almohada, y el otro, a lo largo del costado, medio oculto por la sábana tibia y arrugada que deja al descubierto los pies. A la luz de la mañana parece haber sido despojada de toda verosimilitud. Massaní tiene miedo a mirarla y verla desaparecer. Los gestos y los rasgos se esfuman en la memoria sin darle ocasión de recuperarlos, como se evaporan los sueños al despertar. Irrisoriamente, la imagen del calendario, con su sonrisa y su mirada de papel, encubre fogonazos del pasado y cobra mayor realidad que el cuerpo que duerme junto a él. Una súbita angustia le asalta. Un ataque de pánico que le impulsa a salir huyendo como si acabara de cometer un asesinato. En cierta manera, lo ha cometido. Culminado el juego, Nora se irá y su ausencia será como si la hubiera matado. Se levanta sin hacer ruido, recoge la ropa del respaldo de la silla, se viste precipitadamente, descuelga la chaqueta del pomo de la puerta y escapa escaleras abajo sin

atarse los cordones de los zapatos. El ataque de pánico le lleva en volandas a través de calles espectrales y ventanas ciegas hasta los jardines del Luxembourg, donde los árboles todavía son su propia sombra, los caballos del tiovivo dormitan bajo lonas de hule y el barquito olvidado altera en su deriva la quietud de las aguas. Tratando de apaciguarse, Massaní se sienta al borde del estanque y, al asomarse a la superficie, reencuentra el reflejo de su rostro transfigurado en el del genio burlón del espejo del bolso de Arlette: «Te lo advertí —le increpa el genio—, ¡ya vuelves a ser esa piltrafa de trapo con mierda de adolescente enamorado! ¿De qué huyes? ¡Por mucho que corras, sólo te alcanzarás a ti mismo!». La risotada provoca que la superficie se agite y, al reverberar, la efigie reflejada oscila y se disuelve al tiempo en que Massaní trata de capturar el agua en la concavidad de las manos para mojarse la cara y despejar la mente. Una vez recuperado, o eso supone, decide volver al hotel antes de que Nora se despierte. Pero el hotel ha cambiado de lugar o, más probablemente, él se ha equivocado de hotel y de calle. En su obnubilación, no acierta a recordar nombres ni señas. A su alrededor, los transeúntes son fuegos fatuos y la ciudad una ruleta en la que lo único que gira y rueda es él. Su intento de evitar un hipotético futuro cuando acaba de obtener un ansiado presente, evidencia su incapacidad para ser veinticuatro horas feliz. Busca y rebusca en la memoria lo que encuentra en el bolsillo: la tarjeta de Armand Gallet. Toma un café doble y telefonea a la consulta. Se pone la enfermera de la bata corta o las piernas largas que, tras un ir y venir de tacones y cuchicheos, le pasa a Arlette. Sin andarse con rodeos, Massaní pide a su amiga que le consiga otra cita con Frederica para reclamar el cuadro robado. Piensa que el rescate del lienzo justificaría la espantada y le devolvería la autoestima. Arlette no le promete nada pero le propone verse a mediodía: en la librería Gibert del boulevard Saint-Michel. A escasos pasos de la calle y el hotel al que, en su desvarío, Massaní no había sabido regresar. Mientras espera, le basta cruzar el boulevard para que la rue des Écoles y la inaudita pensión de la noche anterior vuelvan a estar donde estaban. Recupera incrédulo lo acontecido tras la puerta 33 del tercer piso. Se avergüenza, una vez más, de su cobardía. Nadie se fuga de un sentimiento y, menos aún, de un recuerdo que, más allá de la memoria,

ha quedado atrapado en el cuerpo. Merodea arrepentido antes de decidirse a preguntar en la recepción por Nora. Por supuesto, no está. Pero el conserje, un busto con cara de muñeco de nieve y nariz de zanahoria, le entrega la llave y un sobre. Mademoiselle Larst ha dejado pagada una noche más. Sorprendido, Massaní le devuelve la llave y se lleva el sobre. Lo guarda en el bolsillo. Lo abrirá después. Trata así de administrar sus emociones. ¿Ha previsto Nora pasar otra noche en la habitación 33? ¿Sola o con él? En el sobre está la respuesta y, con infantil cautela, prolonga el momento de desempaquetar el regalo. Pero ¿es un regalo o una bomba? ¿Por qué estaba Nora tan segura de que él volvería al hotel? El sobre le quema en el bolsillo. No se atreve a abrirlo y leerlo en la calle por temor a dejar traslucir sus emociones. Se dirige a la librería. Todavía es pronto. Falta más de media hora para que llegue Arlette. ¿Para qué diablos le ha citado en una librería? Los libros conforman un jardín pulcramente organizado donde se siente como lobo de orejas gachas y rabo entre patas que, perdido entre laberínticas estanterías, se deja llevar por el olfato. El olor a tinta y papel que emana de las palabras impresas de autores vivos o muertos le retrotrae al embriagador aroma de la pólvora en las trincheras cuando prevalece sobre el hedor de los cadáveres y los efluvios de la tierra. Tampoco aquél es el lugar propicio para leer la carta. En una repentina decisión, opta por volver sobre sus pasos, pedir la llave al conserje, subir al tercer piso y entrar en la habitación 33. La cama está deshecha. Las sábanas y la almohada conservan vestigios de la noche que todavía el día no ha eliminado. Primero, se lava y se peina. Luego, se sienta en una silla junto a la ventana y lee: «Te comprendo. Los dos sabemos que esto es una locura. Que no puede durar. Que nada dura. Que, por doloroso que sea, tarde o temprano tendremos que despertar. Estoy prometida y voy a casarme con un hombre que vive en Nueva York. Si me preguntas si le amo, te diré que sí. Pero, si me lo preguntas dos veces, no sabría qué decir. Porque, aunque fueras el diablo, quiero abrasarme otra noche en tus brazos. Si no recogieras esta carta, la romperé y respetaré tu huida. Yo también tengo miedo. Ven. Te lo suplico. A las ocho te espero».

Arlette tiene en sus manos el ejemplar de los cuartetos de Omar Khayyâm que había venido a comprar en la librería Gibert de Saint-Michel para regalárselo a Massaní. También tiene en su apartamento una botella de coñac Napoleón, birlada del despacho de Armand Gallet fuera del horario de consulta. Al verle llegar, abre el libro al azar y lee en voz alta.

—«El pez decía al pato en la sartén: "¿Crees que el agua remontará el curso del río?", y el pato le responde: "Cuando estemos achicharrados los dos, ¿qué importará que el mundo sea espejismo o mar?".»

Pero, cuando Arlette alza los ojos de la página, cierra el libro de golpe.

—¡Dios mío! ¡Estás enamorado! —exclama al verle.

Massaní escabulle la mirada. Es evidente que su cara resplandece y le delata. Está enamorado y, contra toda previsión, es correspondido. Nora le espera y ya se ve subiendo en el desvencijado ascensor de la pensión hasta el tercer piso. La impaciencia le acucia y la cita en la librería se convierte en puro trámite. No obstante, le interesa saber si Arlette ha conseguido hablar con Frederica.

—Le he telefoneado —informa Arlette—. Y está dispuesta a recibir a Nora si va sola a la consulta de Gallet mañana por la noche.

—¿Es allí donde tiene el cuadro? —aventura Massaní.

—Es allí donde tiene los instrumentos de tortura —responde Arlette con desencantado retintín. Pensaba regalarle el libro de Khayyâm y brindar, en su casa, con coñac Napoleón. Pero ya no. Intuye que la noruega lo tiene atrapado y no deja lugar para copas ni poesía. Ni para ella. No obstante, comen juntos y hablan de cosas sin interés: de un muchacho que conducía una camioneta de tres ruedas y atropelló a un policía que acababa de comprar naranjas. Las naranjas rodaron por el pavimento y, mientras el policía se afanaba en recuperarlas, el muchacho se dio a la fuga. Lo curioso del caso es que ninguno de los dos ha presenciado el incidente, pero lo habían leído en el periódico. De pronto, la impaciencia de Massaní dilata el tiempo. No necesita consultar el reloj para saber que la espera va a resultarle larga. Demasiado larga. Difícil de soportar. Inopinadamente, acepta la invitación de Arlette para tomar una copa en su apartamento. Sabe que no debería hacerlo. Pero lo hace. El genio del espejo se le aparece en el reflejo de una vitrina y se lo advierte: «No bebas o al capitán Ahab se le doblará el arpón». También le dice otra

cosa que él prefiere no oír: «La resaca amortigua el oleaje», o algo así.

En el apartamento de Arlette de la rue Soufflot, hay libros por los suelos y alguna reproducción pictórica clavada con chinchetas en el escaso espacio que el reducto abuhardillado y dos ventanas dejan a la pared. Bajo la suspicaz mirada del mercader Gisze, de Holbein el Joven, que parece dispuesto a levantar acta del encuentro o a multar a la pareja, Arlette descorcha la botella de coñac y se sienta al lado de su invitado en el sofá. Al primer trago, la impaciencia de Massaní se torna en incertidumbre, ¿y si Nora se arrepintiera? ¿Y si el amanecer hubiera apagado los fulgores de la noche?

—¿Sabes a quién te pareces? —dice Arlette.

—No.

—Al capitán Ahab, ¿has leído *Moby Dick*?

Massaní ha oído hablar de Moby Dick pero no de Ahab.

—¿Quién es ése? —pregunta.

—Un personaje de novela que buscaba a una ballena a la que odiaba y de la que había jurado vengarse porque le había comido una pierna.

—¿O sea que era cojo como yo? ¿En eso se parecía a mí?

—No. En eso, no. Sino en la mirada. Miraba como tú, cuando tú miras como él…

—¿Cómo puedes saber cómo miraba él si sólo es un libro?

—El autor lo explica.

—¿Qué dice el autor? ¿No me digas que el autor dice que el capitán Ahab miraba como Lorenzo Massaní?

Los dos ríen sin ganas, pero ella teme haber herido la susceptibilidad del español.

—Por lo demás, a ti apenas se te nota la cojera y lo de él era diferente —precisa—. A Ahab le faltaba la pierna y se la habían sustituido por una mandíbula de cachalote. Lo tuyo, en cambio, es como lo de Lord Byron…

—¡Basta de tonterías! Lo mío fue un tiro en la rótula que me ha impedido alistarme en el ejército francés contra los nazis pero no evitó que combatiera en Glières.

Miente. Nunca combatió en el Plateau des Glières. Sólo estuvo en el

cementerio de la Morette un día en el que la escarcha había cubierto los nombres de los guerrilleros españoles. Un hálito glacial llegaba del Mont Blanc y, por un instante, le recorre el espinazo. Con la mentira, pretende paliar su minusvalía y frustración. Le habría gustado formar parte de la resistencia o haberse fugado de alguno de esos siniestros lugares donde se entraba por la puerta y se salía por la chimenea. En aquel entonces, no le importaba morir pero no hubiera podido matar sin revivir la mirada de aquel chico de su edad que le suplicaba: «No me quites las botas, cúrame». Todavía cree oír el zumbido de las moscas antes de que resonara el disparo en el fondo de la trinchera. Ahora, sus veleidades de enamorado le parecen una indecencia que Napoleón no mitiga. Y, de repente, siente unos labios en sus labios que se deslizan de comisura a comisura y una lengua se abre paso sin que él se resista al húmedo encuentro de dos apéndices que, hasta entonces, sólo habían sido utilizados para modular palabras y, sin necesidad de otra copa que la garganta, bebe en la boca de ella y ella en la boca de él hasta vaciar la botella.

Con el mismo énfasis desolado con el que, nada más verle, Arlette exclamara: «¡Dios mío, estás enamorado!», al abrir la puerta número 33 del tercer piso, Nora exclama: «¡Dios mío, estás borracho!». A Massaní no le queda más remedio que admitirlo.

—He bebido demasiado —rezonga avergonzado.

—No te preocupes, yo también —le dice Nora—. Me he pasado la tarde tratando de responder a una carta de Jan y no he sabido cómo hacerlo. He llenado la papelera y he vaciado una botella de Dom Pérignon. Me da vueltas todo, bailan las paredes, abrázame… Nos acostaremos vestidos y dormiremos juntos, sin hacer nada. El primero que se despierte, despertará al otro. Y, si me despertara yo, me haré la dormida hasta que te despiertes tú y me desnudes, con mucho tacto para no despertarme. Quiero sentirte en mí mientras duermo, ¿lo ensayamos?

Él está borracho. Ella no. Ni las paredes giran a su alrededor ni ha bebido una sola copa de Dom Pérignon. Massaní percibe que Nora, fingiéndose tan borracha como él, trata de disculparle, y la

condescendencia le irrita tanto como le excita el juego erótico que la mujer le propone. Por otra parte, la idea de que ella haya estado intentando escribir a su prometido añade una dosis más al desasosiego. ¿Qué pretendía decirle a Jan que no haya sido capaz de contarle por escrito? No sería una carta de ruptura, por supuesto. Más bien, se referiría al reencuentro en Nueva York, piensa él. Lo que dista de suponer es que la susodicha carta no estaba dirigida a Jan sino a Frederica y no ha acabado en la papelera, como Nora dice, sino en un buzón de correos. Y tampoco alcanza a imaginar que la carta fuera, precisamente, una carta de ruptura que finalizaba en una patética proclama: «Con mi muerte no recuperarás mi amor».

Más allá de lo que supone o ignora, Massaní siente la mordedura de los celos en pleno plexo solar y, como un depredador a su presa, muerde el cuello de Nora. Ella emite un gemido de placer y, en dulce represalia, le muerde a él la yugular. El vampírico intercambio tiene insospechadas consecuencias. Nora olvida sus relaciones peligrosas con Frederica y Massaní sus inoportunos escarceos con Arlette. La coge en sus brazos y, en un breve vuelo, la deposita en la cama y desnuda poco a poco. Ella cierra los ojos simulando haberse quedado dormida de repente y él la lame con perruna delectación hasta que, contrariando el etílico dictamen, Napoleón endereza el arpón al capitán Ahab.

Personalmente, no puedo suscribir la hipótesis de que, tras ingerir media botella de coñac Napoleón, algo esté en condiciones de enderezarse.

Tuve, al respecto, una aleccionadora experiencia. Precisamente en París, diez años después, tras cenar y beber con tres ilustres amigos en un restaurante de Montmartre hasta la madrugada, uno de ellos nos invitó a su casa del 99 avenue Mozart porque tenía una botella de coñac Napoleón. Doy fe de que hasta el obelisco y la torre Eiffel requirieron más de una semana para recuperarse de la flacidez y el Sena de la resaca y, en el cielo de la ciudad, nunca antes, en pleno día, había irrumpido la sideral espiral nocturna de Van Gogh.

9

Retrotrayéndonos a la noche en la que el arpón de Ahab se sobrepuso a los napoleónicos embates, en un cuadrilátero del Palais des Sports, el campeón de los pesos medios Charles Humez derriba, con un golpe de zurda en el noveno asalto, al aspirante Germinal Ballarin que, gracias a la condescendencia arbitral, tarda más de los diez segundos preceptivos en levantarse de la lona para reanudar el combate. En furibunda protesta, Frederica lanza un zapato de puntera roja, última moda Coco Chanel, que sobrevuela el ring y va a impactar en el ojo izquierdo de un juez de silla. Cuando monsieur Gallet trata de recuperar el zapato, el juez de silla, esgrimiendo vengativo el arma arrojadiza de la feroz esposa, le golpea con el tacón y le parte un labio, a lo que Frederica replica rompiéndole la silla en la cabeza al juez. La trifulca provoca aplausos y regocijo sin que, por ello, el combate se interrumpa. Humez gana a Ballarin por la misma suma de puntos que, en la enfermería, aplican al labio de Gallet y a la coronilla del juez de silla. Después de pasar por comisaría, el matrimonio vuelve a casa y, apenas traspuesto el umbral, Frederica se echa a llorar desconsolada.

—¿Qué te pasa? —pregunta Gallet alarmado.

—Tú lo sabes, Armand.

—¿Nora?

Frederica asiente entre sollozos.

—Olvídala. El matrimonio será el mayor castigo para ella y, algún día, encontrarás otra amiga que te quiera y comprenda de verdad, como te quise y te quiero yo.

Anegada en lágrimas, Frederica rompe a reír.

—¿De qué te ríes?

—Me río de ti. Ese «te quise y te quiero», que acabas de decir, parece la letra de un corrido mexicano pero me ha recordado que, de vez en cuando, hay que renovar el carnet de conducir. Nadie que te quiso te

querrá para siempre, todo tiene su fecha de caducidad. Aunque, lo que más gracia me hace es verte con el labio roto, porque vas a tardar mucho tiempo en volver a poder comerte un coño.

—No la pagues conmigo, te conozco, y la próxima vez que vayamos al boxeo irás descalza o con tacón corto.

—No habrá próxima vez. No iré al boxeo. Ni a la ópera. Todavía recuerdo a esa gorda mezzosoprano de *Cavalleria rusticana*, sobrina de René Coty, a la que le tiré mis bragas para que se atragantara…

—No fueron tus bragas sino mi mejor sombrero, y no le cayó a ella sino a la pelirroja de la flauta travesera, que se lo puso y no me lo devolvió.

—No es la primera vez que confundes unas bragas con un sombrero. Ni a una pelirroja con una flautista, Armand. Yo también te quise y te quiero, pero soy como ese caballo que sacaron en *Boris Godunov* y se cagó en escena. Lo cago todo y, ¿sabes por qué?, ¡tengo miedo! Haberse querido y seguirse queriendo es como quedar atrapada para siempre en el mismo espejo del mismo cuarto de baño donde te miras cada día al despertar, ¡qué espanto! ¡Quiero ser otra! ¡Siempre diferente! Como era para Nora. Nunca encontraré a nadie que vuelva a verme como ella me veía. Necesito su mirada y hacer las cosas que nunca podré hacer con ningún hombre. Necesito sentir los celos y el deseo que, día y noche, momento a momento, daban vida a mi vida y, te lo juro, antes de dejar que se vaya a Nueva York, quiero verla muerta. Ésa es la mayor prueba de amor, ¡detenerla en la memoria antes de que otro ensucie el recuerdo!

—¿Por qué no tomas las pastillas y te acuestas? Es tarde y mañana tengo una conferencia sobre bruxismo. Los dientes se frotan hasta la destrucción y nada los detiene. Son como los malos pensamientos cuando se adueñan de nuestro cerebro. ¿Sabes que Raymond vino a la consulta el otro día? Se quejaba de una caries imaginaria. En realidad, quería verte. Le dije que te dejara en paz y ahora me arrepiento. Os llevabais bien los dos, me gustaba veros juntos. Puede que te viniera bien una excursión en yate y bañarte desnuda en el mar. A fin de cuentas, él no tiene nada que tú no tengas y puede que eso no sea tan malo para ninguno de los dos.

—¡Idiota! No iré a ningún sitio ni quiero volver a ver a ningún Raymond, hasta que Nora venga a verme y me devuelva el cuadro en el

que me tiene aprisionada en cuerpo y alma. Aunque el alma sea lo que menos me importa del cuadro.

—¿Un cuadro? ¿Es eso todo lo que quieres de ella?

—Lo demás, ya lo sabes. Quiero penetrarla, como un hombre a una mujer, y que ella se abra entera para mí. Quiero atarla y acariciarla hasta verla retorcerse de placer. Quiero meterle mano de paseo y en los cines, y tomar cerveza en el bistrot de la esquina, y hablar de cosas que me hagan olvidar que nuestro matrimonio, querido, es una mierda. Y quiero que arda ese cuadro antes de que alguien lo vea.

Eustache sube la escalera llevando al hombro el lienzo enrollado que Didier y él han arrancado, con tijeras y navaja, del marco empaquetado en el sótano. Hasta los pájaros muertos revolotearon graznando y chillando escandalizados en torno a la obscena pintura que los jóvenes acababan de descubrir con insana curiosidad y espanto. En un principio, habían ocultado la tela en el cubo de la basura para luego, temerosos de ser descubiertos, trasladarla a un hueco entre la parte trasera del retrete y el muro del patio, donde las ratas no tardarían en roer la prueba del delito.

Cuando Baranton interrogó furioso a su hijo sobre el paradero del cuadro, Didier le dijo que los pájaros se lo habían llevado y contó que cada noche cobraban vida y picoteaban las paredes hasta abrir resquicios y volar libres sobre París para no volver hasta el amanecer. Fantasía infantil que, en plena reprimenda, le costó una bofetada, sin que sirviera de nada la tardía intervención materna. Abandonando su bastión en la trastienda, Marie acudió en defensa de Didier y le echó la culpa de todo a la mala influencia de Eustache.

—¿Y adónde llevaron los pájaros la pintura? —indagó Baranton con amenazador sarcasmo.

—Al cubo de la basura —respondió Didier.

—No está en el cubo.

—Es que, luego, la escondieron detrás del retrete para que el señor de las alcantarillas no la encontrara —precisó el niño en seráfica cantinela.

—¿Y qué representaba esa pintura?

—No sé… No recuerdo…

—¿No sabes o no recuerdas?

—No recuerdo si lo sé.

—Lo sabes —zanjó el padre—. ¿Qué era? ¿Un retrato? ¿Un paisaje? ¿Una naturaleza muerta?

—Un paisaje de mujer…

—Pues di a los pájaros que devuelvan la pintura al español antes de que venga, ¿me has oído, Didier?

—Sí, papá.

Eustache empuja con el pie la puerta descerrajada del apartamento de Massaní y, tropezando con los muebles almacenados, deja caer en la cama su cargamento. El lienzo se desenrolla sobre la colcha y exhibe en todo su ominoso esplendor la figura pintada de una mujer desnuda con atributos de hombre en erección. Eustache retrocede asustado y sale corriendo. Los peldaños le crujen en las rodillas, jadea y resopla sin resuello. Cuando, lívido y boquiabierto, llega al piso de arriba es la imagen rediviva de *El grito* de Munch.

Con anterioridad, en el sótano de Baranton, Didier y él ya habían entrevisto el sexo enhiesto de la dama. Pero, estando como estaban tan ocupados y obnubilados en desempaquetar, recortar y arrancar el lienzo, sólo pensaban en el delirante propósito de abrir una puerta imaginaria, a través del marco descuajeringado, que permitiera la fuga de los pájaros muertos, cuyo desordenado aleteo les aturdía. Pero, ahora, es diferente. Está solo y comprende de pronto que una mujer dotada de verga sólo podía ser cosa del diablo y las consecuencias del pecado no se harían esperar. Efectivamente, en el piso de arriba, inmóvil en la mecedora, su madre mantiene la mirada vidriosa fija en la mancha de humedad del techo cuya forma de sombra danzante, rabo retorcido y cuernos de carnero, no deja lugar a dudas sobre su procedencia. Siguiendo las instrucciones maternas y para cerciorarse a conciencia de que la sombra del techo no es un alma proyectada fuera del cuerpo, Eustache extrae una de las agujas de hacer punto ensartadas en la bobina de lana que había rodado del regazo de su madre al suelo y, como el estoque al toro, la

clava en la cerviz de la difunta con tal ahínco que, de haber estado viva, la habría matado. A la mujer se le abre la boca como si se dispusiera a hablar, pero sólo expele un gélido aliento. Eustache se acurruca tiritando a los pies del cadáver y no tarda en oír cómo las pezuñas del diablo suben al galope las escaleras.

No son pezuñas sino botas. No es el diablo sino un coloso con músculos trenzados como amarras de barco y rasgos esculpidos a la intemperie. Es Rida, el esperado amigo de Massaní, que vuelve, al fin, del trabajo en las más remotas afueras de París. Lleva un saco de ropa sucia a la espalda, para que lo lave la mujer de Baranton, una hogaza de pan bajo el brazo, como la que dicen que traen los recién nacidos, y una cazadora de cuero al hombro. Según tiene por costumbre, abre de una patada la puerta del apartamento. En rutinario zigzag, esquiva los muebles almacenados y, antes de desnudarse el torso y meter la nuca bajo el grifo de la cocina, descarga los pertrechos sobre la cama sin prestar atención al lienzo desplegado. Hecho esto, se pone una camisa de Massaní y se dispone a tomar algo en el bar de Baranton. Es al recoger el saco de ropa sucia cuando descubre con sorpresa la fotografía, en blanco y negro de tamaño natural, coloreada con rojas pinceladas que realzan los contornos sobre la difusa eclosión de un cielo estrellado. Se trata de un desnudo femenino de cuerpo entero con inequívocas muestras de masculinidad en la entrepierna. El hallazgo deja perplejo al argelino que, conociendo el escaso sentido del humor de su amigo, no puede concebir que se trate de una broma. También resulta improbable atribuirlo a veleidades artísticas o sexuales. Rida experimenta una mezcla de repulsa y morbosa atracción ante la imagen del desnudo extendido sobre la cama que, a pesar de su peculiar anomalía, emana una inconfesable fascinación. Permanece unos momentos pasmado y, de pronto, en un arrebato revelador de atávicos prejuicios, estruja el lienzo y, empuñándolo en alto, atraviesa la estancia, lo lanza por la ventana de la cocina y se va. Tras torpe y breve vuelo, el desnudo de Frederica aterriza en el patio del convento contiguo. Cuando las monjitas lo descubren, considerándolo una admonición celestial por sus malos pensamientos, le prenden fuego y bailan como posesas alrededor de la hoguera. Así, al menos, las imagina Eustache cuando oye el crepitar y vislumbra el resplandor de las llamas. «Si estuviera muerta

—le había dicho su madre—, arrastrarás mi cuerpo y lo dejarás con la basura para que lo recoja y entierre el alcalde.» Ímproba misión, dado el volumen del cadáver y la debilidad del hijo, cuyas rótulas entrechocan con castañeteo de dentadura. Pero lo hizo. Los pájaros muertos acudieron en su ayuda y, peldaño a peldaño, arrastraron a la madre en su mecedora, como si de un trineo sobre una pendiente helada se tratara o por un tobogán de feria la deslizaran, hasta dejarla junto al cubo de la basura, cumpliendo así su última voluntad.

Conocí al auténtico Rida. Al llegar a París, evadiéndome de la España franquista y tratando de realizar mis sueños de aventura, me encontré con el dilema de que para encontrar un trabajo necesitaba una carta de trabajo y para tener una carta de trabajo necesitaba un trabajo. Hice, entre otros, uno de esos trabajos que nadie quería hacer: se trataba de cortar y enroscar los tubos de plomo que cubrían el trayecto entre el depósito y la bomba de las gasolineras que, en aquellos tiempos, circundaban París. Dura tarea. Lloviera o nevara, en pleno diciembre, accionaba a mano y a la intemperie la palanca del artilugio de acero que seccionaba los tubos antes de empalmarlos, tumbado patas arriba, en una zanja encharcada. A veces, las esquirlas de plomo que me entraban por las manos me salían por los codos. Rida, un argelino con brazos como maromas y manos de estibador, era mi asesor y compañero de fatigas. Salíamos, todos los días, a las seis de la mañana. Los tubos emergían bajo la lona y proporcionaban a la camioneta el estrafalario aspecto de una máquina de guerra. Los gendarmes nos detenían frecuentemente y, al vernos llegar, los obreros decían: «Aquí están los diablos». Efectivamente, era un trabajo para pobres diablos. Pero no estaba mal pagado y, algún domingo, si el tiempo y el lugar era propicio para la pesca, nuestro patrón venía con su hija, rubia, exuberante y frívola, a comer con nosotros en una mesa improvisada a orillas del Marne. Conformábamos, junto al río, una escena de Renoir. Sin embargo, eran raros los domingos soleados y no todas las gasolineras estaban cerca del Marne, sino al borde de carreteras asfaltadas y entre apestosas cisternas de alquitrán. Rida me decía que enviaba dinero a su madre, aunque yo sabía que lo daba al

FLN. El Rida real era idéntico al de la novela. Pero ¿de dónde salen los auténticos personajes de ficción como Frederica o Massaní?

10

El conserje con cara de muñeco de nieve y nariz de zanahoria encarga a un mozo español que suba café y dos *casse-croûtes* de paté al tercero 33. Pero, antes de llamar a la puerta, el muchacho oye voces muy alteradas y, considerando que el momento no es oportuno, opta por esperar y… escuchar. Se sienta en la banqueta del descansillo con la bandeja en las rodillas y tiende la oreja.

—Si voy, me matará —dice Nora—. La conozco, no bromea. No importa que ya tenga el cuadro, quiere algo más. Me quiere a mí, viva o muerta. No permitirá que me vaya ni que me case con Jan.

—Pero no le importa que te acuestes conmigo —apostilla Massaní con acritud—. Para ella soy como ese negro con el que te acostaste en el bosque de Vincennes. Un capricho pasajero que la divierte y excita. Yo también la conozco, Nora. Es racista y clasista, y no puede concebir que una mujer como tú llegara a enamorarse de un hombre como yo. La verdad es que yo tampoco me lo creo.

—Y, sin embargo, es así.

—¡Así! ¡Ya! Como te enamoraste de Conan o te acostaste con Frederica, siendo amante de Jan, y como te habrás acostado con otros que desconozco, a los que también declaraste tu amor…

—Suéltame, me haces daño.

—Quisiera saber si también estabas enamorada de ella cuando le diste la llave de tu estudio y, además, quiero que me cuentes, de una vez por todas, cuál es el misterio de vuestro cuadro.

—Está bien, te lo contaré todo. Pero quítame las manos de encima, necesito que me protejas, no que me estrangules.

—Comprendo, comprendo. Necesitabas un guardaespaldas. Alguien que te siguiera como un perro con la correa al cuello, y me encontraste a mí.

—Te equivocas. Me gustas y me has hecho sentir lo que ningún

hombre había conseguido hacerme sentir. Ni con Conan, ni con Jan, ni con ningún otro ha sido igual. Pero lo de Frederica es muy diferente. Más diferente de lo que puedas suponer. Al principio, sólo era un juego. Resultaba divertido compartir con ella bromas y experiencias íntimas, hasta que comprendí que estaba loca, peligrosamente loca. Es una esquizofrénica de manicomio que se niega a medicarse. Su marido la quiere y la encubre, la teme y le consiente todo. Hay algo que había jurado no decirle a nadie, pero tú debes saberlo. Un día, accedió a dejarse retratar desnuda. En realidad, fue ella la que me lo propuso. Disfrutó mucho al comprobar en mí el efecto de la revelación. Frederica no es una mujer. Es decir, tiene la belleza y el cuerpo de una mujer, pero el sexo de un hombre. Ése es el secreto del cuadro que ella quería destruir. No podía permitir que nadie lo viera, como tampoco permitirá que yo me vaya a Nueva York para casarme con Jan. Está tan obsesionada conmigo que, si volviera a verla, me violaría y me mataría después…

En el interior de la 33 se hace el silencio y, en el descansillo, el joven camarero da un sorbo de café a una de las tazas antes de depositar la bandeja en la banqueta y aplicar el oído a la puerta. Pero no oye nada. Sólo su propia respiración. Al otro lado, Massaní se ha trasladado, en un vertiginoso viaje de ida y vuelta, a la playa de La Seyne-sur-Mer y su mirada se abre paso a nado en la memoria hasta vislumbrar la imagen, en un fulgurante recuerdo, de la mujer con sexo de hombre que se masturba en lo alto de la roca. La desnudez y la distancia le habían impedido reconocerla antes. Ahora, de repente, Frederica emergía como Afrodita de la espuma del mar. Ése era el secreto del cuadro robado y de la muy especial relación que unía a Nora con madame Gallet.

—¿En qué piensas? —pregunta Nora.

—Sea hombre o mujer y actúe como un amante celoso, por loca o loco que esté, Frederica no es tan tonta como para acabar sus días en la Santé. Sólo quiere prolongar el juego, pero sabe, como yo, que te irás y te casarás con Jan sin que, ni ella ni yo, podamos impedirlo.

—Hablas como si estuvieras resignado a perderme.

—Tanto si te mata ella, como si te mato yo, te acabaré perdiendo.

—Todavía lo tomas a broma, ¿no has visto al chico de la moto con la

pistola? ¿Por qué te crees que te he traído aquí en lugar de llevarte a mi estudio?

—Para que no lo hiciéramos, como lo hacías con Jan, bajo la vidriera y viendo las estrellas.

—Si te he traído aquí, y lo sabes, es para que no puedan localizarnos.

—¿Y pretendes que nos quedemos para siempre en este cuchitril de mierda?

Al oír estas últimas palabras, el mozo sale de su embobamiento y, tras dar otro trago al café para igualar el nivel de ambas tazas, herido su orgullo profesional, recupera ínfulas y se dispone a llamar. Pero una vez más la curiosidad se lo impide.

—No. No nos quedaremos aquí para siempre —dice Nora—. Te llevaré a un sitio donde nunca has estado y te enseñaré algo que nunca has visto: el lugar en el que Frederica cometió su primer asesinato.

Al muchacho se le cae la bandeja al suelo y escapa del estrépito escaleras abajo. El conserje de nieve frunce la nariz de zanahoria al verle cruzar raudo la recepción y ganar la salida.

Según Nora, toda cautela, por irrisoria que parezca, es insuficiente. Massaní la lleva al estudio, donde ella esperará encerrada, por dentro y a doble llave, hasta que él vuelva a recogerla para ir a ese lugar en el que tampoco han estado nunca y donde, presuntamente, Frederica cometió su primer asesinato. Massaní accede a acompañarla. Antes, pasará por el callejón sin salida de la rue de la Gare de Reuilly para cambiarse y dar señales de vida. Junto al cubo de la basura, la mecedora de la madre de Eustache, movida por el viento, se balancea vacía. Baranton, que todavía ignora la destrucción del cuadro, sale al encuentro de Massaní y le anuncia la recuperación del lienzo y el regreso de Rida. Tras un efusivo abrazo, será el argelino quien le informe de cómo la pintura acabó en el patio del convento contiguo, donde las llamas dieron cuenta de la procaz imagen.

—No debiste hacerlo —reprocha Massaní a su amigo—. Esa pintura era muy importante para mí.

—¿Para ti? ¿Cómo podía suponerlo? Era sólo una fotografía

pintarrajeada y me repugnó ver ese cuerpo de mujer con la polla tiesa sobre mi cama…

—No tengo ni idea de quién la puso allí. Es un asunto complicado, ya te contaré…

O sea, Frederica no tenía el cuadro, recapacita Massaní, sino que, según dice Baranton, todo ha sido una travesura de los chicos. Y, mientras sopesa las consecuencias, algo llama repentinamente su atención. Rida lleva puesta una cazadora de cuero idéntica a la suya, con las siglas LM en el hombro. No cabe duda, es su cazadora. La misma de la que se había apropiado Gegé.

—¿De dónde has sacado esa cazadora? —pregunta.

—A la entrada del callejón había un chico esperando con una moto y la cara tapada —dice Rida—. Al verme pasar, me lanzó la cazadora con un gesto despectivo y, antes de que pudiera reaccionar, se dio a la fuga. Si te gusta, te la doy. A mí me está algo pequeña.

—No, gracias. Pero ten cuidado con ese chico, tiene una pistola y ésa era mi cazadora. No me preguntes qué es lo que pasó. Ésa es otra historia complicada que ya te contaré. Tenía muchas ganas de verte y empezar a trabajar. Pero, ahora, tendré que recoger algunas cosas y volveré mañana o pasado.

—Empiezo a comprender tus complicadas historias, ¿cómo se llama?

—¿Quién?

—Ella.

—¿Qué tal si antes brindamos por el reencuentro? —propone Massaní.

—Sólo brindo con *pamplemousse* —advierte Rida.

—Se llama Nora y es noruega —dice Massaní.

—Veo que no has perdido el tiempo durante mi ausencia.

—Se irá pronto y se casará con otro en Nueva York.

—Espero que el retrato no sea el suyo.

La broma no le hace gracia a Massaní que, a modo de réplica amistosa, le suelta un puñetazo en la boca del estómago al que Rida corresponde apartándolo con una palmada en la frente.

—¡Así que estás colado por la noruega! ¡De acuerdo! Haré una excepción y tomaré una cerveza contigo…

Baranton rumia mientras sirve. Algo le ronda por la cabeza. Al fin, con

más rodeos que prudencia, se decide a hablar.

—He estado pensando que… Bueno, verás… Esa mujer, la artista… confiaba en nosotros… Es decir, ella confiaba en ti y tú confiabas en mí, y tú me diste el dinero que ella te dio… Estoy en deuda con los dos y, más aún, ahora que las monjitas han quemado la pintura…

—¡Olvídalo! Ya no tiene remedio —le interrumpe Massaní.

—Lo sé, lo sé. Era un cuadro muy valioso. Nunca podré compensaros… Pero se me ha ocurrido que…

Con toda solemnidad, Baranton deposita sobre el mostrador la pulsera que el recolector de basuras había pescado en las cloacas. Rida le observa intentando desentrañar el tejemaneje.

—La limpié, arreglé el cierre y pensé que podía interesarte a ti para regalársela a ella… Es una joya distinguida, ¿no te parece?

—Mucho, muy distinguida —refunfuña Massaní—. Pero no me interesa, ¿de dónde la has sacado?

—La compré en el Marché aux Puces… —miente Baranton—. Una ocasión única… Aquel hombre no sabía lo que tenía… Oro de ley…

Baranton le entrega la pulsera a Rida para que lo compruebe. Tras examinarla con desgana, Rida se la devuelve.

—Oro, pero no de ley —diagnostica—. Tiene una N y una J grabadas. Es robada. Por eso te la vendieron como chatarra…

—¿Y por qué habría de ser robada? —inquiere el tabernero—. También puede haber pertenecido a una de esas damas que se mueren dejando la herencia a un hijo tonto, como Eustache, que luego va y la vende —sugiere.

—No me atrevería a contar en la gendarmería esa historia de la difunta madre y el hijo tonto —dice Rida.

Inopinadamente, provocando el desconcierto de Baranton, Massaní atrapa la pulsera y se la guarda en el bolsillo.

—La compro —proclama—. Creo que conozco a la dama.

De vuelta al estudio, da cuenta a Nora del regreso de Rida y de cómo el cuadro robado acabó ardiendo en el patio del convento. Ya no quedan ni las cenizas.

—Todo es muy extraño —dice—. Al llegar, mi amigo encuentra el retrato de Frederica en la cama y, sin pensárselo dos veces, lo tira por la ventana. Las monjitas, escandalizadas, queman el lienzo y, poco después, aparece el cadáver de la propietaria del inmueble en la calle, sentada en su mecedora junto al cubo de la basura. Nadie se explica quién, ni cómo, ha podido cargar con los ciento cincuenta kilos de la difunta. El hijo se ha alimentado desde niño con vino en biberón. Ahora es un chico tan endeble que se ahoga con la lluvia y se tambalea con el viento. No tiene fuerza ni para mecer la mecedora. Él jura y perjura que fueron los pájaros disecados de Baranton los que sacaron en volandas a su madre muerta y yo… le creo.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? Me das miedo…

—Creo que ve cosas que nosotros no vemos y las cuenta como puede, a su manera. También tú sueñas con cebras que se despeñan por acantilados…

—Pensaba que no creías en los sueños.

—Prefiero creer en las cosas que me pasan despierto. Aunque no estoy seguro de que existas realmente. Necesitaría tocarte…

—Tócame.

—¿Por abajo o por arriba?

—Por abajo.

—¿De pie o echada?

—Sentada a tu lado. Como si estuviéramos en el cine viendo una película y pusieras tu mano en mi rodilla casualmente y yo entreabriera las piernas en un descuido y tus dedos se adentraran como un rumor entre mis muslos en el momento mismo en el que la chica le dice al chico que le quiere y se abre una puerta por sorpresa y resuena un disparo y la chica muere en la pantalla y el rumor recorre mi cuerpo…

—¿Es necesario que la chica muera?

—Es mejor que uno de los dos muera antes de que se les muera el amor —sentencia burlona.

Eso mismo le había dicho Frederica a Nora un atardecer en Dieppe al borde del acantilado de su sueño. Habían pasado el día tumbadas en la

alfombra, junto a la chimenea encendida, jugando al mahjong y escuchando a Juliette Gréco en un gramófono de bocina y manivela. Cuando la voz agonizaba, se desplazaban a gatas para darle cuerda. Oían una y otra vez «Je hais les dimanches» y «Sous le ciel de Paris». El crepitar del disco se confundía con el crepitar del fuego y con el de la lluvia en los cristales. «Tus caricias son como un rumor en la piel, como si me susurraran entre las piernas», murmuraba Frederica con voluptuosa lasitud y, el momento llegado, la aguja se detenía en el surco y las llamas languidecían en las brasas. A Nora le intrigaba y excitaba la ambigüedad de una relación en la que, dejándose inducir, ella asumía el rol del hombre en los preámbulos para acabar sometida a masculinos embates.

Cuando llevó a Massaní a la casa de Normandía, las fichas de mahjong todavía estaban esparcidas sobre la alfombra y el disco de Gréco permanecía silencioso en el gramófono de tapa alzada. La casa, con su típico entramado de madera a la vista, estaba situada en los alrededores de un pueblo llamado Luneray, en la comuna de Bacqueville-en-Caux, y Nora tenía la llave. Sabía que Frederica no estaría. De hecho, no había vuelto desde que dejaron de encontrarse en sus citas clandestinas. O eso cree ella.

No obstante, toma sus precauciones. Han dejado el coche en el pueblo y dan un rodeo a pie para despistar a algún extemporáneo curioso. Entran por la puerta de atrás, cerciorándose primero de que no hay más luz encendida que la del candil de la entrada principal, como permanente vigía y convocatoria de insectos voladores al anochecer. El guirigay de los pájaros que alborotan el ramaje de los árboles donde se refugian al caer la tarde contrasta con la quietud de las nubes en el cielo que se apaga. Dentro, Nora no enciende la luz. Ni siquiera utiliza la linterna que ha traído para la ocasión. Se adentran en un ámbito plomizo en el que los objetos tallan el aire con su fantasmagórica presencia. Massaní se muestra cada vez más intrigado, pero se abstiene de preguntar. Un pueril orgullo se lo impide. Por otra parte, ha preferido no mencionar el hallazgo de la pulsera porque le inquietan los misterios que no se pueden atribuir a fantasías infantiles. Pero no es ésa la única razón. En el fondo, presupone que tener en su poder algo de ella es una secreta manera de poseerla.

Sigue a Nora como si fuera el guía que la precede y, tras un sigiloso recorrido por estancias impregnadas de ausencia, suben las escaleras que conducen al desván. Chirrían los goznes y, al transponer el umbral, un ave de blanco plumaje despliega sus alas y, como humo, se desvanece en el haz de la claraboya dejando un hálito neblinoso que los pasos de los intrusos disipan al entrar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Massaní.

—Una lechuza —responde Nora y, sin alterarse por la espectral aparición, alza la tapa de un baúl del que extrae unos zapatos.

—Pruébatelos —propone.

—No quiero los zapatos de un muerto.

—¿Por qué de un muerto?

—Porque están demasiado nuevos para estar en un baúl.

—Difunto amante de Frederica —anuncia Nora con circense énfasis y, girando sobre sí misma, aparta una funda con palos de golf y abre de par en par las puertas de un armario de cerezo en cuya penumbra cuelga un traje como un cuerpo sin cabeza.

—Pero no es esto lo que he venido a buscar —prosigue.

Se arrodilla, enciende la linterna, ilumina por fuera uno de los cajones del armario y forcejea sin conseguir abrirlo.

—Inténtalo tú. La humedad ha dilatado la madera.

Massaní se agacha y tira con tanta fuerza que arranca de cuajo la agarradera y cae de espaldas. Los dos maldicen y ríen.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta ella.

—Tiene cerradura.

—Pero no tengo llave.

—Alcánzame una percha.

Al cabo de media hora de hurgar en la cerradura con el gancho de la percha y ayudándose con un hierro de remover las brasas en la chimenea, Massaní logra que el cajón ceda y Nora comprueba que… está vacío.

—Se lo ha llevado. —Y se vuelve, perentoria, a Massaní—. En la cocina hay galletas, una lata de carne y una botella de Oporto. Enciende la chimenea, pero no se te ocurra encender la luz. Espérame, volveré pronto.

—Iré contigo.

—Necesito ver a alguien que no debe verte a ti ni tú a él. Es el guardés de la finca, un argelino que vive ahí al lado y es la única persona que puede saber dónde está lo que busco.

—Si temes que te maten, no podemos arriesgarnos a que salgas sola.

—No quiero que nos vean juntos, querido. Conozco el camino, tengo la linterna y, por si acaso, me llevo esto.

Extrae de la funda de golf un hierro para zurdos, lo empuña y enarbola amenazadora.

—No te preocupes, voy armada —proclama—. Y, por favor, cambia esa cara. En lugar de un guardaespaldas, pareces un niño que tuviera miedo de quedarse solo y a oscuras.

—¿Puedes decirme, al menos, qué es lo que buscas?

—Papeles, una agenda, un diario, las pruebas de un asesinato y, en el peor de los casos, una botella de champán.

Nora miente. Ignora que Gegé y compañía, parodiando el suicidio simulado del líder Ben M'Hidi, han colgado de una viga del establo al guardés argelino de la finca que, dicho sea de paso, no era precisamente la persona a la que Nora pretendía visitar. Quiere ver a una bruja vecina que fuma en pipa y bebe champán como la que yo conocería años después en Barcelona. Así se trastocan las fichas de mahjong revueltas sobre la alfombra, hechos y personajes fuera de tiempo y lugar.

La bruja es bretona, tiene setenta y tantos años, y las setenta y tantas arrugas que surcan su rostro son armoniosos trazos de un singular retrato donde la belleza planta cara, nunca mejor dicho, a los vestigios de la edad. No así su torso de gárgola, ni sus manos trémulas y pasos titubeantes.

—Hola, jovencita, llegas a tiempo. Un hechicero llamado Parkinson quiere acabar conmigo. Lo que no sabe el pobre imbécil es que, cuando lo consiga, yo también habré acabado con él. Siéntate y sírvete, prefiero beber de la botella para no derramar la copa antes de que llegue a mis labios. Son cosas por las que nadie pregunta cuando desea conocer su futuro, de cómo en la vejez se acelera el tiempo que sólo el dolor y el aburrimiento hacen que parezca eterno, y de cómo se agrandan las

distancias de la silla a la puerta y de la copa a la boca, mientras se acorta el trayecto al cementerio, y de cómo acabarás recordando cada vez menos las cosas que sabías y cada vez más las que nunca sabrás, y perderás la memoria de los días y la de los nombres de las personas. Eso es lo que te espera si, como yo, llegas a verle las orillas al horizonte. Anda, enciéndeme la pipa, ¿cómo te llamas?

—Nora.

El nombre de Nora se diluye con el humo de la primera bocanada como la lechuza de blanco plumaje se esfuma en el haz de la claraboya al desplegar las alas.

—Antes de que hablemos de hechizos y supercherías —advierte la vieja bruja—, debo decirte que ya no conozco más magia que la de despertarme cada mañana ni mejor remedio que descorchar una botella de champán. Los espíritus que circulaban libres por el aire han sido atrapados en cables y ondas, y ya no es necesario convocarlos. Se le aparecen a cualquiera apretando un botón.

—No vengo a hablar con los espíritus, sino contigo. Soy la amiga de Frederica, y lo sabes. Busco una agenda en la que escribíamos las cosas que hacíamos juntas y no está en el sitio donde la guardábamos. Frederica es una mantis religiosa que devora a sus parejas cuando descubren su más íntimo secreto y quiere matarme.

—Tu amiga vino a verme ayer y preguntó por ti y por el hombre que está contigo… —confiesa la bruja de sopetón.

—¿Ayer? ¿Sola o acompañada? —inquiere Nora inquieta.

—Con un enjambre de abejas en el culo y otro en la cabeza.

—No es asunto para bromear. Esa mujer empujó a un hombre del acantilado al mar, y nunca más se supo de él. Ella lo mató y en la agenda está la prueba. No tuvo ningún reparo en contarlo por escrito, de su puño y letra, sin omitir pormenores, tal y como me lo contó de viva voz. Daba por supuesto que nadie creería una historia inspirada, según pretendía, en la lectura de *El extranjero*. Pero yo sé que se trata de un crimen real y conozco los motivos. Frederica no habría podido evitar que, en uno de sus flirteos, el partenaire se extralimitara y descubriera la verdadera naturaleza de su sexo. Dejando aparte a su odontólogo particular, es probable que aquélla fuera la única vez en la que culminara una

verdadera relación homosexual. Al día siguiente, después de emborracharlo, se llevó al amante a visitar el paisaje de la costa…

—¡Estas cerillas de cera hacen que el tabaco huela a velatorio! Ve a la cocina y tráeme los fósforos de madera que encontrarás junto al fogón.

Perpleja, Nora obedece. Junto al fogón, del que todavía emana el calor de los rescoldos, no hay ninguna caja de fósforos. Sólo un enorme y displicente gato de ojos rojos que ni se inmuta ni ronronea cuando Nora lo acaricia. Una jaula vacía comparte el hule de la mesa con una jarra rota y un tenedor. Al volver sobre sus pasos, Nora tropieza con un barreño y los reflejos del agua oscilan en el techo y en las paredes. Todo le parece irreal. De pronto, no sabe dónde está ni cómo ni por qué ha llegado hasta allí. Ante la portezuela abierta de la jaula vacía, alguna que otra pluma amarilla y unas reveladoras gotitas de sangre delatan que el gato se ha comido al canario. Trinchado en el tenedor hay un trozo de manzana asada y, a través de la jarra rota, se dilatan y distorsionan los cuadros blancos y ocres del hule. Estos nimios detalles cobran desmesurado tamaño y relevancia a ojos de la joven y, cuando regresa ante la bruja de humeante cachimba, se siente tan empequeñecida como la Alicia del País de las Maravillas ante la oruga fumadora. Como en el libro de Carroll, la oruga podría preguntarle a Alicia: «¿Quién eres tú?» y, como la Alicia del libro, Nora podría responder: «Esta mañana, lo sabía. Ahora, no lo sé», o algo parecido. Tal es el grado de confusión mental en el que se encuentra inmersa.

11

Sin que medie ningún influjo mágico y mientras espera a Nora, al remover las cenizas de la chimenea, Massaní ha encontrado restos medio quemados de un cuaderno de tapas de cuero. Palabras chamuscadas han sobrevivido al fuego. Un fragmento de página se le queda entre los dedos: «…Nora jura…para siempre…». ¿Qué es lo que, supuestamente, Nora jura para siempre? Del cuaderno se desprenden pavesas, mientras Massaní lo hojea a la caza y captura de reveladoras intimidades. No tarda en toparse con una mención al Krakatoa: «Situado entre Java y Sumatra tiene violentas erupciones en serie —había dicho Nora citando un texto que, en su adolescencia, había propiciado una estrambótica interpretación—: Java y Sumatra eran dos piernas de mujer y las erupciones repetidos orgasmos». El nombre del volcán aparece escrito con la letra de Nora. No cabe duda. Las *kas* del Krakatoa coinciden con la *k* de Nueva York en la nota que le había dejado en la pensión de la rue des Écoles: «Voy a casarme con un hombre que vive en Nueva York». En fulgurante visión, las palabras relampaguean en el aire. A Massaní le ofende que Nora comparta con Frederica sus Krakatoas, pero más doloroso le resulta que le dedique a ella el mismo arrebato pasional que le dirigiera a él: «Aunque fueras el diablo, quiero abrasarme otra noche en tus brazos». El fuego, que caprichosamente ha respetado la frase en el papel mordisqueado por las llamas, arde ahora en las vísceras. Padeciendo los enamorados idéntico estado de obnubilación, es consecuente que utilicen con frecuencia el mismo repertorio en distintos enamoramientos. Pero la volubilidad de Nora a la hora de enamorarse desquicia a Massaní. «Me gustas y me has hecho sentir lo que ningún hombre había conseguido hacerme sentir. Ni con Conan, ni con Jan, ni con ningún otro ha sido igual —le había dicho—. Pero lo de Frederica es muy diferente. Más diferente de lo que puedas suponer», añadía y el eco de sus palabras adquiría en la distancia sarcásticas resonancias. ¿Qué

suponía ella que él no pudiera suponer? En cualquier caso, los restos chamuscados de la agenda dejan escaso margen para las suposiciones: «…montre ta chatte… glisse ta main… suce ma bite… écarte tes cuisses…».

Sensaciones contradictorias vapulean y aguijonean sus sentidos, los voltean en juegos malabares en los que el deseo se convierte en sufrimiento y el sufrimiento en inconfesables deseos y, ¿por qué no?, oculto goce. Si las caricias de Frederica suscitan en Nora los mismos estremecimientos que le provocan las de Massaní, ¿qué mal hay en ello? ¿Acaso los enamorados no debieran deleitarse con lo que para el ser amado es fuente de placer? ¿O quizá el enamoramiento es la más mezquina expresión del amor? Desde los más secretos recovecos de la mente hasta el más recóndito rincón del cuerpo, la posesión total de la persona amada es el monstruoso objetivo de los enamorados. El egoísmo y las anteojeras que escamotean el entorno son la consecuencia. Los recuerdos del horror del mundo y de sus guerras, los quehaceres y afectos cotidianos se hacen a un lado para que una turbulenta nebulosa se cierna y descienda sobre el individuo y haga de él su indefensa presa.

Una noche, en Varsovia, a veinte grados bajo cero y a cuarenta kilómetros de la ciudad, experimenté algo junto a un lago helado que escribí en su momento y transcribo ahora: «No hay nada como no estar enamorado. Es el mejor estado al que una persona puede aspirar. Comprendí que nunca había contemplado el agua helada con tanta serenidad. El hielo compacto no permite espejismos. Ni de cielo, ni de nube, ni de árbol, ni de montaña. El reflejo de ningún rostro altera su superficie. Ninguna reflexión, ninguna mirada, interrumpe su quietud ensimismada».

En su estado de morboso ofuscamiento amoroso, Massaní se dispone a encender el fuego para quemar las palabras que le atormentan sin reparar siquiera en las que hacen referencia al supuesto asesinato cometido por Frederica: «… cayó como un pelele… braceaba en el aire como un polluelo que aprende a volar…». El fuego no ha dejado concluyentes pruebas, pero sí constancia de que la presunta asesina estaba en el lugar del presunto crimen y refrendaba su presencia con una inconfundible muestra de sorna cruel. Pero, en esos momentos, poco le importa a

Massaní si Frederica ha empujado o no a un amante o dos al borde de un acantilado, sólo pretende hacer desaparecer las alusiones a la relación de Nora con su amiga. No quiere utilizar la agenda como arma arrojadiza que, a modo de búmeran, podría volverse contra él. Renuncia a reprochar algo que le duele y avergüenza más que a ella. Sólo desea borrar el testimonio de una pasión que le precede para poder suponer, contra la evidencia, que todo sucede por vez primera. Pero, apenas prenden las primeras llamas, un aleteo desordenado las altera y de la chimenea surge de repente la lechuza blanca que arrebata con sus garras la agenda de manos de Massaní y escapa a trompicones por el hueco de las escaleras que conducen al desván. Sin recuperarse de la estupefacción, el hombre la persigue y sólo logra alcanzar a ver por el ojo de la claraboya la calavera de la luna y su parpadeante cohorte de luciérnagas.

Por su parte, Nora cree ahora que viaja en un tren y el revisor la observa por la ventanilla con un catalejo como si fuera la Alicia de *A través del espejo*, libro que ha leído a la edad en la que todavía los libros, cuando se leen, se sueñan. «Te has equivocado de dirección», le avisa el revisor. Sentado en el asiento de enfrente hay un viajero vestido de papel blanco que se parece vagamente a Jan y le advierte que una joven como ella, aunque no sepa quién es, debe saber adónde va.

—La magia perdida vuelve al lugar de origen. A las flores y a los animales —sentencia la vieja bruja—. Las flores utilizan la magia para engañar y seducir —prosigue, y el hombre vestido de papel blanco emite un chasquido aprobatorio—. Seducen por su obscenidad y belleza y engañan con sus ocultas y promiscuas intenciones. Ni nos ven ni nos oyen. Para ellas, somos poca cosa. Ocasionales portadores de aromas y polen a no confundir con el polvillo que desprende el ala de las mariposas disfrazadas de flor. Ellas pertenecen al mundo animal y los animales son inocentes. A diferencia de las flores, que viven para que las vean y las huelan, los animales tienen mirada y olfato y están dotados de sinceros sentimientos. Ellos son como yo. Tú eres como ellas. Mimada y egoísta, sólo piensas en ti.

—Si no sabes adónde vas, será mejor que te bajes de este tren —

interviene el viajero vestido de papel blanco que habla como si fuera Jan.

La intromisión no agrada a la vieja bruja. Con su mano descarnada de abultados nudillos y torcidos dedos, lo apresa, lo estruja y, alzando el faldón de la mesa camilla, lo echa al brasero. En ese momento, Nora vuelve en sí. Aunque perdura el estado de duermevela.

—No hagas caso de lo que hayas visto y oído, estabas dormida —le informa la bruja—. Mi gato produce somnolencia cada vez que lo acarician a contrapelo. ¿Qué me estabas diciendo?

—Tengo miedo.

—Como el canario del gato.

—Sí —admitió Nora.

—Pues no vivas encerrada en ti misma y echa a volar.

—Frederica es un ave de presa y me perseguiría hasta cazarme como a un… jilguero.

—¿Por qué un jilguero? Podrías haber dicho un canario, como el que se comió el gato.

—Porque a los canarios se los come el gato y a los jilgueros se los lleva el gavilán…

—También decías que tu amiga era una mantis religiosa y te tenía atrapada entre sus patas para devorarte.

—Es una mantis.

—Pero ahora es un ave de presa y tú un jilguero. El caso es que, ave de presa o mantis religiosa, podrías escapar pero no quieres. Estuviste en Oslo y regresaste a París en lugar de volar a Nueva York, ¿por qué lo hiciste?

—¿Quién te lo dijo?

—Ella.

—¿Y qué más te dijo?

—Que te horroriza casarte con un escribiente que te confunde con su tintero.

—¿Un escribiente?

—O un escritor, si lo prefieres.

—¿Su tintero?

—Donde moja su pluma en tu sangre, como todos los que viven de eso, ¿o conoces alguno que no sea un vampiro?

—¿Y qué más te dijo?

—Me dijo que no te dijera lo que te voy a decir.

—Dímelo.

—Que el hombre que está contigo morirá y tú te acostarás con su mejor amigo.

—¿Su mejor amigo? ¡Qué tontería! ¡Ni siquiera lo conozco!

—Lo conocerás.

—Aunque llegue a conocerlo, nunca me acostaré con él.

—Te acostarás.

—¿También te lo dijo ella?

—Te lo digo yo. Y también te digo que Frederica no es una asesina y que no puedes vivir sin ella. Por eso estás aquí.

—Te equivocas. He venido a buscar la agenda en la que cuenta cómo, después de emborracharlo, empujó a un hombre desde lo alto de un acantilado para que cayera al mar y se ahogara. Y no era la primera vez que una cosa así le pasaba por la cabeza.

—¿Y a quién no le pasan por la cabeza cosas así? Sólo era una fantasía más para impresionarte. Es inútil que busques la agenda. Sabía que vendrías y me pidió que la quemara.

—¿Y lo hiciste?

—Sí.

—Eso demuestra que era culpable.

—Eso demuestra que también las fantasías arden y, con ellas, las promesas de amor eterno y tu juramento de guardar para siempre el secreto.

—Su secreto.

—Tu secreto. Sólo con ella has sentido algo parecido al amor, sólo a ella te has entregado verdaderamente, sólo ella ocupa tu mente todo el tiempo, sólo ella es la dueña de tus actos. Confiésalo.

—Y, si así fuera, ¿cómo podría liberarme?

—Bebe de su vaso y sacia tu sed.

Al comprobar que Nora no regresa, Massaní decide ir a su encuentro. Dentro del recinto de la finca, camuflada entre setos sin podar, con su

techumbre de *chaume*, sus paredes de tierra remendadas con madera y sus contraventanas cerradas a cal y canto, la vivienda del guardés parece deshabitada. Sin mucha convicción, Massaní llama con los nudillos. Un gruñido amenazador le responde y alguien, o algo, embiste la puerta tratando de abrirla o derribarla con tal violencia que, humano o animal, se trata sin duda de una criatura desesperada y corpulenta. Cuando el gruñido se torna en aullido desgarrador, se pone de manifiesto que nada hay de humano, aunque lo sea, en la criatura encerrada. Massaní retrocede cauteloso y se percata entonces de que, en confluencia con el haz de la luna que se desliza del cielo, asciende un hediondo olor. Proviene de la cuadra contigua. Se acerca y se asoma con aprensión. Sobre un taburete derribado y una botella vacía, el cadáver putrefacto del guardés pende de una viga. Diríase que su muerte ha pasado inadvertida o nadie se ha molestado en descolgarlo. La escuálida vaca yacente al fondo del establo alza la testuz y, al son de su cencerro, le dirige una implorante mirada.

A Massaní los muertos no le impresionan. El olor, sí. No soporta el olor de las flores marchitas, ni el de la tierra revuelta en la profundidad de zanjas, tumbas o trincheras, ni siquiera el de la lluvia en la hierba. En la tregua de las batallas, cuando las bombas y las balas cesan, del silencio emanan hálitos pestilentes que invaden el pensamiento y ensombrecen el alma. Es como si el aliento de la muerte transmitiera a los vivos el hedor de un maloliente más allá. ¿Habría visto Nora ese espeluznante colgajo humano? ¿Habría huido a París aterrorizada? Se sorprende a sí mismo constatando que la supuesta fuga de la mujer le deja indiferente. Diríase que el olor que la muerte exhala le provoca un repentino desapego de la futilidad amorosa. ¿Qué sentido tienen los fuegos fatuos en un incendio? Recuerda vivos a sus compañeros muertos y el olor a muerte impregna sus recuerdos, emana de las imágenes de los campos de exterminio, que él sólo conoce a través de testimonios gráficos, pero también aflora de la vida cotidiana, eso que llaman normalidad. La pestilencia que el guardés ahorcado despide se propaga y expande como una fétida niebla que abarcara cada gesto, cada acto, hasta el más íntimo sentimiento. En realidad, la sola idea de que los ya nacidos y aquellos por nacer vayan a pudrirse sobre o bajo tierra da al traste con cualquier mundana

escapatoria. El idiota enamorado sufre una inesperada transformación. Sin equipararse a san Francisco, confraterniza con la vaca de melancólica mirada y con las moscas de la carroña en una espontánea fusión que el olor a putrefacción propicia. De repente, un ruido de cristales rotos le hace volver la cabeza y ve una hirsuta masa peluda de cuatro patas salir expelida por una de las ventanas y desaparecer aullando en la noche.

«Todo viene de la mierda y a la mierda se va», prometió a sus amigos Albert Camus que diría en la ceremonia del Nobel. Pero se arredra y no lo dice. Guillermo IV aplaude el discurso en Estocolmo y Arlette se lo lee a su gato en su apartamento de la rue Soufflot. El ruido de una taladradora en el empedrado hace que sólo se oigan fragmentos descabalados: «… evitar que el mundo se deshaga… revoluciones fracasadas… tecnologías demenciales… dioses difuntos… gobernantes mediocres… reconciliar el trabajo y la cultura… vivir y morir con dignidad…».

Finalizada la plática, el gato se duerme en el regazo de su ama que, para no despertarlo, permanece sentada y piensa, de improviso, en Massaní. El haber comparado su mirada con la del capitán Ahab no le impide encontrarle ahora cierto parecido con Camus que, por cierto, solía bromear con ser una mezcla del actor cómico Fernandel y del Humphrey Bogart de *El sueño eterno*. También, a ratos, decía sentirse como si fuera Toshiro Mifune, el mítico samurái de Akira Kurosawa. Dos años después, el coche en el que viaja se estrella contra un árbol y lo convierte definitivamente en una foto en blanco y negro que nos deja la impronta de un rostro noble con un cigarrillo encendido y una mirada interrogadora. Resulta curioso comprobar cómo la imaginación moldea o desdibuja con persuasiva ligereza los rostros de los ausentes y nuestro recuerdo se hace maleable en la memoria hasta que la fotografía lo fija para siempre.

Todos somos fantasmas en la distancia y, en ocasiones, sólo un gesto perdura en el aire, como la recurrente sonrisa del Gato de Cheshire, cuya cabeza, por cierto, al desaparecer el cuerpo, ningún verdugo podría cercenar. Eran tiempos en los que el gorila de la canción de Brassens

todavía seguía sodomizando a los jueces que cortaban cabezas en una Francia donde se torturaba y guillotinaba. Mientras las cloacas apestan y burbujean, la normalidad no altera su curso salvo cuando Françoise Sagan se sale de la carretera y, tras cuatro vueltas de campana por un descampado, queda atrapada en las garras de chatarra de su Aston Martin con el manuscrito ensangrentado de su tercera novela entre sus brazos y el cráneo fracturado. La novela se titula *Los párpados muertos* y, al salir del coma y abrir los suyos, el dolor de estar viva es tan insoportable que le inyectan morfina para que vuelva a cerrarlos. Le sobreviene un placentero estado en el que, a sus veintidós años, la muerte se le antoja deseable. Pero opta por la vida. Las fracturas y la conmoción cerebral no dejarán secuelas. La morfina, sí.

Aquel mismo año, Humphrey Bogart muere en su domicilio de Los Ángeles, pero Arlette se cita con él en el cineclub del Quartier Latin y lo encuentra como siempre. Mejor que nunca. No ha dejado de fumar y no dejará de hacerlo ni envejecerá jamás. Ella, en cambio, que acaba de cumplir veintitrés, ya experimenta el vértigo de su fugaz reflejo en el cristal de los escaparates y la aprensión de los días que se le escapan. Ni siquiera sus horas de recepcionista en la antesala del dentista ralentizan los minutos que para los pacientes, boquiabiertos en el sillón, devienen interminables. El tiempo es un paisaje que pasa a velocidad creciente y su aceleración no cesa ni cuando, con su aquiescencia, Gegé le rapa el pubis y la cabeza como a las francesas que durante la ocupación se han acostado con alemanes y, meses después, ella tiene la sensación de que todo ha sucedido ayer y el pelo le ha vuelto a crecer al día siguiente, como si los mechones trasquilados siguieran en el suelo esparcidos a sus pies mientras sus dedos surcan la melena. Bajo la influencia de *La educación de Laura* del marqués de Mirabeau, se presta a éste y a otros juegos creyendo que la exoneran de las aflicciones de la vida. Desde los doce años es una compulsiva lectora y, al acabar las clases del liceo, se refugia en las bibliotecas y sus nichos de escritores muertos para tratar de retrasar el momento inevitable de volver a casa, donde sus padres acaban utilizándola como pelota de pingpong en sus feroces trifulcas conyugales. Pero ni el tejer y destejer palabras, como si un libro fuera el tapiz de Penélope, ni el simular sumisión para que Gegé juegue con ella, cuando

es ella la que juega con él, le sirven de subterfugio para eludir la realidad ni impiden que los latidos del minutero refrenen las pulsaciones. La literatura es un bosque frondoso, pero sus matorrales y ramajes no detienen el viento que la lleva. Sólo Massaní se le antoja una centenaria encina a la que abrazarse cuando arrecia la tempestad. Recíproca paradoja, ya que durante el paseo por el cementerio bajo su paraguas rojo, era él quien le atribuía a ella el poder de acompasar el paso para que el acontecer no se trocara en recuerdo al andar. Pero Massaní está con otra mujer y Arlette abraza, en su lugar, una edición numerada de *In Our Time* de Hemingway, editada por Ezra Pound en 1924, que ella considera su piel de zapa. Ese trozo de cuero mágico que Balzac encontró en una imaginaria tienda de antigüedades y que concede todos los deseos a cambio de abreviar la vida.

12

Nora vuelve a la casa donde cree que Massaní la espera, pero Massaní no está. Enciende la luz, remueve los rescoldos de la chimenea y es ella la que se sienta a esperar. Su reloj se ha parado y no tiene noción del tiempo transcurrido. Por las contraventanas entornadas, entra difusa la claridad del amanecer. Apenas recuerda lo que ha pasado. Sospecha que entre los pelos del gato hubiera polvos de esa droga colombiana que, cuando la respiras, te hace perder la conciencia y te vuelve dócil como un corderillo. Los delincuentes suelen soplarla a la cara mientras, con cualquier pretexto, despliegan ante tus ojos un mapa y, a partir de ese momento, hacen de ti lo que quieren sin que opongas resistencia. Te violan, te roban y te dejan tirada. Les has obedecido en todo y no te acuerdas de nada. Pero ¿qué interés podría tener la vieja bruja en sumirla en tal estado? Ni le ha abierto el bolso ni le ha cobrado la consulta. No es difícil deducir que Frederica es la inductora y es fácil imaginar las intenciones: sonsacarle secretos propósitos, que ni ella conoce, e influir en decisiones que también desconoce. A todo esto, se pregunta adónde ha ido Massaní y por qué no vuelve. Cae en la cuenta de que podría estar en el dormitorio. Y allí lo encuentra. Dormido en la penumbra de la habitación cerrada. Boca abajo sobre la colcha y con los zapatos puestos. Al pronto, le irrita el comportamiento del amante guardaespaldas que duerme a pierna suelta sin preocuparse por su tardanza y se dispone a sacudirlo para despertarlo. Pero, al acercarse, le asalta el pánico: el hombre de la cama no es Massaní. Viste un traje elegante y calza zapatos nuevos. Nora no puede reprimir un grito y el hombre se incorpora. Es Massaní. Se ha puesto el traje y los zapatos del desván, porque había entrado en la cuadra para descolgar el cadáver y su ropa olía a muerto, explica.

—¿Qué cadáver? —pregunta Nora.

—El del guardés que fuiste a visitar.

—Te queda muy bien el traje, parece hecho a la medida. ¿Qué dices del guardés?

—Lo encontré ahorcado en el establo —informa Massaní—. Hay que avisar para que lo entierren antes de que se declare una epidemia. ¿Dónde has estado?

—¿Me creerías si te dijera que no lo recuerdo?

—¿Me creerías tú si yo te dijera que la agenda que buscabas se la llevó una lechuza blanca?

—Tampoco. Quítate ese traje, pareces otro.

—Habías dicho que me quedaba bien.

—Te queda bien, pero eres otro.

—¿Mejor o peor?

—No lo sé. Pero el que baste un traje para que alguien deje de ser el que era, me da miedo.

—Pues al guardés le ha bastado una corbata para dejar de ser lo que era.

—Te recuerdo, además, que éste es el traje del hombre al que Frederica tiró por el acantilado.

—Y, antes de morir, tuvo la delicadeza de dejarlo en el perchero. Me pregunto si la víctima iría desnuda al paseo…

—En chándal y zapatillas para montar en la bicicleta de dos sillines en la que, ella y yo, íbamos a la playa de Veules-les-Roses y, ahora que lo pienso, podríamos, tú y yo, ir pedaleando hasta el lugar del crimen.

—¿Con el traje de la víctima? Lo siento, no me arriesgaría a dar un paso contigo por ningún acantilado. Será mejor que cojamos el coche y volvamos a París, mi amigo me espera para empezar a trabajar.

—Si trabajas con tu amigo, dejarás de protegerme.

—Puedes venir con nosotros y te protegeremos los dos. Rida es un gigante fuerte y discreto.

—No quiero conocerlo y no estoy dispuesta a esperar en la carretera mientras instaláis tuberías. Mi guardaespaldas eres tú, no lo olvides, y te pagaré para que me acompañes a esos sitios donde no hemos estado nunca.

—No aceptaré vivir con el dinero de Jan.

—Es mi dinero.

—Tampoco quiero tu dinero.

—Me casaré contigo, lo mío será tuyo y tú me comprarás una sortija barata de compromiso.

—No he comprado una sortija barata, sino una pulsera cara con dos iniciales grabadas para que recuerdes lo que duran tus compromisos.

Para sorpresa de Nora y con aires de prestidigitador, Massaní se saca del bolsillo la pulsera de oro que le vendió Baranton.

—¡Así que tú eres el ladrón que me la robó!

—Digamos, más bien, que fue ella la que te dejó cuando me conociste, pero decidió volver contigo al ver que, sin ti, el mundo era peor.

—Déjate de tonterías, ¿dónde la encontraste?

—Se la compré a Barantón, que la tenía secuestrada en su caja fuerte después de embaucar al hombre que la pescó en las cloacas.

—Gracias, ¿cuánto te costó?

—Nada que no puedas pagar al contado contándome la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿Dónde estuviste mientras yo te buscaba?

—Querrás decir mientras dormías y soñabas que una lechuza blanca se llevaba la agenda y tú descolgabas a un guardés ahorcado en su cuadra.

—No dormía, estaba despierto, y no miento. Era la misma lechuza que vimos en el desván y, si te acercas a la cuadra, podrás oler a muerto.

—De acuerdo. Hagamos un pacto. Te creo si me crees. Fui a ver a una amiga de Frederica que vive al otro lado de la carretera y es bruja como ella. Pero debió de drogarme y no recuerdo lo que pasó. Sólo dos o tres cosas que me dijo y a las que no hago ningún caso.

—¿Qué cosas?

—Dime primero qué decía esa agenda que, según tú, se llevó la lechuza.

—Estaba medio quemada, pero algo pude leer. ¿Qué dijo esa bruja de mí?

—Que me dejarías para volver a España a luchar en la guerrilla —miente Nora, y la mentira impresiona vivamente a Massaní.

No porque crea en augurios sino porque remueve su conciencia y acrecienta su culpabilidad. Otros han vuelto y resisten en las montañas, mientras él pierde el tiempo en amoríos de adolescente. Por su parte,

Nora es consciente de que su mentira es una maldad y se arrepiente, pero se resiste a contar lo que dijo la bruja: que él moriría y que ella se acostaría con su amigo. Venenosa predicción insuflada, sin duda, por la lengua bífida de Frederica.

—Bésame —propone repentinamente.

—Si te besara con este traje, tendrías la sensación de estar besando a otro.

—Pocos hombres tienen esa oportunidad. Experimentar lo que siente una mujer besando a alguien que no es él…

Massaní la besa como si fuera otro y siente celos de sí mismo al sospechar que ella le está besando como besaría a un supuesto desconocido. Pero el juego no va lejos. Ella se separa y le habla sin rodeos.

—Si de verdad leíste la agenda, ¿por qué no me estrangulas como lo intentaste en la pensión?

—Porque ya no me importa lo que hiciste o dijiste antes de conocerme, aunque juraras amor eterno y dijeras las mismas cosas que me dices a mí. Todo es una farsa, ¿no te parece? Repetimos las mismas mentiras a los que necesitan oírlas y acabamos creyendo en nuestros sentimientos porque necesitamos olvidar que estamos solos. Yo, como tú, soy el único que soy yo en este mundo y eso es lo que, de verdad, da miedo, ¿o no?

—Cuando alguien se enamora, ¿qué más da que sea mentira o verdad? Ya no estás solo. ¿Adónde crees que la lechuza puede haber llevado la agenda?

—Alimentará con ella a sus polluelos.

—O puede que la haya dejado caer en algún lugar del jardín.

—No te preocupes, se pudrirá antes de que nadie la encuentre. Como el cadáver del guardés.

En las inmediaciones de la estación de Reuilly, Eustache y Didier recorren los raíles haciendo equilibrios, mientras el viejo rastreador de basuras y alcantarillas recoge el carbón de la vía y la lechuza de blanco plumaje surca fantasmal el cielo de desmadejadas nubes cuando, aturdida por el fragor del expreso París-Nimes, abre las garras en un acto reflejo y

deja caer la agenda entre las traviesas. Embobalicados por el majestuoso vuelo del ave, Eustache y Didier tropiezan el uno con el otro, caen fuera de la vía y salvan la vida. Pero el viejo tarda demasiado en meterse en el bolsillo la agenda en la que Nora jura amor eterno a Frederica y es arrollado por la misma locomotora loca que causaría la muerte de veintitantas personas, entre Nozières-Brignon y Fons-Saint-Mamert, al descarrilar a noventa por hora.

Cumpliendo la última voluntad, Baranton echa las cenizas del viejo y de la agenda en la confluencia de las aguas del alcantarillado con las del Sena. Donde, cuatro años después, flotarían los cadáveres de la matanza de París arrojados desde el puente de Saint-Michel.

Mientras conduce, Nora pide a Massaní que pase todas las noches con ella.

—¿Y luego?

—¿Luego?

—Cuando vaya a trabajar y te quedes sola…

—Buscaré otro guardaespaldas durante el día, ¿o tienes otra solución?

—Que cites a Frederica en tu estudio y se encuentre conmigo, sólo conmigo, mientras tú me esperas en la taberna de Baranton.

—¿Para matarla?

—Hablaré con ella de hombre a hombre —chancea Massaní.

—¡De hombre a hombre! —exclama ella—. Te equivocas, nadie es hombre o mujer por tener o no tener determinados órganos sexuales entre las piernas. Frederica no es un travestido, sino una mujer. Una mujer vampiro, eso sí. Como la Lamia de la mitología, mitad mujer y mitad serpiente. Seguramente, no habrás oído hablar de nada parecido. Yo tampoco, hasta que tu amiga Arlette nos leyó un poema en la antesala de Gallet y se enfadó porque Frederica y yo nos echamos a reír. Pero, en el fondo, Frederica se sintió aludida y halagada. De hecho, me propuso que, en la intimidad, la llamara Lamia, ¡una cursilería digna de Jan! Tú nunca me hubieras propuesto una cosa así.

—No.

—Y, sin embargo, me llamas Nora, como él me llama, a pesar de saber

que me llamo Ingrid. Y yo, de vez en cuando, te llamo Holmes, aunque no te guste y sea un personaje que no se parece en nada a ti. Pero, a veces, cambiar de nombre es un poco volver a nacer.

—En el cuartelillo de la Guardia Civil, a veces, sí.

—Cuartelillo suena a guardería infantil, ¿por qué ese diminutivo afectuoso para un espantoso lugar? Es como llamar celda a un sitio del que no puedes salir. ¡Celda!, ¿no parece un nombre de mujer? Claro que esposa es todavía peor. En cambio, me gusta novia, ¡es tan español! ¿Cómo se llamaba tu primera novia, Holmes?

—No lo sé. No lo recuerdo.

—Me gustaría ver su nombre en tus labios para compararlo con el mío cuando lo susurras como si me estuvieras delatando en uno de esos cuartelillos de la Guardia Civil…

—Conduces demasiado rápido y te acabas de saltar un stop.

—Porque alguien nos sigue.

—Nadie nos sigue, será preferible que conduzca yo.

—Te doy miedo porque conduzco rápido y hago preguntas a las que no quieres responder, y eso es, precisamente, lo que me da miedo de ti. Vives escondido y nunca llegaré a conocerte. Ya ves, ¡ni siquiera te atreves a pronunciar un nombre!

—Primero, quieres que te diga un nombre. Después, querrás saber lo demás. Quién era, cómo era, si nos queríamos, si me dejó ella a mí o yo a ella. O si la fusilaron porque no dijo mi nombre en un cuartelillo de la Guardia Civil… Además, nunca tuve primera novia, siempre fue la última, como tú. Hay, incluso, alguna a la que nunca llegué a conocer. La vi tras el cristal de la ventanilla de un vagón cuando el tren en el que yo iba se detuvo un instante en el cruce de vías y ni siquiera estoy seguro de que ella me viera a mí. Aunque no me creas, ése fue mi primer amor.

—Te creo.

En ese instante, como en el accidente de Françoise Sagan cerca de Milly-la-Forêt, el coche que Nora conduce derrapa, rueda fuera de la carretera y, tras varias vueltas de campana, se estrella contra el único árbol del descampado.

13

Más de un mes después, Massaní sale del coma y de la nebulosa emerge una desconocida que, reclinada sobre él, le interroga acuciante: «¿Eres tú?». La irrupción de la dama le resultaría tan extemporánea como la pregunta si no fuera que nada es raro cada vez que uno vuelve a la realidad. No recuerda lo sucedido salvo, en un momento dado, la sensación de flotar fuera de sí mismo y verse desde arriba rodeado de cuerpos inmóviles bajo sábanas blancas. Por lo demás, una densa y plácida oscuridad le invade hasta que otra voz le llama por un extraño nombre conminándole a despertar: «Osvaldo, despierta, vamos, despierta, Osvaldo». Es una voz de mujer que reverbera como si resonara en la oquedad de un sótano o en la cavidad craneal. A veces, siente el contacto de una mano en el antebrazo, presión o presunta caricia, tan distante que más le produce desaliento que consuelo. Poco a poco y de repente, el dolor se insinúa y brota, se adueña primero de la nuca y se extiende después, se ramifica por los brazos y las piernas, como un árbol que crece, y se hace más intenso en el tronco conforme le retiran tubos que lo mantienen aprisionado. No todos. Una sed insoportable le abrasa la tráquea. Necesita agua como un ávido vegetal. Que le lluevan, que le rieguen, que le escupan o que le meen. «No debemos darle de beber, Osvaldo», le advierte la presunta voz de una presunta enfermera. Massaní trata de decir algo, pero la sequedad de la boca y la confusión mental le impiden pronunciar palabra. Ha perdido la noción del tiempo, y la noche y el día se pueblan de luces caprichosas o pitidos intermitentes y voces que van y vienen o visiones de estrambóticos animales que pasan silenciosos por el techo. De repente, la primera desconocida clama: «¡Este hombre no es mi marido!». Aunque haya tardado en verificarlo el tiempo justo en que el interfecto dio síntomas de vida, tiene razón. Aunque aquel hombre calzara unos zapatos que ella había comprado a su marido, vistiera un traje de su marido y, en el bolsillo interior de la chaqueta,

hubieran encontrado la carta de identidad de su marido, no era su marido.

Desaparecido misteriosamente, Osvaldo Le Chambon salió un buen día a jugar al golf y no volvió. La mujer pretende que Massaní lo ha matado y, tras presentar una denuncia que la policía acoge con tanta suspicacia como indolencia, encarga el caso al inspector Larousse, un petimetre orgulloso de ostentar tan enciclopédico apellido, al que conoce casualmente en los pasillos de La Salpêtrière. El susodicho inspector, tras recibir un anticipo para gastos y a la espera de poder interrogar al paciente, saca sus propias conclusiones: ningún asesino se viste y calza con la vestimenta delatora de su víctima, salvo que quisiera hacerse pasar por el interfecto de manera eventual y ante desconocidos, extremo que el perspicaz inspector descarta para colegir sin ambages que Massaní no es el asesino sino, si acaso, el asesinado. Es más, tras conocer a madame Le Chambon, presupone también que el propio esposo haya sido el artífice de su presunto asesinato. Cualquier estrategia le parecería buena con tal de sobrevivir en vida a su viuda.

El fantasioso sabueso opina que para descubrir la verdad hay que empezar por inventarla. Ya que la realidad trastoca las apariencias, poco importa partir de lo improbable para descubrir lo verdadero. Aunque las huellas del volante y un zapato de tacón indicaran que era una mujer la que conducía el coche siniestrado, Larousse no descarta que se trate de otra artimaña de Le Chambon y que fuera él quien condujera para, llegado el momento, saltar del coche y provocar el accidente.

Pero era Nora, y no Le Chambon, la que conducía el Ford Vedette 8cl 60hp alquilado hacía meses por un tal Jan Lindgren, y, sin estar prevenida, saltó al arcén cuando, con un desgarrador maullido y haciendo añicos el cristal parabrisas, un gato se le vino encima. ¿O era un enorme perro de escalofriante aullido? Por increíble que parezca, eso es lo que Massaní creyó oír y ver antes de que el golpe le arrebatara la conciencia.

Pero, ¿qué fue de Nora? ¿Dónde ha ido a parar tras rodar por el arcén? ¿Por qué no había ni gato ni perro muerto entre los despojos del coche accidentado? ¿Para qué Jan Lindgren, escritor residente en Nueva York, alquiló un coche que personalmente no pensaba utilizar? Ni la editorial

de su último libro ni la compañía de seguros conocen el paradero actual del escritor que, antes de hacer mutis, ha publicado un brevísimo relato en *The magazine for men* de la revista *Esquire*. El relato consta de una única frase: «El hombre invisible y la mujer invisible se gustaron nada más verse».

Rida trabaja en las afueras de París y regresa cada noche a dormir al callejón sin salida de la Gare de Reuilly. Supone que su amigo le ha dejado plantado por la noruega y no le perdona que lo haya hecho sin decírselo. No es una cuestión laboral, afecta sobre todo a la amistad y a la palabra que ha dado a su patrón. Resulta extraño, eso sí, que Massaní no se haya llevado consigo sus enseres personales para tan prolongada ausencia. Algo no concuerda. Por otra parte, de haberle sucedido alguna desgracia, tanto Baranton como él se habrían enterado. Ningún inmigrante se mueve en Francia sin el permiso de residencia. Sobre todo cuando, por su físico, pudiera tratarse de un argelino. Es decir, un terrorista en potencia. Ésa es la paranoica sospecha que sustenta madame Le Chambon, a quien el inspector Larousse ha dado en llamar madame Le Chameau por su altivez y corpulencia. Él, en cambio, es un hombrecillo vivaracho y locuaz cuya proverbial pulcritud en el atuendo contrasta con un sobresaliente abdomen y una precaria estatura. Desde luego, la antigüedad de la cicatriz de bala en la rodilla de Massaní no certifica precisamente que fuera un terrorista. Por lo demás, el coma no ha dejado más secuelas que una leve sombra en el ángulo de visión del ojo izquierdo y una amnesia pertinaz. Massaní no sabe quién es, ni dónde está, ni qué ha pasado. Recuerda, sin embargo, pero no lo cuenta, que su primer amor se llamaba María y que, cuando lo apresaron para fusilarlo, ella se acostó con un italiano que le facilitó la fuga. Y, desde entonces, no ha parado de fugarse. De sí mismo y del recuerdo de la chiquilla que entregó su cuerpo al enemigo a cambio de una huida que lo convierte en un cobarde desertor. No la volvió a ver y la imagina, no sabe por qué, tras la ventanilla de un tren que se cruza con el suyo por vías paralelas y en direcciones opuestas, provocándole ráfagas de humillación y arrepentimiento. Ella tenía dieciséis años, la misma edad que tenía él

cuando la conoció y la misma del muchacho al que le quitó las botas y mató de un tiro en la cabeza. Nunca se calzó esas botas. La herida de la rodilla se lo impidió. Pero la otra herida, aquella que le habían infligido para salvarle la vida, más allá de la memoria perdida y de su amor por Nora, perduraba abierta. Al no haber dejado cicatriz visible, en el estado actual del paciente, cabría pensar que pudiera tratarse tan sólo de una dolorosa fantasía. Como diría Larousse, los falsos recuerdos en nada se diferencian de los verdaderos. Salvo si, real o no, el recuerdo es un sentimiento.

El hospital donde está confinado es La Salpêtrière. El mismo en el que Arlette ha trabajado tiempo atrás sin haber podido olvidar a aquel enfermo que huyera en pijama por París para evitar el espanto de convertirse en una lección de anatomía. Mientras Eustache y Didier se sienten abducidos por los ojos de cristal de los pájaros muertos, Arlette baraja las fotografías de ilustres escritores, poetas, actores y pintores tratando de recuperar en sus retratos el vuelo y sentido de la vida. Desde postales del color sepia de las hojas de otoño, la expresión sombría y compasiva de Baudelaire, la turbulenta actitud de Verlaine ante su copa de ajenjo o la melancólica tristeza de un anciano Victor Hugo parecen contravenir todo consuelo. Por su parte, Monet y Stendhal la observan condescendientes y, tras sus quevedos pinzados, Émile Zola mira con paternal benevolencia antes de que Théophile Gautier irrumpa con el aire iracundo de una pose estudiada y Modigliani, vestido de pana y sentado en su estudio con las piernas cruzadas, la escrute como el cazador a su próxima presa. Didier y Eustache comprueban con desolación que, aquella noche, los pájaros disecados les miran pero no vuelan. Tampoco los escritores vuelan ya para Arlette hasta que, de repente, se topa con la mirada de Mallarmé que la ve a ella, en vez de verle ella a él, y de cuyos ojos emanan comprensión y luminosa belleza. No parecen impresos en el papel ni tienen la vidriosa fijeza de los pájaros muertos, sino la ebriedad de la espuma del mar y los cielos del poema.

14

Jan Lindgren, el escritor al que no localizan en su domicilio de Nueva York, está en París. Al no encontrar a Nora en el estudio, se aloja en el Ritz, donde Hemingway, Irving Shaw y Salinger se bebieron el bar del hotel la noche del día de la retirada alemana. Jan desayuna con los fantasmas del Café Flore, antes de presentarse en la consulta de Gallet para preguntar por Nora. Entre los fantasmas muertos, como el de Apollinaire, todavía con la venda en la cabeza por la herida de la guerra del 14, hay algunos vivos y madrugadores, como el de Jacques Prévert, que acaba de comprar un pájaro para el que ha pintado una jaula con la puerta abierta y, en el mercado de chatarra, ha encontrado cadenas para una mujer. Otros, como Picasso o Sartre, no están allí aquella mañana. En mesa aparte, trasnochador y solitario, Jan reconoce a Boris Vian por la foto de contraportada del *Arrancacorazones*, cuya lectura le había suscitado irritación y perplejidad. La misma irritación y perplejidad que experimenta Armand Gallet al comprobar que Jan se ha dejado un bigote a lo David Niven idéntico al suyo. Como dos mujeres en una fiesta con el mismo modelo de vestido, el odontólogo y el escritor confrontan y comparan sus respectivos bigotes. Para Gallet es una provocación, para Jan una fastidiosa coincidencia y para Arlette una divertida circunstancia. No pudiendo reprimir la curiosidad, la joven aplica la oreja al quicio de la puerta e imagina el duelo de los desafiantes bigotes como si lo viera.

—No sé nada de Nora ni de sus glándulas salivares, ¿por qué no le pregunta a mi mujer? —espeta altanero el bigote de Gallet.

Con la mención a las glándulas salivares pretende advertir a su interlocutor de que él no es un vulgar sacamuelas sino un insigne estomatólogo.

—¿Y dónde está su mujer? —indaga impertinente el bigote de Jan.

—Con Nora, pero no sé dónde —contesta expeditivo el de Gallet.

Y Arlette se sobresalta: si Nora está con Frederica, ¿dónde está Massaní?

—¿Cuánto tiempo hace que no la ve? —indaga indiscreto el bigote de Jan.

—¿A Nora?

—No, a su mujer.

—Desde que se fue con Nora —responde el bigote de Gallet.

—¿Y no le dijo cuándo volvería?

—¿Quién, Nora?

—No, Frederica.

—Volverá cuando algo le duela. Cuando algo le duele siempre vuelve a mí.

El odontólogo alza la ceja y el bigote al tiempo en que Jan arquea el bigote y la ceja. Parecen dos bigotes postizos esperando indecisos a encontrar su sitio bajo la nariz.

—Compréndame, Gallet, necesito ver a Nora —arguye el bigote de Jan—. Nos casamos en Nueva York dentro de seis semanas y hace seis que no sé nada de ella.

Inopinadamente, el bigote de Gallet enseña el colmillo derecho en una mueca feroz. Es su gesto habitual cuando empuña el torno.

—¿Ha visto el cuadro de Nora? —inquiere.

—¿Qué cuadro?

—Ese que le hizo a Frederica de cuerpo entero.

—Han cambiado la cerradura y no he podido entrar en el estudio.

—¿De verdad no lo ha visto?

—Hace mucho tiempo que Nora no pinta y, si pinta, no lo sé.

—Júremelo.

—¿Jurárselo? —Jan sonríe sorprendido—. ¿Qué es lo que tengo que jurar? ¿Que hace tiempo que ella no pinta o que yo no he visto lo que pinta?

—Júreme que no ha visto el cuadro de mi mujer desnuda.

—No, no lo he visto. Se lo juro.

—Pues le diré algo que puede interesarle. Nora le está haciendo a Frederica un retrato de cuerpo entero con alguna variante sobre el cuadro que usted no vio y no sabremos nada de ellas hasta que den la

pintura por terminada.

Arlette retira la oreja de la puerta y vuelve a preguntarse: «Si lo que cuenta Gallet es verdad, ¿qué pinta en todo esto Massaní?». Baranton le ha informado de que el español no ha vuelto ni se ha presentado en el trabajo y ella presiente que algo terrible ha sucedido y no le volverá a ver.

Recuperada la conciencia, aunque no la memoria, en bata blanca y zapatillas, Massaní deambula perdido por pasillos y escaleras. La carencia de memoria le vuelve vulnerable a los espíritus que vagan como él entre las paredes de La Salpêtrière. Encadenados, trepanados, torturados, enfermos, hombres o mujeres, locos, prostitutas o delincuentes, víctimas de cruel encierro o asesinados con picos y palos en las postrimerías del Siglo de las Luces, los espectros del pasado exhalan su aliento en cada recodo. A diferencia de los ilustres fantasmas de Saint-Germain-des-Prés, nadie les toca el saxo como Miles Davis a Juliette Gréco ni publica su náusea existencial en Le Livre de Poche. Algunos miembros, piernas, manos, brazos, fetos o cuerpos enteros perduran flotando en frascos o piscinas de formol. Cadáveres numerados, con una papeleta en el dedo gordo del pie, son extraídos de cajones metálicos para ser depositados y destripados en camas como abrevaderos de ganado.

Recuerdo, al respecto, al difunto profesor Piquero que, dos meses antes, había estado impartiendo clases y ahora suscitaba el regocijo de sus alumnos porque, dada su estatura, le sobresalían los pies de la litera metálica a partir de las pantorrillas. Es proverbial la desenvoltura con la que los alumnos de medicina tratan a los muertos. En la morgue de la Universidad de Oviedo se jactaban de su bien abastecido depósito y esperaban la llegada, desde la India, de siete flamantes fiambres más. Se mostraban particularmente orgullosos de una andaluza de veinticinco años que tenía la misma edad a pesar de llevar con ellos otros veinticinco. La muerte no es la muerte para quienes conviven con ella sin darse por aludidos. Por otra parte, la muerte de los muertos es pura

entelequia. Ya que nada dice de la muerte ningún difunto salvo lo que haya dejado dicho en vida. En conclusión, poco se puede saber sobre la muerte con excepción de la previa agonía o del dolor por la desaparición de los seres queridos. Es peculiar la sensación que se experimenta cuando de la persona muerta sólo hemos conocido la imagen que la fama ha difundido hasta conseguir que nos resulte familiar. Cuando murió el actor Gérard Philipe, su juvenil semblante no sufrió alteración alguna en la portada del *Paris Match* clavada con chinchetas en la pared de mi despacho y, sin embargo, desde la jovial expresión fotografiada me advierte permanentemente de que ni él ni yo volveremos a ser lo que fuimos ayer. Una obviedad para la que no se requiere que Gérard Philipe muera cada día. Sabemos, mal que nos pese, que cada instante conlleva un irreversible antes y después. O puede que todo sea una patraña y, en el momento menos pensado, descubramos entre bastidores al director de escena señalando con el dedo corazón enhiesto un cielo de bambalinas, como entreví a Louis Jouvet, burlón y admonitorio, en el estreno de *Le Diable et le bon Dieu*.

Tras el accidente, cuando una maltrecha y aturdida Nora consigue, a duras penas, sostenerse a cuatro patas y vislumbra aterrorizada lo sucedido, dos fornidos individuos la arrebatan en volandas y, sin atender a protestas, la meten en el Citroën Tiburón que conduce Gegé. La llevan a la casa normanda con fachada de cebra dormida. Le quitan las bragas y se las meten en la boca antes de amordazarla y atarle pies y manos a los hierros de la cama. El sádico proceder la hace temer lo peor, pero ni la violan ni la matan. Se van cuando oyen las sirenas de los bomberos que vienen a retirar el cadáver del guardés argelino que, días antes, ellos han asesinado.

Lo peor vendrá después. El pánico y el estado de shock no impiden que Nora piense en Massaní, al que supone muerto. Frederica ha ejecutado sus amenazas y aparecerá en escena para culminarlas. ¿Pretende abusar de ella antes de tirarla por el acantilado? El tiempo pasa. La mordaza le da arcadas y las convulsiones del cuerpo le provocan heridas en muñecas y tobillos a causa de las ataduras. Quizá, en su demencia asesina, el plan

de Frederica consista en dejarla morir de inanición. O atragantada con sus propias bragas. De repente, unos pasos sigilosos, casi un roce, se aproximan a la puerta, que se entreabre y, por el resquicio, asoma un hocico jadeante. Nora se estremece cuando una bestia, sucia y maloliente, traspone el umbral. Por su tamaño, podría ser un híbrido de mastín y oso pardo. Pero, por su sucio aspecto, parece una hiena famélica con rabo enhiesto y peludo. Se acerca, husmea el sexo de la mujer y, tras impartir dos o tres lametazos, se tumba a los pies de la cama. Sus cadenciosos ronquidos expelen un fétido soplo que a Nora no le queda más remedio que inhalar para seguir viva aunque la repugnancia y la angustia le hagan desear estar muerta.

Aquella noche, tras beber y brindar por Francia en el puerto de Dieppe, Gegé deja el Citroën Tiburón a sus correligionarios y regresa en su moto a Luneray con la intención de, contraviniendo las órdenes de Frederica, aprovechar las circunstancias y violar a la prisionera. El secuestro perpetrado y el alcohol ingerido le enardecen. El bramido de la moto vibra en su bajo vientre y le zarandea el cerebro. La niebla le da las alas y el deseo el vuelo: arrancará a Nora la mordaza y, sin desatarla, hará que grite de placer o eso imagina. En su desvarío, derriba una valla, atraviesa un seto, derrapa sobre el césped y abandona la moto tumbada de costado con el motor en marcha. El faro caído a ras de hierba proyecta sombras de briznas agigantadas en la fachada de cebra. A la luz del foco que las sombras alteran, Gegé hurga en la cerradura con impaciencia y la llave se le escapa de las manos. La busca y no la encuentra. Exasperado, da una patada a la puerta y, para su sorpresa, se abre. En realidad, en su precipitada huida, él y sus compinches no se habían tomado el tiempo de cerrarla. La dificultad residía en que Gegé se empecinaba en tirar del pomo hacia fuera en lugar de empujar hacia dentro. Pisotea al pasar las fichas de mahjong y sube. En el último tramo, algo le detiene. Cree haber oído un rugido. Recapacita. No se trata del motor de la moto ni del crujir de los peldaños. Como en el reflejo deformante de un espejo de feria, el eco de su respiración repercute, de repente, en un gruñido de fiera. Precavido, desamartilla la pistola. Pero, cuando se dispone a entrar en el

dormitorio, un perro enorme de espumarajeantes fauces y enmarañado pelaje se le echa encima. Dispara a la desesperada y ambos ruedan por la escalera. La bestia malherida se desploma sobre él y agoniza sin soltar presa. Le ha clavado los colmillos en el cuello.

Mi madre me contó que el marido de una amiga empezó a morirse por los pies. La muerte le subió de los pies a las pantorrillas, de las pantorrillas al vientre y así progresivamente hasta que, alcanzado el corazón, se le apagó el cerebro. A Gegé es la moto lo primero que se le muere entre las piernas sin que, por ello, deje de rodar sobre el asfalto. A cien por hora, la sangre de la yugular fluye de la dentellada como fluye de la noche el amanecer, y así, de madrugada, llega muerto a París. Se extraña de que, al desmontar, su cuerpo no siga sus pasos y quede aparcado en mala postura mientras él se distancia y desaparece al doblar la esquina. Comprueba entonces, con asombro, que la ciudad entera ha muerto a su alrededor. Ya no hay calles ni edificios, ni ciudadanos franceses ni malditos argelinos y él mismo se diluye sin huella en el aire traslúcido. Emulando a la prostituta de la alegoría de Baudelaire, el patriota asesino obtiene el perdón de todas las infamias, ignora infiernos o paraísos, y se zambulle en la muerte como un recién nacido, sin odio ni remordimiento. Es injusta la muerte redentora que iguala en su nada a los malos y a los buenos y deja a los vivos la herencia de los peores como si el mundo fuera su basurero.

—¿Qué te han hecho, amor mío? —exclama Frederica mientras libera a su amiga de ataduras y mordaza.

Sacudida por las arcadas, Nora es incapaz de articular palabra.

—Yo sólo quería que te trajeran sin hacerte daño y te cuidaran hasta mi llegada. No era necesario provocar un accidente, bastaba con sacar el coche de la carretera y quitar de en medio al español. Han podido matarte esos salvajes y te juro que lo lamentarán…

Incorporada en la cama, Nora bebe, se abrasa y escupe el café que le da a beber Frederica.

—Te repondrás pronto y olvidarás los malos momentos como se olvidan las peores pesadillas y yo estaré a tu lado para darte, a todas horas, mi amor. Estoy tan dentro de ti que laten mis entrañas en tu alma. Nadie ama a nadie como yo te amo y moriré contigo para nunca dejarte sola en este mundo.

La promesa no es sólo una contradictoria amenaza sino, sobre todo, una estremecedora declaración de amor. Nora se siente exhausta y ausente, como bajo los efectos de los polvos del gato de la bruja bretona. Ni siquiera ha advertido que Frederica se ha cortado el pelo y se ha vestido de hombre. Hasta la voz y los gestos se han tornado masculinos. Por lo demás, conserva el tono sarcástico que la caracteriza cuando, sin venir a cuento, proclama que la juventud es estúpida, la vejez repugnante y que sólo la riqueza confiere dignidad a esta vida. En su espontánea diatriba, se encara con la pared.

—¿Saben los pobres lo que sufrimos los ricos cuando perdemos nuestra fortuna? ¡Cuánto envidio a aquellos que, no teniendo nada, no tienen nada que perder! Pero, dejémonos de tonterías, el verdadero privilegio es ser yo y ser tú en un mundo donde todos son los demás, ¡los de más! O, si lo prefieres, «los otros». Aquellos que, no siendo ni tú ni yo, forman una tribu ajena llamada prójimo.

Y, con una fulgurante mirada que infunde miedo, se vuelve hacia Nora.

—Pero nosotras tenemos algo imperecedero que nadie ni nada nos puede arrebatar… Somos dos cuerpos que viven el uno en el otro para toda la eternidad… ¡Estoy tan dentro de ti que temo volverme loca! Te hice saltar con el pensamiento fuera del coche antes de que el español se estrellara contra el árbol y delaté al guardés argelino, para que Gegé y su banda lo mataran, aunque no fuera argelino ni tuviera bombas en casa. Pero, en un descuido, me había visto la polla por la ventana. Como ese Osvaldo que se cayó en bicicleta al mar por asomarse debajo de mi ombligo.

Celebra sus fechorías entrechocando los dientes como un crótalo agita el cascabel de la cola.

—¿No crees que soy demasiado mala para serlo de verdad? No, no me contestes pero ponte las bragas y vamos a Veules-les-Roses para tirar por el acantilado al perro del guardés, que huele mal.

Nora apenas puede sostenerse en pie y está a punto de caerse por las escaleras cuando sigue a Frederica, que arrastra al animal por las patas traseras dejando un reguero de sangre en la alfombra y un rastro de pelos rojos en la hierba del jardín. En un supremo esfuerzo, lo mete patas arriba en el maletero del coche. Al cerrar de golpe, le rompe el rabo, que cuelga fuera medio seccionado.

Mientras tanto, rezagada, Nora tropieza con la pistola de Gegé y cae de bruces. Cuando Frederica se vuelve, descubre estupefacta que su amiga, de rodillas y sosteniendo el arma con ambas manos, la encañona.

—¿Vas a disparar? —pregunta incrédula.

Nora no responde. El dedo trémulo se tensa en el gatillo y la mirada, un tanto nebulosa, oscila dubitativa del cuerpo de Frederica al punto de mira de la Walter P38.

—Si vas a matarme, hazlo cuanto antes. Pero hazlo bien. No soporto la agonía, tampoco quisiera quedar coja, desfigurada o en estado vegetal. Veo que te tiembla el pulso y supongo que no has manejado en tu vida un revólver. No es un juguete, querida, ten cuidado. Las armas las carga el diablo y las dispara Dios. Mi abuelo materno jugaba, cada día, a la ruleta rusa. Tenía una bala alojada en el pecho que se paseaba a capricho por el tórax merodeando el corazón y ello proporcionaba constante incertidumbre a su vida, ya que cualquier momento podría ser el último. Probabilidad de la que, por cierto, con o sin bala, nadie está exento. Sin embargo, acostumbramos a dejar la muerte para después, como si fuera un asunto que siempre puede esperar. Y, cuando la encontramos a la vuelta de la esquina, creemos que acude a la cita con otro, como solía hacer, y tardamos en comprender que, esta vez, se ha citado con nosotros.

Para Frederica, matar era un deporte pero la muerte propia sólo una remota probabilidad. Ahora, por insólito que le parezca, se han cambiado las tornas y, si Nora no yerra el tiro, es ella, y no otro, la que va a morir. Le asaltan horribles pensamientos: ¿y si se reencarnara en rata o en cucaracha? O en una mujer fea, ¡eso sería como ser vieja toda la vida! Grotescas ideas, puesto que ella es, para ella, su único más allá y no cree en más reencarnación que en la de seguir siendo ella misma. Dejar de serlo le provoca repentino pánico. Le da miedo el miedo a verse desde

fuera de sí y constatar su ausencia en un mundo indiferente que seguirá existiendo sin ella.

—¡No! ¡No me mates! —suplica—. Eres mi mejor amiga y no quiero que te pudras en la cárcel o que mueras con mi muerte sobre tu conciencia en… la guillotina.

Un rumor de alas hace que Nora alce la mirada y dispare. A sus pies, cae muerta la lechuza blanca. Experimenta la tristeza de lo irreparable que, por primera vez, sintió de niña al ver una nube diluirse en el aire.

—Bueno, bien hecho, ya empezaba a aburrirme ese pobre animal —dice Frederica—. Hacía ruidos en la buhardilla y su respiración se oía por las noches en todo el jardín. Al principio, pensé que era un fantasma y pedí a la bruja bretona que hiciera algún conjuro para que se fuera, pero me dijo que la lechuza blanca era la parte más negra de mi alma y a la que había que exorcizar era a mí. Ni sus pócimas ni sus invocaciones lograron lo que tú acabas de conseguir con un disparo: ¡volverme buena de repente!

—No era mi intención matar a nadie, perdóname…

—Te perdono. Ya lo ves. Así sucede el mal, sin pedir permiso.

—¡Era un pájaro mágico y tan bello!

—Da pena, es verdad. Tenía un vuelo majestuoso y me ha salvado la vida. Os estoy muy agradecida, al pájaro y a tu mala puntería. Así que gracias y dame la pistola. La tiraremos, con el perro, al mar. Tiene tus huellas y podría ser una prueba comprometedora si se te ocurriera volver a usarla.

15

Al abrir una puerta de La Salpêtrière, una gélida corriente de aire traslada a Massaní del pasado al futuro y de una sala de blancas baldosas que huelen a formol y lejía a un bosque de hayas que huele siempre a húmedos amaneceres. Ha recorrido un largo camino, primero en tren, luego en camioneta y después a pie, para volver a ver a una mujer. O para morir en un lugar donde nunca estuvo y donde debiera haber muerto mucho tiempo atrás. No lo sabe. Pero, cuando su tren se cruza con otros trenes, cree vislumbrar el rostro de una chiquilla de dieciséis años reflejado en el cristal de las vertiginosas ventanillas que desfilan en sentido contrario. Ahora, avanza entre las hayas sobre el humus que convierte los pasos en mullida andadura silenciosa. En ocasiones, las imágenes cobran en la memoria la velocidad de la luz y, más rápido que ningún viaje espacial, llegan antes de que los sucesos acontezcan. A veces, se detienen o reiteran, interfieren y suplantan lo vivido. Las hojas del hayedo protegen del sol y hacen que la humedad trepe por la pierna y le agarrote la rodilla. Sabe que nunca estuvo allí y, sin embargo, lo recuerda. Reconoce el rumor del arroyo que serpentea bajo la hierba y sigue, de oídas, el cauce oculto, ¿quién es esa mujer que le sonríe desde la fotografía de un calendario en el que los días son años? Comprende demasiado tarde que la sonrisa es un señuelo mortal. Sigilosos capotes y tricornios se desplazan y apostan sus siniestras sombras entre los troncos grises. Al caer acribillado a balazos, Massaní hunde el rostro en el agua del río y se sorprende de que sus ojos sin vida no detengan la corriente. Siente frío y, de repente, recupera la memoria. El hayedo se esfuma y, en la sala de blancas baldosas, no tiene la sensación de haber soñado, sino de haber viajado a un lugar del futuro donde su muerte le espera y de haber despertado de una anunciada pesadilla. Alguien le ha seguido hasta el depósito de cadáveres donde, a la luz de neón, anónimos difuntos aguardan panza arriba en sus literas como turistas que tomaran el sol.

—¿Qué hace aquí? —le interroga intrigado el inspector Larousse.

—¿Dónde estoy? —indaga Massaní.

—Está en el hospital de La Salpêtrière. Ha tenido un grave accidente y ha pasado cuarenta y dos días en coma. Yo soy el inspector Larousse, ¿es usted Osvaldo Le Chambon?

—¿Dónde está Nora? —pregunta, a su vez, Massaní.

—¿Quién es Nora? —replica Larousse.

—Ella conducía el coche.

—¿Recuerda el accidente?

—Lo recuerdo todo. Me llamo Lorenzo Massaní y no conozco a la persona que usted menciona, señor… Larousse. Pero quiero saber qué le ha pasado a Nora, porque, si no ha muerto en el accidente, morirá asesinada.

El cuerpo hirsuto y desmadejado del perro choca contra las rocas al pie del acantilado y, desde lo alto, Frederica ve cómo el oleaje lo envuelve y la marea se lo lleva como un trapo sucio. A su lado, Nora está a punto de desfallecer, se tapa los ojos y, cuando siente la mano de la amiga en su hombro, un escalofrío le recorre las vértebras en un glacial destello.

—Mira y no lo olvides, estúpida niña mimada —le espeta Frederica—. En el mar, los crímenes quedan impunes. En nada se distingue un asesinato de un accidente o de un suicidio. Peces voraces te harán la autopsia y las estrellas submarinas son tan indiferentes y silenciosas como las celestiales. En el universo entero, somos iguales los inocentes y los culpables.

Nora trata de retroceder sin lograr desasirse de la garra que la aferra y la atrae al borde del abismo.

—Asómate para que las olas escupan en tu cara.

Los espumarajos del oleaje, impulsados por un golpe de mar, se elevan con el viento y salpican a Nora.

—Júrame que serás mía para siempre, como lo juraste el primer día —reclama Frederica.

—Tengo frío —musita Nora.

—¡Haz lo que te digo! ¡Júramelo!

—Lo juro.

—¡Más alto!

Frederica retuerce el brazo de Nora hasta oírla gritar de dolor.

—¡Lo juro!

—Ahora, dime al oído que me quieres…

—Te quiero.

—¿Lo ves?, se acabaron los juegos. Da miedo, ¿verdad? Los juegos se acaban y todo es mentira.

—Quiero volver a la casa, tengo mucho frío.

—No es frío, es miedo. Repite conmigo, ¡no más juegos! A partir de ahora, como en la vida misma, todo será de verdad. El amor, la muerte y el mahjong…

—No más juegos…

—¿Creías que iba a tirarte por el acantilado como a Osvaldo con la bicicleta o al perro del guardés? Pues no, aunque me gustaría ver cómo te picotean el clítoris las gaviotas mientras caes cabeza abajo y patiabierta.

—¿Qué le habéis hecho a Massaní? —inquiere de pronto Nora, y la otra no oye o no contesta.

—Tú, en cambio, quisiste matarme, ¡confiésalo! Quisiste matarme, pero te faltó valor.

La tercera ola consecutiva que rompe contra las estrías de la pared del acantilado se alza pulverizada transformándose en lluvia y las palabras irrumpen a borbotones en boca de Nora.

—Me habíais drogado y no sabía lo que hacía —aduce—. Creía estar perdida en un bosque de un solo árbol y ese árbol eras tú, y tus brazos eran ramas de largos dedos, y tus palabras una lluvia de hojas que resbalaban sobre mí como caricias de fuego, pero yo sentía el mismo frío que siento ahora, y me apretabas para darme calor y tenerme prisionera, y para que te pintara desnuda como esas mujeres del París Hollywood que, en vez de sexo, tienen una nube entre las piernas. Me sentía atraída por ti, ¿por qué no decirlo? ¿Cuál es la frontera entre la curiosidad y el deseo? Nunca había vivido nada parecido ni había conocido a nadie que se te pareciera y eso me excitaba como si me deslizara por el más empinado tobogán del infierno, hasta que comprendí que el infierno no era un parque de atracciones. El infierno eras tú. Alguien capaz de

asesinar sin piedad ni arrepentimiento. Tuve miedo, sí. Asco y miedo. Y, ahora, de repente, ya no me das miedo. Ni miedo, ni frío. Sólo pena. Asco y pena. Estoy de acuerdo, se acabaron los juegos. Retira tus sucias ramas de mi cuerpo.

Sorprendentemente, Frederica obedece. Suelta presa y retrocede de espaldas al vacío. Con la mirada extraviada, evita afrontar la expresión desafiante de Nora.

—No debiste decir eso —dice, y el gesto revela, al tiempo, violencia contenida y autocompasión—. Fui un niño vestido de niña y me gustó más el vestido que el alma que, según dicen, llevamos dentro, sin que nadie la toque ni la vea en ningún espejo. Tampoco soy ese sexo que condiciona el disfraz y el comportamiento, aunque prefiera que me quieran o me odien por lo que aparento ser en cada momento. Dices que soy una asesina. Puede que lo sea. Pero si morimos cada día, ¿qué tiene de malo matar de vez en cuando? ¿No formamos parte de la naturaleza? ¿No matan los grandes árboles cuando expanden su ramaje? Sólo hongos y lombrices crecen a su sombra y sus raíces estrangulan cualquier otro brote de vida alrededor. ¿No se alimentan de la muerte ajena todos los seres vivos? La moral son zapatillas para andar por casa, por eso uso zapatos Coco Chanel…

La risa de crótalo coincide con el bramido del mar y un revuelo de espuma orla el cabello que el viento fustiga.

—Voy a matarte, Nora —anuncia—. Porque, matándote, mato la parte de mí que más me duele, aquella que, desde ti, me ve sin deseo ni amor. Ni siquiera ya doy miedo, me dices. Y te creo. Porque el miedo a perderte lo tengo sólo yo. Cierra los ojos y déjate llevar, sin peso ni pesadumbre, vuela con tu cuerpo hasta chocar con las rocas y zambullirte en el mar. Será mejor muerte que si envejeces y mueres de muerte natural.

El viento arrecia y Nora se abraza instintivamente a Frederica. Durante un instante, conforman un solo cuerpo que forcejea consigo mismo. Ambas experimentan el mismo vértigo, intercambian el pánico y la identidad, hasta que una de las dos, impelida o rechazada, retrocede, tropieza, o es empujada, y se precipita al mar.

En la aldea de El Mazuco, el tableteo de los biplanos italianos que ametrallan a personas y ganado enardece a Massaní que, con desprecio de la propia vida, dispara al aire y al descubierto. Al verlo, María sale de su refugio, lo agarra por el correaje y trata de arrastrarlo tras un muro derruido que les sirva de protección. Pero él suelta el fusil y la besa. El vuelo rasante de un aeroplano arranca esquirlas de plomo y piedra a su lado sin que ellos se separen ni el beso se detenga. Las llamas se asoman a las ventanas, crepitan como si se rieran de la pareja o fueran pañuelos de fuego que les dijeran adiós antes de que el tejado se derrumbe en una estruendosa carcajada. María se estremece en brazos de Massaní, mientras los pájaros de acero siembran desde el cielo destrucción y muerte. Ambos tienen dieciséis años y se han conocido hace dos. Cuando paseaban por senderos de hierba que sus pasos creaban al pisar, sin mirarse ni tocarse, salvo algún roce casi casual, dejaban un rastro magnético, un surco flotante que perdura en el aire y en el recuerdo olvidado, y sobreviene ahora impregnado de un aroma extraño. No huele a pan recién cocido ni a humo y fuego, sino a Nora, a la piel de Nora, al cabello de Nora, como si emanaran de la mirada de Nora en la memoria. Sin embargo, Massaní no consigue recordar las facciones de Nora y su rostro podría ser el de la mujer del calendario o el de cualquier otra de promiscua sonrisa. La sensación no es nueva, ya la ha experimentado con anterioridad y le provoca un insidioso desasosiego. Como si la aguja imantada de la brújula confundiera a capricho los puntos cardinales del pasado y del futuro, vuelve a encontrarse en el bosque de hayas donde, entre los árboles, María le llama. Sigue siendo la niña a la que, bajo la lluvia de metralla, él había besado por primera vez. La ve alejarse, como si el bosque entero se retirara en una súbita bajamar o él retrocediera hasta desaparecer; ¿era eso la muerte? Durante los días en coma no sintió ningún dolor, tampoco durante los tiempos en los que él no había nacido y nada olía todavía a Nora ni a pan recién cocido, ni a humo ni a fuego, ni al húmedo amanecer que exhala el suelo mullido de aquel bosque donde nunca antes había estado.

16

En la playa de Quiberville, hay un cuerpo de mujer con sexo de hombre. El mar lo ha traído y depositado en la arena. Tiene espuma en la boca y algas en los cabellos, que se esparcen y cobran vida cuando alguna ola extenuada llega a la orilla. El revuelo de las niñas que, buscando piedras horadadas para hacerse collares, descubren el cadáver ahuyenta a las gaviotas y atrae a los curiosos que, con estupor y espanto, ven cómo la muerta se levanta y echa a andar. El mar la ha desnudado y la muerte realza su belleza ante la aterrorizada concurrencia. «Me llamo Frederica y estoy viva —dice sin que nadie la oiga, porque ninguna palabra sale de su boca—. Díganle a Nora que la quiero», prosigue. Pero no emite sonido alguno, ni siquiera sus labios se despegan, mantiene el mismo rictus de desdeñosa conmiseración. Con la mirada perdida y el sexo lacio, sigue andando aunque sus pasos ni avanzan ni dejan huella, «Avisen al doctor Gallet en Villa d'Idalie, Vincennes, París, por favor —suplica y ordena—. Soy su mujer, aunque no lo parezca», bromea sin amargura ni tristeza, pero las palabras se extinguen en la glotis antes de ser moduladas y la sonrisa se desvanece sin llegar a ser esbozada. Tiene frío el paladar. La playa se apaga. Las personas son difusas presencias fluorescentes, halos fluctuantes, luciérnagas en la noche a pleno sol. Fantasmas de un fantasma desesperado que mendiga entre los presuntos vivos algunas migajas de superflua existencia. Deambula en la oscuridad que la penetra, sin que ella se adentre en ella, como el susurro lejano del oleaje que ella ya no oye y la lleva con la cadencia silenciosa de la nube que la envuelve y ella ya no ve. Sólo entonces comprende que puede estar muerta, porque ni siquiera le importa que su desnudez desvele el secreto del cuadro de Nora. «Quizá fuera aquél el día más feliz de mi vida —musita en un atisbo de pensamiento—. Mientras ella pintaba, yo sentía sus pinceladas como si mi piel fuera su lienzo…»

Trasladadas por el viento, Nora oye, mientras huye, las palabras que su

amiga no logra pronunciar. La siente sentada a su lado, con una mano fría posada en su rodilla y, por un momento, duda de si es Frederica, y no ella, la que conduce el coche. Es más, la asalta de pronto el presentimiento de que la llevará para siempre dentro de sí. Sus actos y sus gestos ya nunca le pertenecerán por entero. Nadie puede, aunque lo pretenda, renunciar en vida a la herencia de la persona que ha matado. Se dice que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Pero es la víctima la que regresa al lugar donde menos la espera su asesino. Dentro de sí misma Frederica vivirá en Nora día y noche hasta, llegada su hora, compartir con ella las tinieblas de Quiberville. La idea la aterroriza y pide al cielo encontrar refugio en un abrazo protector. Cualquier abrazo. No requiere que la quieran, sólo que se enamoren de ella. Es un fantasma necesitado de que alguien lo convoque para tener constancia de su existencia y se sorprende, de repente, al comprobar que la fría mano posada en su rodilla es su propia mano que desliza con aprensión entre sus muslos para cerciorarse de no haber heredado también el sexo de su amiga. Pero jirones de bruma, como polvo de alas de mariposas grises, se estampan contra el parabrisas y, con un brusco volantazo, se sale de la carretera a la altura del puesto de gasolina en instalación donde, precisamente, Rida enrosca tubos de plomo en el fondo de una zanja. Al oír el estrépito de la frenada, el gigante argelino emerge de la tierra y ve cómo Nora avanza tambaleante hacia él.

—He matado a una mujer, ayúdeme —le suplica, y se desmaya.

Rida la coge en sus brazos y, como recién casados que atravesaran el umbral del dormitorio, entra con ella en las dependencias abandonadas, ya que una vez excavado el conducto del depósito a la bomba los obreros se van y el argelino, que trabaja a destajo, se queda solo. A falta de muebles, deposita a la mujer en el suelo y descuelga el teléfono de pared, momento en el que ella vuelve en sí.

—¡No! ¡No llames! —exclama—. No quiero pudrirme en la cárcel o morir en… la guillotina.

Esa fue la advertencia de Frederica antes de que la pistola se disparara y la lechuza blanca cayera muerta en el jardín. Nora repite las palabras y no reconoce su propia voz. Rida la oye, la observa, se lo piensa y cuelga.

—La llevaré al hospital —dice.

—No. Llévame a mi estudio. Soy pintora y quiero hacerte un retrato. Te pagaré bien, ¿tienes un espejo?

Demencial propuesta en boca de una mujer que, según dice, acaba de matar a otra, piensa Rida. Decididamente, la desconocida despierta su curiosidad y algo más. Está muy pálida y asustada. Puede que también esté loca. Pero ejerce sobre él una espontánea seducción de la que le es difícil sustraerse.

—No, no tengo un espejo y no quiero que me haga ningún retrato ni que me dé dinero —advierte—. Pero la llevaré donde quiera. Por hoy, he terminado mi trabajo y, si quiere mirarse en un espejo, hágalo en el retrovisor de su coche.

—No es mi coche. Es su coche. No es mi espejo. Es su espejo. Sólo quiero saber si yo soy yo —proclama Nora, y aflora en sus labios la sonrisa sardónica de la amiga muerta.

En realidad, ella nunca fue ella, y lo sabe. Siempre necesitó el espejo de los demás. En cambio, Rida no necesita espejos. Vive solo, trabaja solo y se siente solo en la sociedad. Envía dinero a su madre y al FLN sin participar activamente en la lucha por la independencia de su país. Por lo demás, se basta a sí mismo para ser sí mismo, aunque en ese preciso momento no actúe como si lo fuera. La desconocida le fascina y le intimida.

Tras abandonar el coche al borde de la carretera, Rida la lleva a París en su furgoneta y, cuando ella le propone subir a su estudio, accede. Nada más entrar, ella cierra con llave y se arrodilla. Él lo interpreta como un excesivo gesto de gratitud y, al reclinarse para levantarla, Nora lo retiene y le ofrece los labios con la expresión procaz de Frederica. Él la rechaza y, arrebatándole las llaves, se dirige a la puerta. Pero, antes de abrir, se detiene y la mira. La expresión procaz se ha tornado suplicante.

—No me dejes sola, tengo miedo de estar volviéndome loca. Todo se oscurece a mi alrededor y la veo dentro de mí, como cuando todavía no sabía cuál de las dos era la que caía por el acantilado patas arriba, diría ella, descoyuntada, diría yo, en un parpadeo de espuma, diría Jan, como el perro rojo del jardinero contra las rocas…

Con más amargura que ironía, la sonrisa sarcástica reaparece fugaz en el rostro antes de transformarse en un gesto de infantil desamparo y…

terror.

—Siento su aliento en mi boca y el oleaje en mi vientre, siento su piel en mi piel. Me nubla por dentro, me muerde, me devora las entrañas y el entendimiento. Estoy a la merced de sus olas. Perdóname, no sé lo que digo ni lo que hago, acércate…

Él se acerca, posa una mano en su hombro y la insta a levantarse. Ella se echa en sus brazos y rompe a sollozar. Él la besa. Las lágrimas en la mejilla saben a agua de mar. Bruscamente, ella se aparta.

—¿Es tuya esta cazadora?

—De un amigo.

—Quiero que me lleves mañana a Nueva York.

—¿A Nueva York?

—Al aeropuerto. Esta noche te quedarás conmigo, por si ella entra sin llamar a la puerta y pone el pájaro en mi cama…

—Lo siento, no puedo quedarme.

—Me portaré bien, te lo prometo. Además, tu amigo ha muerto.

—¿Mi amigo?

—¿No eres el amigo argelino de Massaní?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta estupefacto.

—La cazadora te queda pequeña y sus iniciales están grabadas en el cuero. Eres alto, eres fuerte y trabajas en una gasolinera. Él me lo contó. Además, una bruja bretona que vive en Normandía me dijo que me acostaría contigo, y yo le dije que ni siquiera te conocía, y ella me dijo que te conocería, y supe que eras tú nada más verte, como la mujer invisible reconoce al hombre invisible. Ése es el cuento que le escribí a mi futuro marido para explicarle que, cuando no nos veíamos, nos gustábamos más.

—¡Así que tú eres la mujer del cuadro!

—Soy la pintora del cuadro que tú tiraste por la ventana y quemaron las monjitas.

—¿Dónde está Massaní?

—Si no murió en el accidente, lo habrán matado ellos. Puede que también lo hayan tirado al mar.

—¿Quiénes son ellos?

—Amigos de uno que llevaba puesta esa cazadora cuando intentó

matarme, ¿por qué la tienes tú?

—Me la dio sin darme ocasión de preguntarle por qué la tenía él.

—Se llama Gegé y se divierte con su banda matando argelinos. ¿Cómo te llamas?

—Rida.

—Quédate conmigo, Rida. Massaní ha muerto y necesito protección.

—Nadie puede protegerte de ti misma.

Nora se transfigura, sus rasgos se tensan y, llevándose el dedo índice a los labios, le impone silencio. Algo respira al otro lado de la puerta, ¿o es Frederica la que respira dentro de ella?

—¿Oyes lo que yo oigo? —pregunta acuciante.

Rida asiente. Es la respiración fatigada, por momentos retenida, de alguien que ha subido andando la escalera y quiere oír sin ser oído. «O el estertor agónico de una muerta», piensa Nora. La respiración cesa y el silencio hace que el tiempo pause su cadencia. Pero el corazón de Nora acompasa la angustia y se acelera cuando llaman con los nudillos a la puerta.

—No abras. Es ella.

—Sé que estás ahí —dice una voz masculina desde fuera.

—¿Massaní? —indaga con aprensión Nora, y Rida abre.

El doctor Gallet entra.

—¿Dónde está Frederica? —pregunta muy alterado.

—No está aquí —se apresura a responder Rida al comprobar que Nora enmudece.

—No le pregunto a usted —gruñe Gallet.

Frunce el bigote y husmea. Aparta el lienzo de la pincelada roja y se asoma tras el biombo.

—He oído su voz, he olido su perfume, ¿qué le habéis hecho a mi mujer?

—¿Tu mujer? —pregunta Nora recuperando el deje burlón de Frederica.

—Ella te quería tanto como yo la quiero a ella…

—Sí, quería matarme.

—No se resignaba a perderte. ¿Dónde está Frederica? Sé que lo sabes.

—El borde de piedra caliza hace peligroso pasear por los acantilados —

informa Nora con sorprendente frialdad.

—¿Qué insinúas? —inquiere Gallet despavorido.

—Puede haber corrido la misma suerte del hombre al que ella empujó en Veules-les-Roses

—¡Mientes! Ella no mató a Osvaldo Le Chambon.

—¡Ah!, ¿se llamaba así?

—Era uno de mis pacientes y un buen amigo. Ella me contaba todo lo que hacía con él o contigo. Lo sé todo.

—Entonces, sabrás también lo que le hicieron a Massaní…

—¿Al español? No, no sé lo que le hicieron ni me importa. Sólo quiero saber lo que vosotros le hicisteis a ella.

—Rida no sabe nada ni ha visto nunca a tu mujer y está aquí porque mañana me llevará al aeropuerto. Me voy a Nueva York. Si quieres saber dónde está Frederica, pregúntaselo a la bruja bretona de Luneray o a Gegé.

—No consiento que me toméis el pelo. Gegé ha muerto y en la casa de Luneray hay sangre en las paredes y en el jardín. He estado allí. A la bruja se le apagó la pipa y me pidió que le trajera fósforos de la cocina, porque tiene Parkinson y anda mal. Pero en la cocina sólo encontré un gato repugnante que me dio con la cola en la cara cuando intenté encender una astilla en el fogón. Eso me trastornó. Tuve estúpidas alucinaciones. Libros con dientes en lugar de letras que mordían a los que abrían sus páginas y renglones que se enredaban en la mirada cuando la vieja bruja leía absurdas historias en voz alta, como esa en la que matabas de un tiro a una lechuza blanca en el jardín. Pero ahora lo sé. No disparabas a ninguna lechuza, sino a Frederica. Tú la mataste y él te ayudó a tirarla por el acantilado, ¡sois un par de asesinos y, os lo advierto, tengo la pistola de Gegé!

Rida lo alza por las solapas y lo lleva en volandas con intención de lanzarlo escaleras abajo, pero Nora se interpone.

—¡Suéltalo! Delira. Todavía está bajo los efectos de la droga colombiana de los pelos del gato de la bruja bretona…

Si Nora hubiera hablado en bokmål, Rida no habría experimentado mayor desconcierto. Suelta presa, cierra y deja al doctor Gallet en el rellano.

—¿Qué está pasando? ¿Mataste o no mataste a tu amiga? ¿Qué le hicieron a Massaní? —pregunta perdiendo la paciencia.

Fuera, Gallet profiere insultos y amenazas que distorsionan su bigote en muecas de rabia e impotencia y aporrea con ambos puños la puerta.

—No dejes que se escape… Ellos mataron a Massaní…Yo maté a Frederica… Y, ahora, vendrán a por mí… Necesito ir a Nueva York…

—Vete a donde quieras, yo me largo o también acabaré loco, ¡adiós!

Al salir, Rida se da de manos a boca con Gallet. Lo derriba de un codazo y, haciendo caso omiso de las súplicas de Nora, cierra la puerta tras él y baja presuroso la escalera. Es un inmueble de estudios y despachos donde, a aquellas horas, no hay nadie que asome las narices. Ni siquiera cuando se oyen tres disparos.

El primero hace saltar la cerradura. El segundo se aloja en el esternón de Nora y el tercero le salta la tapa de los sesos al doctor Gallet. Cuando, sobrevolando a zancadas los peldaños, Rida regresa sobre sus pasos, Nora agoniza en el suelo y el dedo índice del odontólogo ha quedado atrapado en el gatillo de la pistola humeante.

—Dile a Jan que perdone a su mujer invisible… —regurgita Nora antes de morir, pero el gorgoteo de la sangre en la garganta impide que Rida entienda una sola palabra.

Éste busca, en vano, el teléfono para llamar a una ambulancia y, al no encontrarlo, opta por salir a la calle. Su aspecto y agitación lo convierten en sospechoso, las manchas de sangre y su condición de argelino lo convierten en culpable. Cuando, al doblar una esquina, ve venir un coche de la policía, duda entre detenerlo y dar cuenta de lo sucedido o salir corriendo. No hace ni una cosa ni otra. Con el pretexto de protegerse del viento para encender un cigarrillo, esconde el rostro tras la valla del cartel anunciador donde una rubia fuma al volante de una flamante limousine Delaunay-Belleville con la sonrisa de la mujer del calendario y el peinado de Veronica Lake. La estratagema de avestruz da resultado y el coche de la policía pasa de largo. Entonces, acelerando el paso y fustigado por los latidos de su corazón, se dirige a la furgoneta aparcada dos manzanas más abajo. Pero, antes de llegar, se para en seco y

retrocede. Al otro lado de la calle, la policía está inspeccionando la furgoneta con su cargamento de tubos y herramientas que se les antoja un estrambótico arsenal. Rida se escabulle y decide ir andando hasta la rue de la Gare de Reuilly. Considera que Nora y Gallet están rematadamente muertos y no sería aconsejable que un gigante argelino, con sangre en los zapatos y en la manga de la cazadora, apareciera en escena para explicar lo inexplicable. Al llegar al apartamento, entre las antigüedades acumuladas, selecciona una cómoda Luis XV y, en lo más profundo del último cajón, mete las prendas delatoras. Extremando la cautela, vuelve el mueble contra la pared y sitúa ante él un enorme armario de caoba, asegurándose así de que la mujer de Baranton no pueda acceder al escondrijo cuando venga a hacer la limpieza. A la mañana siguiente, sin pegar ojo, recupera la furgoneta para acudir al trabajo. Al pasar por el inmueble del estudio, ve cómo sacan en sendas camillas los cuerpos empaquetados de la amiga de su amigo y del odontólogo homicida, y el olor a Nora impregna su memoria como otra prueba acusadora.

17

Unos cuarenta días después y vestido, mal que le pese, con el traje de Osvaldo Le Chambon que la viuda no ha reclamado, Massaní reaparece en la taberna de Baranton acompañado por el inefable inspector Larousse.

—¡Qué elegante vienes! —exclama el tabernero disimulando la turbación que le produce el inesperado regreso del hombre al que daban por muerto.

Rida palidece.

—¿Qué tal se pasa en el más allá? —chancea con un sentido del humor que denota incomodidad.

—¿Sabéis algo de Nora? —se apresura a preguntar el resucitado tras corresponder a los abrazos.

—No, no ha venido por aquí —responde Baranton.

La presencia del inspector hace que Rida se abstenga de contar lo que sabe. Tampoco a Massaní se lo habría contado, pero el secreto le serpentea en la conciencia y la mordedura es venenosa. Se considera el causante de la tragedia. Incluso ha tenido la precaución de alejar de la gasolinera el coche que Nora conducía, dejándolo abandonado en una calle de Dieppe. No sólo le atormenta el crimen que no ha cometido, sino el inconfesable deseo que la mujer de su amigo le ha suscitado en vida y del que también se siente culpable.

Impaciente por cambiar cuanto antes de atuendo, Massaní le pide la cazadora a Rida y éste dice que la ha perdido. Al español no le queda más remedio que seguir con el traje de Le Chambon, cuya pista Larousse husmea tras sus propios talones.

—¿Alguno de ustedes ha oído hablar de un tal Osvaldo Le Chambon? —inquiere dirigiéndose a una supuesta concurrencia y, al no recibir respuesta, se asoma sobre la página de *La guerra de las Galias* que el pequeño Didier escudriña con la misma obstinación con la que él busca a

Le Chambon.

—No hace falta que lo estudies, invéntalo —le dice, y apoya paternal una mano en la espalda del niño, que le mira con asombro y gratitud, no tanto por el consejo, que no entiende, como por el afectuoso gesto al que no está acostumbrado.

Masaní telefonea a Arlette y unos estremecedores sollozos trepidan en el auricular.

—¡Dios mío, tú! —La exclamación interrumpe el llanto para dejar paso a un destello de alegría que, como reacción, se transforma en extemporáneo reproche—. ¡Te dije que no le devolvieras la pistola a Gegé! ¡Ésa es la pistola con la que el doctor Gallet ha matado a Nora antes de pegarse un tiro!

—¿Nora? ¿Gallet? —acierta a balbucear Massaní, y suelta el teléfono que oscila ante la pared mientras, ahorcada del hilo, la voz de Arlette le suplica que vaya a verla cuanto antes porque le necesita y le quiere aunque él esté enamorado de otra y la otra haya muerto.

La declaración de amor y el movimiento pendular tienen efectos divergentes. El pequeño Didier queda hipnotizado por el vaivén del aparato parlante y su madre se volatiliza cuando Baranton sacude un mantel y la espanta de un capotazo. El inspector Larousse toma notas con la pulcritud de un entomólogo que a punta de bolígrafo pretendiera cazar moscas al vuelo. Massaní, por su parte, permanece anonadado.

—Yo estuve allí —confiesa Rida de repente.

Todas las miradas convergen en él, salvo la del pequeño Didier. El niño sigue pendiente del artefacto que ha dejado de oscilar al tiempo en que la voz de Arlette se ha extinguido. Con el mantel en las manos, Baranton parece ahora un torero de salón que esperara la embestida de una bicicleta.

—¿Allí? ¿Qué lugar es ése? ¿Dónde es allí? —indaga Larousse, reacio a abrir cauces inesperados a sus particulares pesquisas.

—¿Conociste a Nora? —increpa Massaní a su amigo.

Rida asiente y cuenta lo sucedido. Pero no todo lo sucedido. Ni estrictamente cómo ha sucedido. Él estaba, dice, a punto de acabar la jornada en la gasolinera cuando oye el frenazo de un coche desbocado del que sale una joven y, antes de caer desmayada en sus brazos, le dice

que acaba de matar a una mujer. Hasta ahí, se atiene a los hechos. Luego explica cómo ella le pide que no llame a nadie y la lleve a su estudio en París, y él la lleva. Cosa esta que también se ajusta a la verdad. Entonces cuenta que ella le reconoce como el argelino amigo de Massaní y, en consecuencia, él deduce quién es ella. Al llegar a este extremo, adivinando los recelos que su relato ha generado, miente y dice que deja a Nora en el estudio y se va. Ya no vuelve a verla.

—¿Y no te pidió que pasaras la noche con ella para protegerla? —aventura Massaní en doloroso ejercicio sarcástico.

—No.

—¿Tampoco te propuso hacerte un retrato?

—No.

—¿Por qué no me lo contaste cuando pregunté por Nora?

—No lo sé. Me sentía culpable…

—¿Culpable de qué?

—Pensé que pensarías…

—¿Qué es lo que temías que pensara?

—Lo que estás pensando.

—Pienso que, si te hubieras quedado con ella, no la hubieran matado. Eso pienso.

—Pero me matarías tú.

—Olvidas que yo estaba muerto.

—Ni muerto te hubiera traicionado.

—Lo sé, te conozco. Pero no te creo.

—¿Por qué no me crees?

—Porque también la conocía a ella y sé que no querría quedarse sola, ni tú dejarías sola a una mujer que necesitaba tu ayuda.

—Me dijo que había matado a alguien, y no sería prudente que un argelino se viera implicado.

—Le comprendo, amigo. Y le aconsejo que no cuente eso nunca a un policía… —se permite opinar Larousse.

—Por si hubiera oído algo de lo que aquí se ha dicho, le convendría recordar que nadie le ha visto entrar ni le verá salir —le advierte Baranton, y retuerce el mantel entre sus manos hasta estrujarlo y tensarlo como una soga.

—¡Qué desagradable! —exclama Larousse—. ¿Me está amenazando de muerte?

—De secuestro, tortura y suicidio, como hicieron con Larbi Ben M'Hidi.

—Yo no soy el ministro del Interior.

—Pero es inspector de policía.

—Tampoco soy policía. Sólo soy un paciente de La Salpêtrière al que madame Le Chambon tomó por inspector y le encargó el caso de la desaparición de su marido.

—¿Qué clase de paciente?

—Padezco un tipo de delirio esquizoide. Si contase lo que sé, nadie me creería. Además, para la policía, sería un intruso. Ni siquiera me llamo Larousse, me lo puse porque no hay mejor nombre para un inspector que un nombre de diccionario…

—¿Cómo quiere que le creamos? —pregunta Rida.

—Ya he dicho que, si contara lo que sé, nadie me creería. Si no me creen, ésa es la prueba de que digo la verdad.

—¿Y cuál es su verdadero nombre?

—¿Qué importa para el caso?

—Importa.

—De acuerdo. Me llamo Osvaldo Le Chambon.

—Pero ¿no es ése el hombre al que anda buscando?

—¿Qué hay de malo en buscarse a uno mismo?

—¡Está loco! —exclama Baranton.

—No, no está loco, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Osvaldo Le Chambon —repite Larousse.

A Rida le suena haber oído ese nombre no hace mucho y, de pronto, le viene a la memoria el estudio de Nora y las palabras del doctor Gallet refiriéndose a su esposa: «Ella no mató a Osvaldo Le Chambon… Era uno de mis pacientes y un buen amigo…». Sin pensárselo dos veces, se encara con el presunto inspector.

—¿Así que usted era un buen amigo del asesino de Nora?

—¿Qué le hace suponer que yo haya conocido a ese asesino?

—Eso dijo él momentos antes de matarla.

—O sea que usted estaba allí y lo oyó —observa Larousse, y abre puntos suspensivos antes de añadir—: … y lo vio.

Rida comprende, demasiado tarde, que acaba de meter la pata. Se vuelve azorado a Massaní, pero Massaní no está. Ha salido sin que nadie lo advirtiera para burlar la custodia del presunto inspector.

—Será mejor que me acompañen a la comisaría —propone Larousse.

—No iremos con usted a ninguna parte —dice Baranton.

—Les recuerdo que soy la autoridad —dice Larousse.

—Aquí, la autoridad soy yo —dice Baranton.

Sintiéndose condenado de antemano y previendo el inevitable registro del apartamento con el consiguiente descubrimiento de las prendas ensangrentadas, Rida descarga su puño como un mazo en la nuca de Larousse, que se desploma.

—¡Lo has matado! —diagnostica un aterrorizado Baranton, y el pequeño Didier se mete bajo la mesa y, en su desconcierto, se tapa los ojos para no oír y los oídos para no ver, mientras Rida se precipita a aplicar la oreja al pecho del caído.

—Está vivo. No respira, pero le late el corazón.

—¿Y ahora qué haremos con él? Si se despierta nos acusará…

—Nos habría acusado de todas las maneras.

—¡Pero tú eras inocente! No debiste golpearle…

—Ni tú amenazarle.

—Lo encerraremos en el sótano hasta que confiese.

—¿Hasta que confiese qué?

—No sé, cualquier cosa… Que ha sido un accidente, que ha tropezado y se ha caído, que no recuerda nada… Que tú no dijiste que estabas donde estabas el día del crimen y yo lo confirmaré. Diremos que, ese día y a esa hora, estabas aquí conmigo y Eustache dirá lo que le digamos que diga. Pero no hará falta ningún testimonio si el verdadero asesino canta de plano cuando le torturen…

—Te recuerdo que el asesino se ha suicidado, y al que torturarán hasta que me declare culpable será a mí.

—Pues túmbalo en el mantel y llévalo por los pies al sótano, mientras echo el cierre y friego las huellas. Ya se nos ocurrirá algo…

El pequeño Didier se tapa los oídos y ve cómo Rida arrastra a Larousse. Desde el suelo, el inspector le guiña un ojo al pasar. Cuando le guiñas un ojo a un ángel, aunque sea un ángel con cabeza de chorlito, estableces,

sin saberlo, un sólido compromiso.

Hoy he visitado la tumba de mi padre, el lugar donde esparcí sus cenizas y las mezclé con la tierra, en la concavidad de una roca que asemeja un trono, bajo vegetación que recuerda la selva africana que, de niño, recorrí por el pasillo de casa, en Sainz de Baranda 20, Madrid. Un nogal ha brotado espontáneo y la hierba recubre el mullido regazo de la roca con retazos de musgo. Hace tres años o, probablemente, más de diez, un rayo desgajó el enorme laurel que se cernía sobre la improvisada tumba y derribó el poste del tendido eléctrico, rompiendo el muro de la finca y electrocutando al perro del vecino. Como, en sus últimos días, los perros habían sido los más fieles amigos de mi padre, el incidente que concatenaba el rayo y el viento con el árbol y el poste que electrocutó al perro del vecino me pareció un singular prodigio que, más acá de cualquier más allá, proporcionaba un compañero a mi padre. Mejor alternativa, en cualquier caso, que las flechas envenenadas de los pigmeos imaginarios que hendían las sombras del pasillo de casa.

Los pigmeos batwas impregnaban sus flechas con el veneno extraído de una liliácea arum. Si el explorador no tenía carbonato amónico, no le quedaba más remedio que aplicar la brasa de una antorcha encendida a la herida. Para resistir el dolor sin desmayarse lo mejor era un trago de aguardiente. Cuando le dieron el tiro en la rodilla, Massaní no tenía ni carbonato amónico, ni aguardiente, ni siquiera fuego para encender un cigarrillo. En casa de Arlette, ya no queda coñac, pero hay vino, mechero y aspirina. Ninguna de estas cosas le sirven para contrarrestar los efectos de la muerte de Nora. Ni siquiera el dolor compartido ni las palabras de consuelo. Lo paradójico del caso es que, en el fondo, siente alivio, como si se hubiera desembarazado de una enojosa parte de sí mismo. Y así es. Le avergüenza haberse comportado con Nora como un gato callejero que se hiciera las uñas en un lujoso sofá. Pero el crimen ha borrado en el recuerdo la sonrisa del calendario y diríase que ella se ha llevado consigo los días en los que, antes o después, él tenía las horas contadas. Así

parece ratificarlo el mercader Gisze desde la lámina de Holbein el Joven clavada con chinchetas en la pared. Por otra parte, el espejito mágico que Arlette se saca del bolso para pintarse los labios ya no refleja las facciones de ningún sardónico genio de *Las mil y una noches* sino la nariz enrojecida de la joven pelirroja. Sentados el uno junto al otro, Arlette y Massaní beben vino sin ganas y escuchan, sin oír, el ruido del tráfico que, a diferencia de las moscas y de la lluvia, atraviesa como la luz el cristal de las ventanas.

18

Cuando, en la morgue, retiran la sábana que cubre el rostro de Nora, Jan reconoce a su mujer invisible nada más verla, pero ella ya no le ve a él. O eso supone. Jan siente el frío que viene de no sabe dónde y se estremece. En súbita regresión, reclama que su madre le arrope, que le remeta la manta por la espalda como de niño en su cama. Ya no es el escritor que querría ser Joyce ni el adolescente que era Scott Fitzgerald, como si la fama confiriera un aura protectora o el antifaz suplantara la mirada, como la máscara a la cara en el baile de disfraces. En nada se diferencian los ilustres fantasmas del Café de Flore con los asiduos clientes de la morgue. Ninguna distancia separa el Père Lachaise de París con el Times Square de Nueva York. El universo se expande pero la realidad se contrae y la de Jan no sobrepasa los límites de la litera donde yace sin vida Nora. La idea de que los deseos, las infidelidades, la pasión y la frivolidad o la belleza que parecían exonerar de cualquier sórdida desgracia hayan sido desalojados de aquel cuerpo del que las caricias han alzado para siempre el vuelo, le resulta tan inconcebible como si los pájaros derribaran la torre Eiffel.

—No creas que soy la que imaginas —le dice Arlette a Massaní, y guarda el espejito mágico y la barra de labios en el bolso.

—¿Qué crees que imagino?

—Que soy lo que parezco.

—Pareces una buena chica a la que he cogido afecto.

—¿Y no te extraña que viva sola, rodeada de libros, como una princesa en su castillo, esperando la llegada de un caballero andante? Perdona por lo de la princesa y el caballero. Lo que quería decirte es precisamente que no soy ninguna princesa ni espero a ningún caballero andante. Soy una chica que acaba de perder su trabajo por defunción del patrón y que

tenía un novio en Bordeaux y tiene otro en la rue de Rivoli. El de Bordeaux me dejó cuando le dije que me acostaba con el de la rue de Rivoli, pero el de la rue de Rivoli no existe. Es un amante imaginario que me inventé para mantener correspondencia conmigo misma. Me escribo como si fuera él y pongo un falso remite por si acaso hubiera alguien con ese nombre en esas señas. Me gusta recibir sus cartas y lo imagino como si fueras tú, pero su estilo es el de Colette. No sé por qué te cuento esto en un día como hoy, en el que mi compañera me ha dicho que a monsieur Gallet lo han identificado por la dentadura, ¿no es una triste paradoja para un dentista? A él le hubiera gustado que lo identificaran por el bigote de David Niven, ¿cómo puede haberse vuelto loco un hombre tan tonto?

Arlette se echa a reír y rompe a llorar.

—El caso es que, a lo tonto, me estoy volviendo tan loca como él. Creo que me he enamorado del amante imaginario de la rue de Rivoli y no me basta acostarme cada noche en la cama conmigo misma para suponer que me acuesto contigo o con él.

—No estás loca, estás cansada. Yo también.

—¿Qué vas a hacer ahora que ella ha muerto? No, no me lo digas. Lo sé. Dejarás París y volverás a los astilleros de La Seyne-sur-Mer. De vez en cuando, te acordarás de la enfermera pelirroja con la que paseaste por el Père Lachaise y que te emborrachó con coñac Napoleón. También pensarás que todo podría haber sido de otra manera.

—Tienes razón. Aquel día no pensaba ir a la playa, sólo quería ver, desde la colina, cómo fletaban el *Tidecrest*…

—¿El *Tidecrest*?

—Ese barco era un poco mío, había trabajado mucho tiempo en él y se llevaba parte de mí a alta mar…

—Siento algo parecido cuando acabo un libro.

—No pensaba ir a la playa. Pero había dos tipos tumbados en la hierba, junto al depósito del agua, y su presencia me hizo cambiar de opinión. Apestaban a distancia. Así que, en lugar de despedirme del *Tidecrest* desde lo alto de la colina, decidí darme un último baño en el mar, antes de viajar a París al día siguiente. Nunca hubiera imaginado que una decisión tan trivial, subir o bajar una colina, pudiera tener tan terribles

consecuencias.

—Como en la guerra.

—Efectivamente, como si estuviéramos siempre en una guerra en la que un simple movimiento puede costarte la vida, la tuya o la de los demás. Si aquel día yo no hubiera ido a la playa, nunca hubiese conocido a Nora.

—Ni a mí.

—Si, en lugar de bañarme, hubiese dado un paseo por la orilla, no me habrían robado la cazadora.

—Si no le hubieras devuelto la pistola a Gegé, se habría comprado otra. Siento habértelo reprochado, porque tú no eres responsable de lo sucedido. Sólo, si acaso, de una cosa. De haberte enamorado de la mujer equivocada.

—No volveré a La Seyne-sur-Mer.

—¿Te quedarás en París?

—Tampoco. Hay algo que no le he contado a nadie. Se llama María.

—¡Oh, no!

—Nos conocimos de niños y quiero volver a verla.

—¿Dónde está?

—En España.

—Si vas, te matarán.

—Pasaré la frontera con documentación falsa. El inspector Larousse de La Salpêtrière ha preferido dejar los papeles en el traje que llevo puesto. Busca a un muerto que, según él, sigue vivo y, al parecer, le puedo ser útil como reclamo. Soy un hombre anuncio y me llamo Osvaldo Le Chambon.

—Es curioso, ése es el nombre de un cliente del doctor Gallet. Debía de ser amigo suyo, porque el doctor nos pedía que no le hiciéramos guardar turno en la sala de espera. Lo recuerdo bien, no tenía el bigote de David Niven, pero también se parecía a David Niven. Era despectivo y educado, muy aristocrático.

—Ése es el jugador de golf al que Frederica arrojó por el acantilado y el dueño del traje.

—Pues te queda bastante bien, aunque está sucio y arrugado. Si quieres, te lo plancharé. ¿Cómo es María?

—No lo sé, ¡han pasado tantas cosas y tantos años!

—Entonces es como mi amante imaginario. Quédate. Piensa que, después del accidente, has vuelto a nacer y ahora todo es nuevo, la tierra que pisas, el aire que respiras y… yo.

—¿Y qué harás con tu amante imaginario?

—Lo imaginaré pobre, gordo, feo y tuerto como Rutebeuf.

—Todavía hay guerrilla en las montañas y María sigue estando allí. Me espera, me ha llamado, la he visto…

—¿En sueños?

—No. Al despertar.

El lacerante dolor de la rodilla impide que Massaní logre calzarse las botas del muchacho al que ha matado, anuda los cordones y se las cuelga del cuello. Luego, improvisa un torniquete con la camisa salpicada de la sangre propia y ajena. Descalzo del pie que perdió la alpargata y apoyándose en el máuser a modo de muleta, va al encuentro de María. No ignora que camina hacia una muerte segura, ya que la aldea ha caído en poder del bando nacional y todas las noches fusilan en la tapia del cementerio o en la cocina de casa. Pero le preocupa, sobre todo, la suerte que pueda haber corrido su novia. No puede soportar la idea de que la hayan violado o matado y, arrastrando la pierna herida, avanza a duras penas con la delirante pretensión de protegerla o huir con ella. Al superar una rampa, le dan el alto. Son dos. Un español y un italiano. Un camisa azul y un camisa negra del Corpo Truppe Volontarie. Para no tener que cargar con el herido, el camisa azul se dispone a pegarle un tiro allí mismo. Inopinadamente, el camisa negra se opone. Discuten. Massaní espera la decisión con las manos en la cabeza, las botas en el cuello y el fusil en los pies. Sobreponiéndose al dolor y al miedo, el orgullo le sostiene. Sabe que, si cae, lo matan. Pero también sabe que, si no cae, lo matarán antes o después. Así que, de improviso, con un grito desgarrador en el que la rótula rota grita tanto como él, se deja caer, agarra el máuser, se revuelca por tierra, descerraja y dispara. Al de la camisa azul se le sale un ojo de la órbita, como el cuco del reloj, y le cuelga en la mejilla con la pupila asombrada que mira sin ver. Da un paso adelante,

dos atrás y se desploma de bruces. La bala le ha entrado por la carótida y se ha alojado en el cerebro. Antes de que Massaní pueda volver a disparar, el camisa negra le pone el cañón de la pistola en la sien.

—No me mates. Llévame al pueblo, quiero ver a una mujer antes de morir —le suplica Massaní.

«No me quites las botas, cúrame», repite un eco burlón. El italiano le contempla con el cañón en la sien y el dedo en el gatillo.

—Si hubiera querido matarte lo hubiera hecho ya, pero tengo un hijo de tu edad y prefiero que lo hagan otros. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Y quieres ver a tu madre?

—A mi novia.

—Tienes valor y puntería…

—No quería morir y disparé sin apuntar.

—De todas formas, morirás. Si no te mato yo, ellos te matarán y, si te dejo aquí, la gangrena acabará contigo, ¿qué prefieres?

—Volver a verla.

—De acuerdo. Eres mi prisionero y, antes de que te ejecuten, procuraré cumplir con tu última voluntad.

—Pues ayúdeme a levantarme, señor.

—Se portó como un caballero ese fascista, seguramente habría leído a Ezra Pound —comenta Arlette—. ¿Y conseguiste ver a María antes de fugarte?

—Ella me esperaba, y el italiano cumplió con lo prometido. Luego, se acostó con ella y me dejó escapar. Nunca debí aceptar ese trato, aunque ella me lo pidiera de rodillas. Es algo que me atormentará toda la vida, algo en lo que no he podido dejar de pensar ni cuando, con Nora, creía haberlo olvidado.

—¿Con Nora? ¿Sólo con Nora? ¿No conociste a ninguna mujer en La Seyne-sur-Mer?

—Ninguna que me hiciera olvidar.

—¿Ni la del coñac Napoleón en París?

—Eso fue diferente.

—¿Cómo de diferente?

—Creo que con Napoleón y contigo, por primera vez, los demonios me dejaron un rato en paz, los buenos y los malos, ni siquiera sentí el temor a perderte como pasa cuando estás enamorado y hasta llegué tarde a la cita con ella. Tarde y borracho.

—Fue el miedo, y no yo, lo que hizo que te emborracharas y no llegaras a la hora. Pánico a que ella se hubiera arrepentido y no te estuviera esperando. Lo sé. Sólo he sido un breve paréntesis en tu miserable vida, como tú, para ella, sólo eras una exótica experiencia más. Tan exótica, por cierto, como ella lo era para ti. Con una diferencia. Tú estabas dispuesto a dar la vida por ella antes de que ella se aburriera de ti y te tirara a la papelera. Correspondo, como ves, a tu sinceridad.

—Gracias. Pero si la menosprecias después de muerta, ¿eran tus lágrimas de cocodrilo?

—No lloro por ella, ni por el pobre Gallet. Lloro por el horror y por la vulgaridad y estupidez de la que el horror se alimenta y nos devora. Lloro por ti y por mí y también por todos estos libros que me rodean y entierran la vida a paletadas. ¿Para qué buscar el pensamiento ajeno o las sombras de nuestros sueños en los libros y en las pantallas? ¿No es mejor pasear tú y yo por el Père Lachaise? Hay un libro de James Hadley Chase que se titula *Al morir quedamos solos*, yo creo que quedamos solos al nacer.

—Dices que los libros entierran la vida y la que está a punto de ser enterrada por los libros eres tú, porque los libros son la única forma de vida para ti. No te he oído hablar de amigos, sólo de libros y muertos, y sospecho que el novio de Bordeaux es tan imaginario como el de la rue de Rivoli. Te comprendo, los niños que han vivido una guerra buscan refugio aunque no caigan las bombas ni suenen las sirenas.

—Por eso me gustaría vivir abrazada a ti, como María…

—¿Para protegerte de la metralla?

—Para protegerte a ti de las balas.

—Gracias. Has llegado tarde, Arlette. Ya me han dado.

—No me explico cómo pudiste llegar a Francia con la herida gangrenada…

—¡La herida! ¡Oh, la herida! ¿Qué herida? ¿El tiro en la rodilla? Esa

herida se curó con el agua de mar y me dejó cojo para toda la vida.

—No me gusta la amargura. El italiano podía haber dejado que te mataran y violar a la chica tantas veces como quisiera o acostarse con ella con su consentimiento, ¿por qué no? Sí, ya sé. La querías sólo para ti, incluso después de muerto. En cualquier caso, ¿para qué vas a volver? Puede que no la encuentres, puede que cuando la veas ya no la reconozcas, puede que… ni siquiera esté viva. O puede que se hayan enamorado y el italiano se la haya llevado a Italia, ¿por qué no suponer que, además de salvarte la vida, ella encontró la felicidad? Si de verdad la querías, ¿por qué la condenas a haber envejecido esperándote? ¿Por qué, en vez de atormentarte, no abrimos otra botella que guardo con el libro de Omar Khayyâm que nunca llegaste a leer?

Arlette va a buscar la botella, dos vasos y un sacacorchos. Cuando vuelve a la sala de estar, Massaní no está. Descorcha la botella, llena los vasos y se sienta a esperar, aunque sabe que no volverá. Lo ve avanzando, frase a frase, entre las hayas de un silencioso bosque donde sólo se oye el rumor de un arroyo y cierra el libro para que no pase lo que va a pasar.

La humedad del sótano hace que las tinieblas se hagan cada vez más densas e inextricables cuando el exiguo haz luminoso de la linterna de bolsillo del inspector Larousse trata de horadarlas. El mazazo recibido en la nuca no le hizo perder, en ningún momento, el conocimiento. Pero consideró prudente retener la respiración y hacerse el muerto antes que ser rematado. De pronto, se topa con un ojo que le mira. Luego con otro. Después con un tercero. Ojos diferentes que tienen algo en común. Cuando el rayo de luz los alcanza, las pupilas centellean feroces. No son tres, ni cuatro, ni cinco, ni seis. Son, quizá, más de cien. De uno en uno, la linterna los descubre, y el infeliz Larousse imagina que una legión de cíclopes le acechan furiosos en la oscuridad. No sabe cuánto tiempo lleva encerrado en aquel tenebroso lugar porque la quietud y el silencio estancan el acontecer. En flagrante contradicción, poco a poco y de repente se abre un resquicio por el que la luz penetra en la estancia y las sombras de los pájaros disecados, agigantadas y multiplicadas, despliegan

sus fantasmales alas en la pared cuando, con subrepticia cautela, Eustache y el pequeño Didier empujan la puerta y, desde el umbral, indican a Larousse por señas que les siga. El inspector no se lo hace repetir dos veces y, dejando a los pájaros muertos con sus sombras, los tres ganan la salida y echan a correr como chiquillos que persiguieran un globo que se les escapa. A Larousse le flojean las piernas y le falta el soplo, pero el viento le fustiga las nalgas y lo lleva en volandas hasta que, de repente, se encuentra en el cementerio de Montparnasse ante la tumba de Nijinsky. Ha sido un salto prodigioso y le sorprende que el bailarín, cuyo vuelo de entrada en escena era proverbial, estuviera ahora representado en su sepulcro como un grotesco fauno acurrucado y meditabundo. Se sienta a su lado jadeante para esperar a los chicos rezagados y, más allá, el busto de Émile Zola, que parece emerger de una tarta de chocolate, le contempla con displicente conmiseración. Mientras, por la estación de Reuilly pasa el primer tren al amanecer. En él, Lorenzo Massaní se va de París.

Gonzalo Suárez nace en Oviedo con la revolución minera del 34 y acaba la guerra en Madrid. Tiempo después, dejará los estudios universitarios y sus incipientes éxitos como actor de teatro para irse a París. Pero será en Barcelona donde, en los años sesenta, practique el periodismo bajo el pseudónimo de Martín Girard, edite sus primeros libros y realice sus primeras películas. Por su literatura y su cine obtiene distinciones nacionales e internacionales. Entre sus libros cabría destacar: *Trece veces trece*, *Doble Dos*, *Gorila en Hollywood*, *El asesino triste*, *Ciudadano Sade*, *El hombre que soñaba demasiado* y *El síndrome de Albatros*. Entre sus películas: *Ditirambo*, *Fausto*, *Aoom*, *Parranda*, *Epílogo*, *Remando al viento*, *El detective y la muerte*, *La reina anónima*, *El portero* y *Oviedo Express*.

Edición en formato digital: febrero de 2015

© 2015, Gonzalo Suárez
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © William Klein

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3018-7

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Con el cielo a cuestas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Biografía

Créditos